

Dos gotas de agua

ANABELLA BARTOK



Dos gotas de agua

Anabella Bartok

Lo esencial es invisible a los ojos.
Antoine de Saint-Exupéry. El Principito.

Cuando cierro los ojos, oigo ambas, y cada una dice algo distinto. No sé a cuál seguir.
Oscar Wilde. El retrato de Dorian Gray.

Ojos que no ven, corazón que no siente.
Anónimo.

1.º parte

Capítulo 1

Los tubos de iluminación fluorescente se encendieron recorriendo los tres pisos del salón, inundando el aire con un chasquido metálico, eficaz, reconfortante. La luz, que se reflejaba en mil superficies espejadas, invitaban a que quien permaneciera en cualquiera de los salones sintiera que estaba dentro de un diamante. O mejor aún: dentro de un diamante *soñado*.

Y efectivamente, aquello era lo que se vendía en la tienda. Sueños.

Pero sueños con un valor muy real.

Tan real como pueden serlo las decenas o incluso cientos de miles de euros a que podía ascender el valor de cada una de las joyas expuestas en las vitrinas.

Verónica caminaba por el salón principal, haciendo las últimas comprobaciones, mirando aquí y allá.

Todo estaba perfectamente limpio y funcionando.

Su grácil silueta de bailarina también se reflejaba en espejos, cristales y diamantes, como si éstos quisieran ayudarla a multiplicar su mirada.

Había practicado danza clásica toda su niñez. La madre, quizás deseando satisfacer alguna frustración antigua a través de su hija, la había obligado a asistir a clases de una vieja maestra rusa que nunca le había perdonado una falta, un error o un descuido.

Después, cuando sus compañeras se desvivían por asistir a cuanta prueba de la que tenían noticia, lejos o cerca de su ciudad y para cualquier espectáculo, cualquier papel, protagonista o de simple relleno, Verónica descubrió que eso a ella no le interesaba nada: prefería pasar cuatro horas bailando en una discoteca un sábado por la noche, a moverse al son de una música siempre repetida, siguiendo los movimientos que ella no había inventado para sí misma.

De todos modos, los años de duro aprendizaje a las órdenes de la maestra rusa no habían sido en vano: nunca perdería la gracia en la postura, la seducción en sus movimientos.

No eran aquellos años lejanos los que ocupaban su pensamiento:

—Bueno, chicas, abrimos ahora —avisó a sus compañeras.

Un telón de sonrisas blanquísimas se extendió ante ella, acompañado de un arcoíris de colores de ojos ideal para que, si se lo propusieran, uno de cada tres clientes cayera en la infidelidad como quien pierde la voluntad.

Sus compañeras encandilaban casi tanto como ella misma.

Ninguna tenía el fondo de inocencia que podía adivinarse en lo más puro de la mirada de Verónica, pero todas sabían ocultar su pensamiento, sus intenciones, su odio o su amor detrás de su belleza. Con una sonrisa conseguían que nada importara tanto como esa sonrisa, y aquello era útil si se trabajaba atendiendo a buena parte de los hombres más ricos de la tierra, dispuestos a gastar migajas de sus fortunas comprando joyas para sus mujeres sin apenas sentirlo.

Hacía tiempo que Verónica había desistido de pretender adivinar las intenciones de las chicas que trabajaban a su cargo. Había optado por ser pragmática y tomar sus decisiones a partir de lo único que no podía traicionarla: lo que ella pudiera ver, comprobar personalmente.

Sabía que para el resto, ella era un cordero entre lobos.

Pero sabía también que el tiempo siempre acaba poniendo a cada uno en su lugar.

O, por lo menos, era lo que quería creer...

No tenía *tiempo* para seguir en sus ensoñaciones. Por la escalera principal bajaba Jean-Loup, el propietario. Sus labios sonreían bajo un acicalado bigotito que nada tenía que envidiar al de Salvador Dalí.

Siempre sonreía, Jean-Loup, nunca parecía que nada fuera con él. La vida le había tratado bien porque, entre diversas virtudes discretas que siempre había tenido, la más importante había sido su olfato para saber en quién confiar.

Y, claro, confiaba en Verónica.

Había estado enamorado de su encargada, quizás aún lo estaba, pero a sus años, más de los que le gustaba recordar, había aprendido a ser justo. No hubiera sido justo incordiar a Verónica, y nunca lo había hecho.

Un nuevo telón de sonrisas y de ojos como caramelos de mil sabores se extendió como el abanico de una gitana frente a Jean-Loup.

—Chicas, espero que hayáis dormido bien, o por lo menos, aprovechado bien la noche —Jean-Loup acentuó el gesto risueño debajo de su bigotito.

Las vendedoras rieron su gracia, sin sonrojarse.

—No os voy a contar nada nuevo, pero bueno, siempre es mejor recordar lo obvio: como rasquemos un poquito, que no lo haremos, claro, descubriremos que vendrán los clientes sintiéndose un poco culpables. Tenemos la Navidad a la vuelta de la esquina, y ¡bueno, chicas no os voy a

aburrir! Recordad nada más que aquí nadie viene a buscar comprensión, sino justificación.

—Tenemos los mejores clientes del mundo —dijo una de las vendedoras, repitiendo uno de los eslóganes de la empresa. Sus pestañas subieron y bajaron un par de veces, como el aleteo de una mariposa, mientras lo decía.

—Chicas, os los explico siempre: el cinismo dejádmelo a mí, vosotras sois demasiado bonitas para serlo. Si acabáis de convertirnos en chicas malas, no dejaréis ni una clienta felizmente casada...

Las vendedoras rieron la gracia de Jean-Loup pero sabiendo que era solo eso, una broma que no podía tener otra cualidad que la inocencia.

Todas tenían claro que no podían siquiera soñar con meter en problemas a ninguno de los grandes hombres que irían a acallar sus conciencias, o los reproches, bajo el aquilatado peso de los diamantes.

—Claro, señor —dijo Antonietta, una de las vendedoras. Había nacido en Milan y hablaba perfectamente varias lenguas, entre ellas, el inglés. Estaba atendiendo a un empresario neozelandés—. Este brillante tiene un facetado único...

—Es un conjunto extremadamente sobrio... —la que hablaba era Maggie, en el otro extremo del salón. Era inglesa, pero no hacía honor a su origen: hablaba cuatro idiomas. Estaba atendiendo en francés a un magnate árabe del petróleo.

El día iba transcurriendo como de costumbre, con una fluidez comparable al de un costoso reloj suizo.

Sin embargo, en un momento de la tarde, el tiempo pareció detenerse.

Por la puerta principal entró un cliente nuevo de la joyería. Un rico empresario austríaco acabado tanto de divorciar como de casar, esto último casi en secreto y con una mujer veinte años menor que él, la cual le acompañaba en esa salida, seguramente una de las primeras exposiciones públicas a las que se sometía.

Antonietta se quedó de piedra. Separó los labios como para preguntar «¿tú qué estás haciendo?» o algo parecido a la mujer del empresario, pero un instinto indeterminable le aconsejó que volviera a moverse como si nada hubiera pasado. Volvió a posar sus ojos en los del hombre a quien estaba atendiendo, y nadie pudo percatarse de esos momentos de duda.

Casi nadie: la mujer que acababa de entrar sí lo había notado. Mientras

comenzaba a indignarse ante la intolerable y sorprendente indiscreción de la dependienta, su mirada descubrió a Verónica, quien estaba ajena a todo lo que había pasado. Un espejo no podría haberle devuelto una copia más perfecta de sí misma: el mismo talle, la misma altura, las mismas manos, un rostro idéntico en todo.

Aunque también había algo más...

Bien mirado, aquel rostro era idéntico externamente, pero había algo inmaterial que no encajaba, que quizás podía descubrirse en detalles como el brillo de los ojos de aquella dependienta o el último pliegue de los labios, el que permite descubrir las emociones que suelen permanecer secretas en las personas.

—Te espero en la limusina, cariño —le dijo a su marido la recién llegada—. No me siento bien.

Había sabido recomponerse.

El empresario había entendido perfectamente el mensaje apenas oculto tras la sonrisa de su mujer: «sorpréndeme» era lo que le había dicho sin palabras. Y «sorpréndeme» solo podía significar «quiero más...».

No pensaba dejarla indiferente...

Capítulo 2

Jonathan J. Bradstreet, desde que había decidido que la vida regalada no era para él, había ejercido varias profesiones a lo largo de su vida. Era ex marine de los Estados Unidos y ex Delta Force. Guardaba cinturones de campeón mundial de los pesos pesados de las ligas de artes marciales mixtas más violentas que habían sido creadas, cuyos inversores nunca se sabía bien quiénes eran realmente, ni de qué negocio turbio habían sacado el dinero para iniciar el negocio. Se había desempeñado, durante un tiempo, como detective privado para una agencia de Chicago. Había trabajado también como doble de riesgo, siempre en superproducciones. Incluso había modelado ropa interior en revistas para mujeres. Llevaba consigo, a todas partes, una cadena de oro al cuello, muy discreta, salvo por los dijes que colgaban de ella: una colección variopinta de proyectiles de distintos calibres, perfectamente bruñidos, que médicos de todos los continentes habían debido extraer de su cuerpo acribillado tantas veces.

No era un matón, pero respiraba peligro.

Peligro, formalidad y tacto exquisito...

Lo había dejado todo, su familia, su pasado, incluso su futuro, para vivir una vida de aventuras. Y no se arrepentía.

Era un hombre valiente, curtido y de recursos.

Apenas había necesitado invertir un par de horas en averiguar quién era y dónde vivía —en realidad, mucho más que eso—, la dependienta que parecía ser una copia clonada de la mujer del hombre para quien trabajaba como guardaespaldas y chófer. Mientras conducía a su caprichosa empleadora al domicilio de Verónica, a través del cristal tintado que le separaba de la mujer que cuidaba podía sentir su nerviosismo y ansiedad como en una reverberación eléctrica, un murmullo que se le colaba a través de su asiento hasta el centro del pecho.

Nada de todo esto preocupaba a la mujer detrás del cristal tintado.

Si su guardaespaldas, conductor —y, quizás en un futuro, aún no lo sabía, un posible amante ocasional— podía percibir sus estados de ánimo incluso sin mirarla, no era algo que la preocupara en ese momento. Jugeteaba con sus anillos, girándolos una y otra vez, semejantes a un dínamo que se cargaran gracias a su estado de ánimo.

Un caos de emociones la embargaba.

¿Qué iría a decirle, exactamente, a la niña insignificante que, ¡vaya una

insolencia! había cometido el atrevimiento imperdonable de ser igual a ella?
¡Aún no lo sabía!

—Sí, como dos gotas de agua. Idénticas —Antonietta no había resistido la tentación de contarle todo a sus compañeras.

A todas, menos a la máxima interesada.

—Yo también la vi. Jamás me había pasado nada parecido —Maggie se acariciaba los antebrazos—. Verónica no se dio cuenta de nada, ¿verdad?

—Nunca lo sospeché, siquiera —buscó el nombre de la clienta en el ordenador, tecleando rápidamente—. Dorian Griss se llama esta mujer. En cuanto descubrió a Verónica, dio media vuelta y se largó.

—Quizás haya planeado algo.

—No tenía cara de santa... —Antonietta no lo sabía, pero en realidad hablaba de la expresión de la clienta, no de sus facciones.

Verónica no había tenido tiempo todavía de relajarse, acabada de llegar a su casa. Las luces de las calles estaban encendidas, iluminando el paseo de las parejas noctámbulas, cuando escuchó el sonido del timbre de la puerta. Fue hasta el recibidor, abrió, y se encontró de cara con su doble, Dorian Griss.

Se miraron la una a la otra un instante interminable. Dorian reaccionó primero, porque de las dos era la menos impactada.

—Hola —dijo—. ¿Puedo pasar?

—Oh, tú, yo... Sí, pasa. Siéntete como en tu casa —le contestó Verónica, haciéndose a un costado como una autómatas.

Ambas rieron, nerviosas, ante lo equívoco pero acertado de la expresión elegida por Verónica.

No sirvió para aliviar la tensión...

— ¿Quién eres? —preguntó Verónica.

—Sabía que no me habías visto. Estabas como ensimismada — Dorian hablaba sopesando el impacto de sus palabras. Su sonrisa, esfumada bajo una pequeña capa de cálculo, la habría delatado ante una interlocutora más experimentada—. No supe qué hacer cuando te vi hoy en la tienda donde trabajas. Por eso, me escapé de allí antes de que me descubrieses.

Caminaban juntas hacia la cocina, mientras hablaban. Dorian seguía los pasos de Verónica como si ya conociera el lugar.

—¿Quieres café? —preguntó Verónica.

—Por supuesto —contestó Doriana. Todo serviría para comprobar similitudes, incluso la pequeña ceremonia que implica preparar dos tazas de café.

En su mente ya estaba desarrollándose un plan...

Wolfgang L. Radszuweit caminaba, cabizbajo, por el amplio salón de su piso. La salida de Doriana, intempestiva a pesar de la discreción con que había actuado, no le había causado ninguna gracia.

Ninguna...

Sostenía una copa de brandy francés con la mano derecha, y en la izquierda un enorme habano al que apenas había dado un par de caladas.

Después de tomar un trago de su bebida, había aprovechado para dejar la copa en una mesita y rascarse furiosamente el lóbulo del oído izquierdo, pero sin percatarse de ello. Era un gesto habitual en él del cual era inconsciente.

No le gustaban las libertades que pretendía tomarse Doriana.

Y menos si aún no llevaban un año de casados.

Lo que no era normal era que, en la noche de la primera salida más o menos normal que habían tenido y que le habría gustado que hubiera sido un ejercicio plácido de exposición pública —y, si podía ser, incluso placentero —, su nueva mujer decidiera largarse así.

Consultádoselo, es verdad. Pero solo como parte de una formalidad apenas disimulada como tal.

Además, estaba el asunto de su guardaespaldas.

No; efectivamente, la cosa no pintaba bien...

—Haces un café buenísimo, querida —Doriana tomaba buena nota del delicado juego de manos que había sido todo el proceso de preparado de la bebida caliente por parte de la anfitriona—. Te mueves como un ángel.

—Oh, he estudiado danza clásica. Mi madre...

—Ya me lo parecía a mí. Yo...

El teléfono, sonando en el salón, cortó la conversación con la delicadeza del paso de un avión volando bajo.

—Disculpa —Verónica dejó su taza en la encimera y fue a coger el teléfono—. ¿Hola?

—Hola, querida, perdona que te moleste: soy Antonietta.

—Ah... sí... dime —¿qué podrá querer?—. Dime, ¿pasa algo?

—No, tú tranquila. Es que hoy sucedió algo muy curioso —Antonietta no quería acabar de mostrar sus cartas—. ¿Lo has notado?

—¿Por qué lo dices? —Verónica le pegó un rápido vistazo a Doriana, que parecía ajena a todo mientras bebía su café—. ¿Algún problema?

—Hubo una clienta muy particular. ¿No has notado nada?

—Realmente no —no iba a decir nada que no quisiera decir. Le estaba molestando, ya, ese juegucito.

—Estuvo merodeando en forma extraña —Antonietta se decidió a mentir, y nada en su voz delató su falsedad—. Te llamaba para ver si te habías percatado de ello.

—Pues no —mentirosa...—. Podemos comprobar las cámaras de seguridad mañana. ¿A qué hora fue?

Un silencio apenas más largo que un suspiro...

—Pues tienes razón. Ya lo veré yo mañana y te diré algo. Que descanses, cielo.

El clic al otro lado de la línea sonó antes de que pudiera responder el saludo o intentar repreguntar la hora aproximada del incidente.

No acababan de ser unas desalmadas, pero todo, absolutamente todo, podía ser material para una intriga. Detrás de sus rostros perfectamente maquillados, de cutis suaves a fuerza de cremas noruegas de última generación, detrás de esos modelitos italianos y esas curvas, de esa sofisticación, se escondían almas pequeñas, engreídas, llenas de envidia...

Se dio vuelta hacia Doriana, después de colgar, y debió contener un impulso agresivo hacia ella.

¿Podía ser el malhumor que había despertado en sus sentimientos la llamada de su compañera?

¿O era otra cosa, quizás una señal de alerta?

En todo caso, no era momento para ser descortés con alguien que apenas estaba conociendo y a quien había abierto voluntariamente las puertas de su casa.

—¿Quieres otra taza? —sonrió abiertamente.

Verónica notó cómo Doriana se quedaba contemplando su sonrisa como extasiada, hasta que volvió en sí.

—No, cariño, estaba muy bien. Tu café se ha enfriado.

Con naturalidad, Verónica cogió su bebida y la introdujo en el microondas unos segundos.

—¡Ya humea otra vez! —exclamó Doriana ensayando una sonrisa que

no fue ni tan perfecta ni tan sincera como la de su anfitriona.

Aquello le había parecido una vulgaridad, y no podía ocultar perfectamente sus sentimientos.

—Sí —Verónica bebió un sorbo pequeño.

Aún no tenía reparos, pero lentamente se iba dando cuenta de que, si bien podían parecerse como dos Barbies, ya que ambas eran rubias, de cintura estrecha y piernas que semejabán escaleras al paraíso, ahí parecían acabar las similitudes.

No eran almas gemelas, no...

—Aquí estoy, como una tonta. Te he importunado en tus momentos de descanso, en tu propia casa, y ni siquiera sé qué decirte, o para qué he venido —la mirada de Doriana era límpida, inocente. Sus ojos estaban enormemente abiertos, mirándola directamente.

—No padezcas, no pasa nada —podía haberse equivocado.

Claro, era eso, nada más. La costumbre de nunca estar del todo relajada quizás le había agriado la capacidad de juzgar a los demás.

—Bueno, era simple curiosidad. Me ha causado mucha sorpresa el conocerte —Doriana comprobó su reloj: habían estado conversando una hora —. Ahora me voy.

Mientras Doriana recogía sus cosas, un abrigo y una cartera que, con toda seguridad, valían más que todo el mobiliario de la casa, Verónica no pudo reprimir un impulso:

—Veámonos otra vez, con más tiempo —le dijo afectuosamente, invitándola a que se sintiera cómoda ante el ofrecimiento.

—Querida, me encantaría. Pero no quiero incordiarte. Supongo que trabajarás muchísimo —un brillo en los ojos, imperceptible. Al menos, para la inocencia de Verónica.

—Oh, siempre puedo encontrar un hueco.

—Pues me encantaría. Vente a cenar a casa este viernes. Haré que nos preparen alguna cosa sencilla.

Salieron ambas a la calle y se despidieron con dos besos.

Doriana ya había ideado las líneas generales de un plan...

Capítulo 3

Al día siguiente, había tormenta en la joyería. Ninguna manifestación atmosférica la delataba, pero era claro que su origen era tan difícil de desentrañar como si se debiera al batir de alas de una mariposa en Oriente.

A ojos de Verónica, que había percibido la tensión en el ambiente, ésta tenía un motivo y solo uno.

Posiblemente ella era la causa de todo.

Se decidió a hablar.

—Ayer pasó algo muy curioso, ¿verdad?

Los ojos de las dependientas giraron hacia Verónica, anhelantes y disimulados, pero con la violencia desencajada de un aparejo que se rompe.

—¿Qué pasó, querida? —le preguntó Antonietta ladeando la cabeza, sonriendo dulcemente...

—Pues... —¿por qué son tan disimuladas? ¿Por qué ocultan siempre sus intenciones?—. ¿No lo recuerdas, Antonietta?

—Oh, sí... —no podía haber más frustración en la mirada de Antonietta—. Vaya, una clienta estuvo husmeando, en forma bastante sospechosa.

—Sí. ¿Quieres que veamos el vídeo ahora mismo?

—Pues... —un reflejo en su mirada, solo un instante—. De acuerdo, vamos.

Fueron las dos a la oficina privada donde un ordenador almacenaba las horas de grabación de las distintas cámaras de seguridad del local. Mientras caminaban, Antonietta repasaba en su memoria lo más velozmente que podía el desarrollo de la jornada anterior, buscando con desesperación algún recuerdo que pudiera auxiliar su pequeño montaje.

Por ningún motivo quería que vieran juntas la entrada de Dorian a la joyería.

Finalmente, recordó que sobre las 5 de la tarde, una clienta había estado un largo rato probando, indecisa, distintos anillos, hasta que se había dado por vencida y se había ido, sin comprar nada. Era una clienta habitual.

—Sí, ésta es —dijo Antonietta, deteniendo la reproducción rápida cuando mostraba a la clienta en el mostrador—. Ha estado muchísimo tiempo poniéndose y sacándose anillos, como si quisiera marear a la dependienta, o aprovechar el tiempo para observar el funcionamiento de la joyería.

—¿Esta señora? —Verónica le dirigió una mirada risueña, aunque no

ofensiva. Sabía que la mujer se estaba comportando como siempre: nunca se decidía por nada de lo que veía en sus visitas, pero al cabo de algunos días llamaba por teléfono, recordando todo lo que había probado, para realizar un pedido de dos o tres piezas. Tenía un gusto exquisito para las joyas y era una persona encantadora.

—Sí —Antonietta había captado la esbozada sonrisa de Verónica y pugnaba por controlar los colores en su rostro mientras ardía de furia por dentro.

—¿Por qué te lo ha parecido? —que siga enredándose en la tela de araña que ella misma tejió...

—Pues, ya ves... —las palabras le salían roncadas; si hubiera tenido menos carácter habría tartamudeado—, por su actitud.

—¿Su actitud? —Verónica apenas había ladeado la cabeza, mirando a Antonietta como si realmente fuera muy importante para ella lo que pudiera decirle—. ¿Qué problema hay con su actitud?

—Me resulta extraña esa forma que tuvo de probarse todo, ya te lo dije.

—Cariño —iba a darle una cucharada de su propia medicina: el sarcasmo...—. Valoro muy positivamente tu interés, pero me llama la atención que no recuerdes cuán insegura es esta señora cuando viene.

—Yo...

—Es cliente de Jean-Loup desde hace años. ¿Es posible que no la recuerdes? La atención debe ser personalizada.

—Disculpa, Verónica, no volverá a pasar.

Salieron del despacho juntas, después de detener el sistema de reproducción de vídeo. Antonietta se había salido con la suya, había sabido escapar del asedio de Verónica sin exponerse demasiado, pero aquella pequeña humillación de haber tenido que balbucear en forma incoherente le había herido hondamente. No sabía cómo, pero debía cobrarse la afrenta.

Capítulo 4

El viernes llegó y el huracán no había pasado.

Lo único diáfano era que los días que habían mediado hasta la fecha de la cena programada entre Doriana Griss y Verónica habían funcionado como el ojo de un huracán, un momento de calma tensa, visible, palpable. La cortesía nunca había sido tan exquisita entre las empleadas de la joyería.

Algo se había roto, o había acabado de encajar.

O, quizás, simplemente se había terminado.

No era el momento de saberlo, y Verónica no estaba dispuesta a que aquello le quitara el sueño.

Pero claro, era más fácil pensarlo que hacerlo. De todos modos, cuando llegara el momento, que no tardaría en llegar, vería cómo reaccionar, qué decisiones habría de tomar. Sabía que contaba con la confianza de Jean-Loup, su jefe, pero también sabía que si sus compañeras se aliaban contra ella, podrían llegar a perjudicarla.

«No es ésta la noche en la que te tienes que preocupar de estas cosas» se decía Verónica, terminando de arreglarse.

La expectativa de volver a pasar un rato con Doriana, aquella mujer que se parecía a ella de forma tan increíble, colmaba su pensamiento en ese momento.

A la hora señalada —habían hablado por teléfono, días antes, para confirmar el horario— Jonathan llamó al timbre de su puerta.

El americano iba a los mandos de un deportivo imponente y de color rojo. No le habían indicado qué vehículo sería el más adecuado para recoger a la invitada, por lo que la decisión había quedado en sus manos...

Cuando Verónica bajó a la calle, se quedó tan demudada como cuando se encontró con Doriana. Duró solo un instante su hundimiento en el punzante color azul de los ojos de Jonathan, a quien no había visto antes, pero había sido suficiente para sentir el irracional impulso de volver a entrar a su casa y buscar un chaleco salvavidas.

Como tabla de salvación, había bajado la vista para refugiarse en la contemplación de otra parte de su rostro, mientras Jonathan la saludaba con educación y la conducía hasta el asiento trasero derecho del turismo. Pero no había dónde mirar y que sirviera para detener las palpitations que le bajaban de las sienes hasta las mejillas, impiadosas, sofocándola. Mientras se sentaba, notó que Jonathan refrenaba un gesto de desprecio al cerrar la puerta. Estaba

segura de que él creía que no podía haberle visto.

Pero sí lo había hecho, y las palpitaciones en su cara habían cambiado de motivo: ahora, eran de ira.

Y de despecho, muy a su pesar...

—¡Qué bien, querida, ya has llegado! —el recibimiento de Doriana no podía ser un testimonio de alegría más logrado—. Ven, entra, dame tus cosas.

—Qué tal —Verónica entregó sus abrigo y bolso a Doriana, quien inmediatamente los pasó a manos de una empleada—. Es la primera vez que visito a una cliente de la joyería. Jean-Loup es muy estricto, y tiene razón.

—Tranquila, guapa, que por mí no se enterará —puso en sus manos una copa de champán que había servido ella misma; tenía su propia copa, y en seguida brindaron—. ¡Por las casualidades sorprendentes de esta vida, que sazonan el aburrimiento!

—Salud —Verónica nunca había brindado por algo tan extraño—. Qué fresco está, y qué bueno.

—Es un champán que producen en unos viñedos que ha comprado mi Wolfgang en el sur de Francia. No sé qué tal se vende, ni quiero enterarme —su risa resonó como una melodía interpretada en un instrumento de oro y de perlas; se extendió por las habitaciones como el aroma de un perfume dulce, irresistible

—Mientras sigan enviando las que me bebo yo, por supuesto —continuó Doriana.

Verónica rió la gracia. Se sentía cada vez más arrepentida de haber aceptado aquella condenada invitación a cenar.

—Sí, claro —Verónica no quería comprometer sus opiniones más allá de lo imprescindible para no parecer demasiado distante.

—Acompáñame —le pidió Doriana—. Vamos al salón, que ya tiene que estar todo preparado.

Doriana cogió del brazo a su invitada y la condujo hasta que entraron al salón comedor de la planta baja. Los distintos empleados con los que iban cruzándose, sin demostrar esfuerzo, encubrían perfectamente su admiración por la extraordinaria semejanza de las dos mujeres. Nada les delataba. Verónica acabó sospechando que el personal de la casa estaba acostumbrado a presenciar todo tipo de acontecimientos insólitos durante sus jornadas de trabajo, y que no había forma, ya, de que alguna cosa pudiera sorprenderles.

Aquello no podía ser más que otro motivo de inquietud relacionado

con esa visita...

El salón estaba adornado con lujo y ostentación a partes iguales. Dominaba, en el centro, una enorme mesa de madera oscura con un trabajo de ebanistería preciosista que cubría por completo las patas y el canto del tablero. De las paredes colgaban tapices antiguos, los cuales no parecían guardar gran relación entre ellos. El eco de los pasos en el piso de mármol se perdía, enmudecido, en las alturas del techo ricamente artesonado.

Un empleado ayudó a Verónica a tomar asiento. Doriana se sentó en la silla enfrentada a su invitada. En seguida, una pequeña constelación de camareros sirvió los platos y bebidas y se retiró con la suavidad de una bocanada de humo en el viento.

—No suelo invitar a desconocidos a casa —comentó Doriana, irguiendo levemente la espalda.

—Te aseguro que yo tampoco —contestó Verónica, sonriendo.

—Pero esta ocasión es diferente, ¿no? —Doriana rió musicalmente—. Tenemos mucho en común, y eso es evidente. Y quizás descubramos más similitudes cuando nos conozcamos mejor. ¿Me has dicho que has estudiado danza?

—Vaya, sí. Cuando niña, unos años. Mamá estaba obsesionada con que fuera bailarina de ballet.

—Su vocación frustrada, ¿no? —el interés de Doriana parecía sincero.

—Efectivamente. Pero yo nunca me entregué por completo, aunque sí que fui bastante tiempo a clases. La profesora era una gran profesional, no me cabe duda, pero al mismo tiempo una despiadada juzgadora de sus alumnos. Vaya, que no es el mejor recuerdo de mi niñez.

—Sin embargo, he visto cómo te mueves. Cada vez que alzas una mano o que giras la cabeza tienes un garbo y una plasticidad que enamoran —Verónica miraba el cuerpo de Doriana con la fría meticulosidad de un modisto—. Nunca podríamos parecernos en eso.

—No creo que tenga la menor importancia —Verónica bajó la vista, incómoda ante la inspección.

¿Envidia? ¿me tiene envidia?...

—Pues yo de pequeña también he ido a lecciones de danza, pero solo unas pocas. Me rebelé en seguida ante la autoridad de la maestra. Siempre me he rebelado ante cualquiera que intentara imponer su voluntad a la mía, en realidad.

—Ya —Verónica alzó la mirada, invitando a Doriana a continuar

hablando.

Doriana no le había dado la oportunidad a Verónica de preguntar ella también detalles sobre su vida, por los motivos que fueran, sino que se los había dado voluntaria pero calculadamente.

—Sí —Doriana no iba a soltar las riendas de la conversación—. He tomado clases de todo lo que puede tomar una niña, pero nunca me he interesado realmente por nada, sino hasta más grande, que me he dado cuenta de que mi máxima pasión era mi propia vida, vivir cada minuto como si fuera el último, le pese a quien le pese. Así es mi filosofía, sencilla, ¿verdad?

—Pues sí. Yo...

—Las cosas sencillas son siempre las más difíciles. Tu trabajo, por ejemplo, es tremendamente difícil en su sencillez, ¿verdad?

—Hay que hacer las cosas bien, claro.

—Aunque todos los días sean iguales, incluso monótonos, nunca puedes dejar que los acontecimientos sucedan sin más. Siempre tienes que poner de tu parte, aunque parezca que nada cambia nunca, ¿no es así?

Verónica sonrió antes de contestar, escuetamente:

—Sí...

No estaba dispuesta a que la mezquindad de una intrigante le agriara el sueño cuando fuera a acostarse esa noche.

Al acabar la cena, un refinado tormento a manos de la dueña de casa en el que nada faltó, ni sobró, ni fue desmesurado, salvo en lo que a ostentación del lujo se refiere, Verónica ya se había convencido a sí misma de que lo último que haría en lo que le quedara de vida sería aceptar la invitación para un nuevo encuentro que, tenía la certeza de ello, Doriana le haría llegar, ya fuera personalmente o a través de alguno de sus empleados. «Quizás, de su chófer», pensó muy a su pesar.

Esta última opción la hizo dudar...

Doriana, cuando le apetecía, era una excelente maestra de ceremonias, y terriblemente graciosa. Verónica había reído a carcajadas no pocas veces con sus ocurrencias, y como últimamente hacía tiempo que no hacía. Quizás el champán, seco pero de sabor suavísimo, había ayudado a ello.

Fueron juntas a la puerta de calle, tomadas del brazo. Verónica perdió el equilibrio en las escaleras, por lo que Doriana hubo de sostenerla para que no rodara hacia abajo. Nunca supo cuán cerca estuvo de que eso acabara sucediendo por la inacción de su anfitriona.

—Pensarás que soy una borracha —exclamó Verónica apenada.

El tropezón había sido un lamentable incidente, pero no se había debido al alcohol.

—Para nada querida, pero hagamos un trato: si yo no me preocupo por lo que puedas ser tú, tú no te preocupas por lo que pueda ser yo. ¡Seguro que estoy haciendo un negocio redondo!

Verónica rió francamente y le aseguró que cerraban el acuerdo.

—Parece que se me ha pegado la habilidad de Wolfgang para hacer negocios. Quizás ahora pueda ganar dinero, porque hasta hace poco tiempo, solo sabía gastarlo.

—No se te da mal.

—¡Tienes que conocer a mi marido! —la expresión de Doriana mostraba la repentina excitación que se tiene ante una idea nueva.

Claro que no lo era...

—Oh, sí —Verónica buscaba las palabras adecuadas que no la comprometieran pero que tampoco la mostraran descortés rechazando la oferta—. Seguro que sí. Tengo que llamarte para arreglar un día.

—¿Cómo podrías hacerlo, si no conoces los horarios de mi Wolfgang? —Verónica la veía divertida—. Él viaja todo el tiempo, y nunca sé cuándo estará de vuelta en casa, sino hasta algunas horas antes de que arribe. A veces sospecho yo que mi Wolfgang me tiene siempre en vilo para sorprenderme...

—No lo hará por eso.

—Tú no sabes cuán desconfiados pueden ser los hombres adinerados, cariño. Es la única forma que tienen para conservar la vida entre tiburones.

—Pues, yo...

—Tú no te preocupes de nada. Cuando sepa algo, te llamaré, y Jonathan te pasará a buscar. Parece que le has caído estupendamente.

Abajo, al pie de la escalera y esperando a abrir la puerta trasera a Verónica, estaba esperando Jonathan.

El guardaespaldas había escuchado todo, y no por indiscreción, sino porque la conversación se había desarrollado prácticamente a su lado. Miraba profesionalmente hacia adelante, con una expresión de hastío y desprecio ocultada casi por completo por la visera de su gorra.

Aunque no totalmente...

Más al fondo, semiescondidos en la penumbra de la noche, una hilera de árboles contemplaba la escena como oscuros fantasmas verdes.

Capítulo 5

Verónica se había propuesto que los acontecimientos de aquella cena no arruinaran su sueño y había cumplido su propósito. Aunque no de la manera que había querido. Efectivamente, no eran las mil y una mezquinas burlas de Doriana ocultas tras el velo de palabras casuales lo que encendían su mirada hasta casi no parpadear. De hecho, no había pensado en Doriana desde que había dejado su casa.

Lo que ocupaba su pensamiento era ese misterio de hombre que la había conducido de vuelta a su piso, que había ocultado su mirada debajo de la visera de la gorra y su desdén detrás de sus pocas, escogidas, taquigráficas palabras formalísimas, educadas, frías y sosas como un potaje abandonado.

¿Qué se pensaba que era ella? ¿Cómo pretendía conocerla, o sentirse mejor?

El viaje de vuelta a casa había sido lo más parecido a jugarse la cabeza a la ruleta rusa. El deportivo rojo había volado por las avenidas casi vacías, tomando las curvas chirriando los neumáticos sobre el asfalto de una manera salvaje.

Como si el conductor quisiera demostrar algo. O dejarlo por sentado...

Al detenerse frente a la casa de Verónica, a Jonathan le había faltado tiempo para abrir la puerta de la pasajera. Desde dentro, Verónica se le quedó mirando unos instantes, despeinada por el viaje y con el pecho subiendo y bajando agitadamente. Rápidamente Verónica bajó del vehículo, recomponiéndose, y obligándose a sostener su mirada distante y retadora.

—Oye, tú —no podía creerse a sí misma: estaba tuteando a ese desconocido, ¡incluso siendo grosera!—. ¿Qué clase de impresentable eres, que me traes manejando como un lunático? ¿No me escuchabas cuando te pedía que redujeras la velocidad?

—Le pido disculpas, señora —una sonrisa se había iniciado en los ojos de Jonathan, y se había desplegado por todo su rostro, difuminándose en el proceso, convertida ya en una nueva muestra de discreción milimétricamente ejecutada—. El ruido del motor me impidió oír cualquier cosa. Pensé que querría volver a su casa lo más pronto posible.

—Estoy segura de que sus jefes no le pagan a usted para que piense —dirigió su golpe lo más bajo que se le ocurrió: el orgullo. El súbito paso del tuteo al tratamiento formal era parte de esa decisión.

—¿Me necesita para algo más? —Jonathan acusó el impacto

parpadeando dos veces. Su espalda se había puesto recta y tensa.

—Por supuesto que no —¿qué se habría creído?

—Me retiro entonces.

Mientras Jonathan regresaba al deportivo, Verónica podía sentir cómo la sangre volvía a circular por su rostro. Todo ese tiempo había sentido unas palpitaciones leves pero insoslayables en los labios y las sienes. Se llevó la mano a la boca y descubrió que la tenía hinchada, como una fruta madura que pide ser devorada.

Que ruega, descaradamente, acabar siendo mordida, saboreada y digerida...

Jonathan Bradstreet se odiaba a sí mismo, mientras golpeaba el volante. ¿Cómo podía haber demostrado tanta debilidad frente a aquella...? ¿aquella qué? ¿Intrigante? ¿mosquita muerta? ¿perdida? ¿niña de mamá? Aún no lo sabía, y eso no podía ser más frustrante.

Tenía que reconocer que ambas, Verónica y Dorian, eran idénticas. Desnudas e inmóviles no creía que hubiera ser sobre la Tierra que pudiera reconocerlas, diferenciarlas. Viéndolas moverse, desplazarse, hablar u observar alguna cosa, simplemente, era cuando se podían inferir las diferencias que existían entre las dos, que tampoco eran tan acusadas si lo miraba bien.

¿O quizás sí?

Sentía que su pecho se llenaba de ira como cuando, instantes antes de los combates, sus rivales pretendían intimidarlo con gestos y miradas que nunca, jamás, habían conseguido mellar su ánimo.

Una niña petulante, no podía ser otra cosa aquella mujer despeinada y aterrada que había sabido recomponerse tan bien y contraatacar, allí donde más le dolía, una vez puestos sus pies en la calzada.

Jonathan había podido dormir bien antes del primer combate por un título mundial y antes del último. Había descansado perfectamente antes de las mil batallas y operaciones que había debido realizar durante su vida militar. Tampoco había entrado nunca a ningún plató con alguna señal de cansancio por haber pasado una mala noche, incluso con las escenas más arriesgadas.

Así había sido toda su vida.

Siempre.

Esa noche, sin embargo, daba vueltas en la cama, con los ojos abiertos en la oscuridad absoluta de su cuarto, hasta que las sábanas, hechas un ovillo,

acabaron cayendo al suelo, exhaustas de tantos puntapiés recibidos. No podía quitarse de la cabeza a Verónica, y el esfuerzo infructuoso por neutralizar ese pensamiento le acompañó al día siguiente, volviendo torpes sus movimientos.

Aquello era inaudito...

Capítulo 6

A la mañana siguiente Verónica era un manojo de nervios y de cansancio.

—Por Dios, Verónica, te veo agotada —le dijo Jean-Loup. Por sobre su bigotito, la miraba incrédulo; debajo de éste, le sonreía.

—Jean-Loup, sí. No he pasado una buena noche. He estado con un malestar estomacal que no me ha permitido pegar ojo.

—Oh, vaya —Verónica me ha mentido...—. Espero que ahora te encuentres bien.

—Sí, Jean-Loup, gracias por preocuparte —vio cómo su jefe apenas atendía sus palabras, dándole prácticamente la espalda al final de su respuesta.

Un poco alejadas, algunas de sus compañeras vigilaban la escena. No se entretuvo en intentar adivinar sus pensamientos, que de todos modos eran diáfanos para ella.

Bajo la diminuta ventanilla podía ver el manto blanco de nubes que semejaba un colchón de plumas destripado al sol un día sin viento. El azul del cielo era profundo y frío, pero eso no podía preocuparlo, dentro del avión, con la tercera copa de brandy ya tibia entre sus dedos. Ahí fuera el mundo podía congelarse mil veces. Podía caer un asteroide y destruir la humanidad. Podía desatarse la madre de todas las pandemias. Eso no le quitaría el sueño.

Doriana le arruinaba las noches...

Doriana y sus caprichos, su excesivo afán de libertad e independencia, que cada día parecían más al desapego, al desamor. A la infidelidad presente o futura.

¿Presente o futura?

No podía saberlo, pero debería descubrirlo pronto.

La azafata, desde la altura de sus ojos grises, le preguntó si necesitaba algo, cualquier cosa. Le contestó que no. Mientras ésta se alejaba por el pasillo, aún no había decidido si un resto de compasión se había colado en la forma en que le había tratado. ¿Podía sentir lástima por un hombre de negocios que se tomara tres copas durante un vuelo, viajando solo? ¿Es que había algo más?

Su rostro reflejado en el cristal de la ventanilla le dio la respuesta. Una tristeza, que parecía infinita, cruzaba aquella imagen con arrugas de

preocupación que semejaban una red de carreteras desquiciada. Se tapó la cara con las manos, sintiéndose como un niño desamparado.

Acabó el resto de bebida de un trago y pulsó con rabia el llamador. En seguida volvió la azafata.

Al cabo de unos instantes, una nueva copa de brandy se caldeaba entre sus dedos.

No, no era capaz de creerlo ni de entenderlo.

No podía ser posible. No debía haber pasado.

Nunca...

Sin embargo, era cierto: ahí estaba, en otro de los extraordinarios bólicos que el rico empresario parecía poder cambiar como ella de camisa. A los mandos, el antipático estadounidense que tan mal le había hecho acabar la noche el viernes de la semana anterior.

Aunque ahora no había sido tan antipático. Había sido tan formal como la otra vez, pero no había podido adivinar ese fondo de desprecio tan profesionalmente administrado con que la había cubierto como una túnica sucia aquella vez.

Podía estar equivocada. ¿Lo estaba? ¿Qué ha cambiado desde el viernes?

Los neumáticos chirriaban sobre el asfalto en cada curva; las imágenes se fundían a los costados del vehículo en las rectas, hasta hacerla sentir en una especie de túnel. ¿Cómo podía pensar que había cambiado algo?

Y sin embargo...

Lo importante era convencerse de no volver a caer en la debilidad de dejarse arrastrar por Dorian. ¿Cómo podía estar tan preocupada por lo que pudiera sentir ese salvaje que parecía querer reventar las mangas de la americana cada vez que flexionaba un brazo? Vaya, solo le faltaba que la piel comenzara a ponerse verde...

Ante esa imagen, se les escapó una pequeña carcajada, que ahogó de inmediato. No necesitaba que, además, aquel troglodita sumara al rosario de malas opiniones que coleccionaba acerca de su persona una nueva: la de que era una loca que se reía sola en el asiento trasero.

Cuando llegaron al domicilio de Dorian comprobó que la expectativa de que Jonathan, nuevamente, se acercara a su puerta a abrirla y dejarla pasar, había sido suficiente para que los latidos de su corazón se aceleraran.

«Qué mal me cae ese hombre», pensó. «Su sola presencia me cambia

el estado de ánimo».

Como una tromba y en medio de sus tribulaciones, Doriana abrió la puerta y se introdujo en el coche.

—¡Vamos, vamos, señor Bradstreet! —ordenó a Jonathan golpeando el cristal tintado que separaba los asientos delanteros de los traseros. Éste arrancó sin preguntar siquiera a dónde. No sería la primera vez que debía obedecer órdenes extrañas...—. ¡Encanto, cómo te he extrañado!

—Qué tal —contestó Verónica, correspondiendo los dos besos sonoros de Doriana.

Un íntimo sentimiento de desilusión embargó a Verónica. El perfume de Jonathan había despertado su curiosidad la primera vez que le vio, y creía que, cruzándose otra vez con el calor que emitía su cuerpo, iba a poder acabar de desentrañar qué marca era la que usaba. Sí, era este el motivo de su frustración. No podía ser otro. ¿O quizás sí? ¡Por supuesto que no!

Por supuestísimo que no. Solo pensar que pudiera ser otra cosa era ridículo...

El deportivo volaba por las avenidas.

—¡No me estás escuchando! —el universo acababa de recuperar su existencia en el ámbito de lo real, lo tangible. Doriana la miraba sonriendo, levemente molesta de haber comprobado que Verónica había pasado de ella durante ¿cuánto? Quizás más de un minuto.

—Oh, yo. Vaya, tienes razón. He tenido un día muy duro en el trabajo. Tú sabes que me has convencido para venir contigo, pero estoy agotada.

—Ay, ay, ay. Haberlo pensado antes —la risa de Doriana, en el espacio cerrado del vehículo, no fue tan dulce de ser escuchada como en las estancias amplísimas de su mansión—. No te preocupes, cariño, te lo compensaré.

Por supuesto, su mujer no le aguardaba en casa, a pesar de que había especificado claramente que ella fuera informada del día y hora en que estaría de vuelta.

La soledad más absoluta le recibió.

Compartir un techo únicamente con el personal de servicio es una extraña forma de soledad que Wolfgang Radszuweit ya conocía muy bien.

Todo estaba arreglado. La habitación en la que dormían juntos estaba perfecta, inmaculada.

Se desnudó, dejando sus cosas sobre una silla. Se pegó una ducha con

el agua casi hirviendo.

Ahora cenaría, comprobaría la correspondencia, quizás tomaría un brandy —el último, promesa...—, podría ver una película. Después, bueno, ya tendría tiempo de ajustar cuentas con Doriana...

Se durmió después de rascarse suavemente el lóbulo del oído izquierdo.

Capítulo 7

La había convencido.

Parecía imposible, pero eso había pasado. No otra cosa.

La última salida con Doriana había sido caótica. Habían estado a punto de estrellarse varias veces, y eso formaba parte de la diversión, por supuesto. Doriana azuzaba a su conductor y guardaespaldas, y éste no parecía arrepentirse de caer en ninguna de las provocaciones a las que ésta le sometía, sino todo lo contrario.

Ahora ya era tarde, y lo iba a hacer: iba a suplantar a Doriana esa noche, «solo una, promesa...».

Oh, no sería tan terrible, no podía serlo, ¿verdad?: se acostaría después de una ducha rápida, alegraría un malestar estomacal, quizás una jaqueca, y se dormiría dándole la espalda a su marido. Si Wolfgang se volvía muy insistente con... bueno, tú ya sabes, escaparía de la habitación, le dejaría despellejándose un oído y dormiría en una de las tantas que había para invitados. No debía preocuparse, a Wolfgang no le sorprendería una reacción así.

—No padezcas, cariño —le había dicho Doriana. La noche había sido tan loca, todo se había salido tanto de quicio, que aceptó la pertinencia de ese argumento sin sorpresas—. ¡Por favor, Verónica, hazlo por mí!

¿Cuánto tiempo había invertido en convencerla, Doriana, cuando se decidió a ir al ataque? Pues no mucho, realmente, porque había sabido tenderle una trampa de esas que, si no se reacciona inmediatamente contra ellas, después ya es tarde.

Habían regresado a la casa, entrado juntas, y en el primer descuido se había marchado, dejándola a ella allí, atónita y sin saber qué hacer. Después la había llamado al móvil. Y ahí se había acabado todo.

Y eso, sin contar la velada amenaza que se escondía detrás del tono perentorio, pero con ropajes de ruego, que había utilizado Doriana para pedirle ese grande y extraño favor al que había accedido tontamente.

Estaba claro que se iba hundiendo más y más en el pozo de los manejos de Doriana, y ya estaba bien.

Tendría que cortar de raíz todo ese descalabro.

¿Quién se pensaba que era ella, su criada, su bufón? ¿Y qué pretendía hacer esa noche, que necesitaba alguien que la suplantara? ¿no pensaría estar fuera hasta la mañana siguiente?

Retocándose el maquillaje frente al rico espejo de la habitación, Verónica se hacía esas y más preguntas, que iban asaltándola como en un torbellino, sin darle respiro siquiera para intentar ensayar alguna respuesta que satisficiera su necesidad de respetarse a sí misma.

Lo que estaba claro era que ella no tenía ningún motivo, ninguno, para aceptar esa estúpida petición.

¿Y dónde habría ido Dorian?

Aún tendría tiempo hasta que llegara el esposo de su «amiga» —si no le había mentado también sobre ese asunto—, y podría aprovechar que ésta decidió irse sola, para intentar averiguar alguna cosa con Jonathan.

Solo conversaría con él unos minutos...

Después tornaría a su habitación y seguramente se iría a su casa.

Si Dorian creía que ella iba a ser su marioneta, estaba muy equivocada; lo mejor que podía hacer era recabar un poco de información porque así, si es que a la intrigante se le ocurría vengarse de ella, ya tendría un as en la manga.

Sí, era una gran idea conversar con Jonathan.

Por cruzar unas palabras no pasaría nada malo.

¿Qué podría salir mal?

Antes de volver a salir de la habitación tuvo una idea más y que se le antojó providencial: debía vestirse con las ropas de Dorian si no quería levantar sospechas en el personal de servicio.

Se desnudó prestamente y se introdujo en el vestidor del dormitorio, grande como el cuarto de su propia casa. Los espejos de las puertas de los armarios repitieron su figura de bailarina hasta el infinito, perdiéndose su reflejo en los confines del color de las esmeraldas del fondo de los cristales, convirtiendo su imagen en una especie de hada diminuta y grácil. No se entretuvo contemplándose en los espejos. Abrió rápidamente los armarios hasta dar con el de Dorian, y después de comparar un par de vestidos, se puso el que le pareció más conveniente para el objetivo de pasar inadvertida.

Se inspeccionó frente a un espejo: estaba radiante.

El escote de espalda, generoso, dejaba su piel descubierta casi hasta la cadera; una oscura constelación de lunares diminutos y achocolatados era enmarcaba por la tela del vestido como si de un postre delicado se tratara.

Quizás era demasiado sensual.

Pero así vestía Dorian, ¿verdad?

Si quería pasar inadvertida, debía adoptar su estilo...

Tomó aire, y salió de la habitación. No se detuvo en la puerta más que lo necesario para cerrarla detrás de sí. Caminó mirando hacia adelante. Algunos empleados de la casa se cruzaron con ella; les vigiló por el rabillo del ojo, y si alguno se dio cuenta del engaño, no dio muestras de ello. Comenzó a sentirse más cómoda en el papel de la dueña de casa. Controló su reloj pulsera solo para comprobar que aún tenía bastante tiempo.

¿Dónde podría estar Jonathan? Se le antojó que si había un lugar donde encontrarlo, debía de ser la cochera. Disimuladamente, recorrió mentalmente el camino que la llevaba a ella, y encaminó sus pasos en la dirección correcta.

Abrió con un pulsador la puerta de la cochera. Las luces estaban encendidas, por lo que pudo entrar sin preocuparse en buscar el interruptor ni en el peligro de tropezar contra algo. Allí no había nadie, pensó desilusionada.

—¿Señora? —era la voz de Jonathan, a sus espaldas.

Dio un respingo tal que sintió —o le pareció sentir— que sus pies se despegaban del suelo un instante que se le antojó eterno.

Se dio vuelta como podría haberlo hecho un gato acorralado.

—Por Dios, Jonathan, qué susto de muerte me has dado —el americano la miraba suspicaz.

—Disculpe —el tono era irónico y formal—. He escuchado el ruido de sus pasos y no he podido evitar tenderle una emboscada: no sabía quién podía ser.

Deformación profesional, seguramente.

—Vaya, vaya —Verónica se puso a caminar como si estuviera inspeccionando los coches.

Acababa de descubrir, aterrada, que no había tomado la precaución de buscar una excusa, ni siquiera la más estúpida, que justificara su presencia en el garaje

—Yo... —musitó, mirándose los zapatos.

Jonathan parecía acabado de asear, y seguramente lo estaba. Sus cabellos rubios, perfectamente recortados y peinados, despedían un suave olor a colonia que destacaba con una nota nítida, cristalina, en ese ambiente que olía a neumáticos y gasolina.

—Yo quería saber si tú... —¿cómo puedo ser tan idiota como para preguntarle si sabía adónde había ido Dorian? ¡Ella era Dorian, y no podía ser otra!—. Si tú...

Sus ojos se perdieron en la línea perfecta de los labios del americano. Una cicatriz antigua, apenas sugerida por una línea blanca en la cual se notaba

que ya no podría volver a crecer el pelo, desarmó sus defensas.

Con una sensación de irrealidad, como si lo estuviera viendo en el cine, o alguien se lo fuera contando, sintió con perfecta nitidez sus propios labios, secos y calientes, separándose unos milímetros mientras se entregaba, sin control, en la contemplación de la peligrosa boca entreabierta de Jonathan, del resplandor voltaico que despedían sus dientes semiocultos detrás de los labios que se plegaban en una mueca de desdén no del todo disimulado.

Haciendo acopio de fuerzas, consiguió rehuir de aquella atracción magnética que parecía devorarla, solo para caer en el azul eléctrico, oscuro, prometedor y arrebatado de los ojos del guardaespaldas. Se miraron a los ojos; Verónica se escuchó gemir a sí misma, como si fuera otra —una mujer que estuviera a su lado, más fuerte y más apasionada que ella—. Su corazón pareció multiplicarse dentro de su cuerpo: sintió latir su pecho, fuertemente, y también sus labios, sus sienes y todo el cuello, este último como si se hubiera transformado, de repente, en una especie de corazón gigante.

Dio un paso hacia Jonathan. Extendió una mano hasta tocar su pecho, introduciendo unos dedos por dentro de la camisa, hasta tocar su piel.

No soy yo, no puedo serlo...

Jonathan tampoco creía que fuera ella, Dorian. ¿Pero quién podría serlo, si no? Oh, estaba aquella niña modosita, ¿Verónica se llamaba? Claro, Verónica... Ambas eran idénticas. Pero no era posible que aquella explosión de pasión surgiera de una señorita responsable y trabajadora, terriblemente seria dentro de sus movimientos como de bailarina.

No, no podía ser.

¿Y sin embargo?

No: era ridículo...

Verónica clamaba, sin decir palabra, que hubiera algo o alguien que la salvara, que torciera ese destino que ella sola se estaba tejiendo para sí misma, con sus propias manos, que desabotonaban la camisa de Jonathan hasta poder acariciar su pecho, sus pezones diminutos y masculinos sobre unos pectorales de piel tirante por la musculación trabajada durante años. Decía en su interior «no, no...» a pesar de que sus labios solo se abrían para gemir, o para decir que sí, nada más que la palabra sí, ninguna otra.

Cuando Jonathan se decidió a rodear su cintura con sus brazos hasta atraparla en la caricia más íntima, su monólogo interior desapareció, se esfumó como si nunca hubiera existido. Se fundieron en un beso en el que acabó sintiendo también su propio sabor, pequeño y dulce, a través de la

tempestuosa calidez de la lengua y los dientes del guardaespaldas.

Verónica sintió enrollarse sus bragas al bajar por sus piernas y asomaron a sus ojos dos lágrimas de excitación que en seguida se fundieron en el sudor que inundaba su rostro.

Jonathan la besó por última vez en la boca, la introdujo en una de las limusinas, y le arrancó un grito de placer que no conocía, que jamás hubiera imaginado de sí misma, que no había escuchado nunca. La lengua y los labios de Jonathan recorrieron sus pliegues más secretos hasta hacerla bailar y agitarse, recostada en el asiento de la limusina, como una caña de bambú en una tormenta.

Quizás Jonathan había descubierto que, lentamente, como si se despertara de un sueño, Verónica había vuelto a poder hablarse a sí misma en su interior, y que se estaba repitiendo algo que sonaba cada vez más a las palabras «¿qué estoy haciendo?», porque, de improviso, dejó de practicarle sexo oral, para subir por su cuerpo hasta poder jugar con sus pechos, sus pezones, su cuello, y no se detuvo hasta que no la sintió nuevamente entregada a su destino y sin palabras o sombras de palabras que interfirieran con su deseo.

Apenas un movimiento de cadera, buscando una penetración suave, fue suficiente para que Verónica abriera sus piernas hasta el límite de su articulación, flexionando las rodillas para atrapar y acariciar con las pantorrillas y pies las piernas y trasero de su amante.

El miembro erecto de Jonathan se introdujo en la vagina de Verónica en el preciso momento en que las uñas de ésta se introdujeron en la carne de la espalda de Jonathan, marcándolo como a su propiedad. Los dos gimieron de forma agridulce, descontrolada, casi con desamparo. Verónica sintió que Jonathan descargaba su esperma prácticamente al momento de introducirse en ella, tal era su excitación, pero sintió también que la dureza del miembro que espoleaba su interior hirviente no cedía un ápice en su posesión de su cuerpo ni en su presteza.

La segunda eyaculación de Jonathan llegó mucho más tarde, fue mucho más intensa, y no apareció sino hasta que Verónica no hubo gritado sus orgasmos no menos de tres veces, siendo cada uno de estos más acaparador de su alma que los anteriores.

«Nunca volveré a ser la misma, nunca».

Cubriéndola aún con su cuerpo, Jonathan la miraba ya con los ojos algo apagados, aunque dominantes todavía. Ambos se sintieron como fieras

satisfechas una de la otra.

Capítulo 8

Verónica se despertó con un sobresalto. Había dormido unos pocos minutos, agotada, pero la primera sensación que tuvo fue que había dormido así, semidesnuda en la cochera de una casa que no era la suya, durante toda la noche. Rápidamente comprobó la hora en su reloj de pulsera, y no pudo reprimir un suspiro de alivio. Parpadeó un par de veces, aclarándose un poco la vista, y descubrió que Jonathan la observaba de pie, casi a su lado, acabándose de anudar la corbata. Detectó en su mirada una nota de interrogación, de expectación, y quizás también de desprecio: sintió que la evaluaban como a un juguete roto.

—¿Me he quedado dormida? —la pregunta era ociosa, pero podría servirle para armarse, para construir una defensa. O una huida...

—Sí señora —los ojos de Jonathan no podían ser más suspicaces.

«De modo que no sabe con quién se ha acostado verdaderamente» —pensó Verónica—. «O, por lo menos, no está seguro».

—Debo irme —le dijo al americano, recogiendo sus cosas con presteza—. Si preguntan por mí —era absolutamente imprescindible no mentir, pero no confirmar nada—, dices que no estoy, nada más.

—Pero... —Jonathan vio cómo Verónica se iba de la cochera, casi corriendo.

Era imposible que ninguno de los empleados no hubiera escuchado nada, o realizado conjeturas ante la entrada y salida de su jefa —porque era su jefa, ¿verdad?— de la cochera, con el pelo revuelto, aspecto de agotada. No, no era posible, sería un imbécil si pensara otra cosa.

No, su posición en esa casa era la peor posible, en ese momento. En mala hora había caído en las redes de esa mujer.

Cerró la puerta de calle detrás de sí, de un portazo. Una fría ráfaga de viento la golpeó en el rostro, secándole las lágrimas que había estado conteniendo desde que había salido de la cochera.

Se sintió aliviada. El escalofrío que le había recorrido el cuerpo por la temperatura externa, la había ayudado a recuperar el dominio de sí misma. Se preguntó cómo volvería a casa, y no pudo menos que sonreír ante el primer pensamiento que tuvo: pedirle a Jonathan que la llevara. Cogió el móvil del bolso y pidió un taxi, al que esperó alejada unos doscientos metros de la mansión. Doriana había abusado de su confianza; si quería vivir la vida loca,

que no contara con ella para cubrir sus espaldas.

Jonathan apenas había tenido tiempo para ir al aeropuerto a recoger a su jefe, quien volvía en su jet privado después de permanecer fuera unos días, por asuntos de negocios. Durante el trayecto, el americano no dejaba de comprobar en el espejo retrovisor si había cualquier seña que delatara el encuentro que había tenido con la mujer de su jefe. El más pequeño descuido podría delatarlo: un cabello en la chaqueta, una mancha de carmín, un morado en el cuello, el perfume de la mujer pegado a su piel —una fragancia que, lo sabía, ella nunca había usado anteriormente—. La espalda aún le escocía; apostaba que su camisa quedaría estropeada.

El avión privado entró al hangar minutos después de que Jonathan estacionara la limusina. En seguida bajó Wolfgang Radszuweit, sosteniendo algunas carpetas en una mano y el teléfono móvil en la otra. Se notaba que la conversación consumía toda su atención, porque subió al vehículo sin apenas mirar a nada ni a nadie, ordenando un escueto «a casa» mientras se sentaba.

Jonathan condujo cuidadosamente. Durante el trayecto, el empresario no había dejado de hablar por el móvil, llamando o recibiendo llamadas. Se le veía demasiado ocupado como para pegar ni un vistazo a Jonathan, y éste no podía estar más feliz por esa circunstancia.

Cuando llegaron a la casa, Wolfgang bajó del vehículo tan aprisa como había entrado, sin siquiera esperar a que Jonathan le abriera su puerta. Parecía como alienado por el trabajo. El americano aprovechó esa circunstancia para relajarse unos minutos dentro de la limusina, mientras el motor se iba enfriando lentamente.

Al cabo de unos minutos escuchó, apagados por las paredes que les separaban, los gritos de su jefe, llamando a Doriana. Jonathan no podía saberlo, pero ésta le había asegurado a su esposo que le esperaría en la casa.

El móvil de Verónica no paraba de sonar. Después de no contestar las primeras llamadas, lo había puesto en modo silencioso. Podía sentir al aparato vibrando en el interior de su bolso, insistentemente.

Así había sido durante todo el viaje en el taxi que la llevó a su casa. Una vez dentro, se decidió a contestar.

—¿Hola?

—Verónica, ¿dónde se supone que estás? —la voz de Doriana, al otro lado de la línea, sonaba metálica y ronca.

—En casa —contestó, simplemente.

—¿Tú sabes el problema en el que me he metido por tu culpa? ¿cómo pudiste traicionarme de esta manera?

—Yo no te he traicionado. Tú me tendiste una trampa y creíste que no me dejabas otra salida que aceptar lo que me pedías. No soy el juguete de nadie.

—Tú no sabes en el problema que te has metido —ahora la voz de Verónica había perdido todo rastro de humanidad—. Pensaba que éramos amigas; soy la peor enemiga que te puedas imaginar...

—Tengo que cortar.

—¡Me las pagarás! —tuvo tiempo a decir Dorian, antes de que se cortara la línea. No, esa chiquilla no sabía, ni remotamente, en qué problema se había metido.

Al día siguiente, Verónica entró a la joyería dispuesta a aceptar su destino, fuera éste el que fuera. La mañana era soleada, tibia. Cerca del mediodía, la puerta se abrió, y entró Jonathan. Estaba más guapo que nunca, pero en cuanto le vio, Verónica comprendió que Jonathan debía de ser la última persona a la que querría ver en ese momento.

—He venido por un asunto algo desagradable —le dijo Jonathan a una de las dependientas—. Por favor, llame a su jefe.

La empleada entró a un pequeño despacho. En seguida bajó Jean-Loup desde su oficina. Intercambió unas pocas palabras con Jonathan, y ambos subieron a la oficina.

Las dependientas se miraban entre ellas. Se notaba que algo no iba bien. La única que no participaba en las interrogaciones mudas era Verónica, que se esforzaba por seguir trabajando sin que ninguna emoción aflorara a su rostro.

Al cabo de una media hora, salieron del despacho Jonathan y Jean-Loup. El guardaespaldas descubrió a Verónica cuando ya estaba a pocos pasos de la puerta de calle, y no pudo evitar un gesto de absoluta sorpresa, aunque supo recomponerse. Una nube de frustración y de tristeza empañó sus ojos, pero volvió a mirar hacia adelante, acabando de salir. En cuanto estuvo fuera, pudo escucharse el rugido de su vehículo atravesando el cristal blindado de la puerta doble.

Jean-Loup permanecía en el centro de la joyería, con ambas manos extendidas como si rezara; se acariciaba la nariz con suavidad. Finalmente

pareció tomar una decisión.

—Chicas, por favor —suspiró, sonrió y miró al techo—. Volved al trabajo. Verónica, acompáñame un minuto, por favor.

Una bomba no podría haber causado mayor conmoción entre las empleadas. Jean-Loup volvió a subir las escaleras, acompañado ahora de su encargada. En cuanto ambos estuvieron dentro, cerró la puerta y se sentó a su escritorio, invitando a Verónica a hacer lo mismo.

—Esto es demasiado inaudito —Jean-Loup jugaba con un bolígrafo de oro nerviosamente, hasta que se le cayó al suelo con gran estrépito—. Qué torpe. Disculpa. En fin: ¿tú has vendido este anillo?

La pregunta directa la desconcertó completamente. Le bastó un vistazo para reconocer la joya que le mostraba su jefe, un anillo que había comprado el empresario austríaco hacía unos meses y que había pasado a retirar uno de sus empleados. Así se lo comunicó.

—Pues según esta factura —extendió el documento a Verónica— has cobrado esta cantidad por ella. Es casi un veinte por ciento más de lo que realmente vale, y de lo que figura como efectivamente pagado en el ordenador.

—Pero, no creerás que yo...

—Yo no creo nada —Jean-Loup la miraba parpadeando, incómodo. Su frente iba perlándose de sudor, al igual que la de Verónica—. Es una situación absurda. Te conozco, y sé que jamás me robarías. Pero tampoco encuentro motivos para que un cliente de la firma tenga motivos para querer perjudicar a una de mis empleadas. No veo cómo podría ser que me mintieran sobre ello.

—Yo sería incapaz de actuar de esa manera.

—Mira —la actitud de Jean-Loup cambió. Había tomado una decisión, y se notaba que sería un carpetazo a todo ese asunto—. Hasta que no se aclare tu situación, quedas suspendida de empleo y sueldo

La noche anterior había sido caótica en la mansión de Dorian y Wolfgang. Los gritos se prolongaron durante más de una hora, y solo cesaron después de que Dorian amenazara con irse. Wolfgang no pudo resistir el miedo a perderla y se tragó su orgullo y su inteligencia: aceptó las absurdas explicaciones de Dorian, un cuento infantil que le hizo hervir la sangre pero, desconociéndose a sí mismo, se obligó a creer como quien se agarra a un clavo ardiendo. Durmieron en la misma habitación, dándose la espalda.

A la mañana siguiente, muy temprano, Wolfgang se levantó, sin despertar a su mujer, y salió de la casa a cumplir con sus obligaciones. El

trabajo sería el mejor anestésico, la forma más sencilla de olvidar, de que las horas pasaran sin dolor.

Acabando de salir de la joyería, Jonathan no permitió que la tormenta emocional que lo embargaba le impidiera subir al vehículo y hacerlo rugir, como si quisiera saltar con él detrás del horizonte. Era la mejor forma de huir, ¿pero huir de qué? Quizás de su destino.

Que aquella visita a la joyería era una encerrona contra alguien, lo había entendido en cuanto Doriana había comenzado a explicarle qué era, exactamente, lo que quería del él.

«Un hombre de recursos, claro está» se repetía Jonathan, sarcástico y enfurecido, no pudiendo quitarse de la cabeza la desamparada expresión de sorpresa con que Verónica le había recibido. Sí, efectivamente, era un hombre de recursos: no le había costado prácticamente nada contactar con el falsificador que le había confeccionado la factura falsa, basada en una real. Sin conocer a nadie en la ciudad, sin casi llamar la atención. La jefa había mandado y él había obedecido. ¿Es que acaso era otra cosa ser un mercenario? ¿Acaso podía permitirse creerse algo más que un gorila vestido de seda?

Esa estúpida, insignificante dependienta. ¿Cómo podía afectarle tanto la mala jugada que le había hecho? Una pobre tonta que se había dejado enredar en la telaraña de Doriana.

Desde luego no merecía su compasión.

Ni su respeto.

También había otro asunto: ¿con quién había tocado el cielo? No podía ser la niñita de mamá. No podía serlo...

¿O quizás?...

Debía quitarse de la cabeza todas esas ideas, que solo podrían hacerlo más vulnerable. Sí, eso era lo mejor que podía hacer...

Las dependientas de la joyería estaban radiantes. Exultantes. Embargadas por una felicidad que no demostraban. Habían visto pasar a Verónica con los ojos rojos e hinchados a fuerza de contener las lágrimas y habían comprendido que, seguramente, ya nada volvería a ser lo mismo para ella, en la joyería. Incluso si todo —¿y qué era ese «todo»? ¡No podían saberlo!— no era más que una confusión, un terrible error, un hecho lamentable por el cual Jean-Loup incluso se disculpara con ella, su situación en la tienda habría cambiado para siempre. Algo se había roto y era definitivo.

—Debo irme —dijo Verónica, con voz apagada, pero dignamente.

—¿Pero qué ha pasado, mujer? —el tono de Antonietta no podía ser más solidario. Unas rápidas miradas entre las compañeras de Verónica había sido suficiente para que decidieran que ella no podía irse así, de esa manera, sin permitirles enterarse de nada.

—Ha habido una confusión, es inexplicable —contestó Verónica, sin dejar de recoger sus cosas—. Ya os enteraréis, si Jean-Loup os lo cuenta. Debo irme.

Varias manos se alzaron en un último gesto, impotente, intentando retenerla unos minutos más. La odiaban por no haberse dejado arrastrar a contar con sus propios labios su caída final. Incluso en ese momento de éxito, no pudieron evitar un sentimiento de derrota.

Jean-Loup observaba todo desde su oficina, a través del entramado de la cortinilla en la ventana que le separaba del salón general. Él sí que sentía que unas lágrimas, muy pocas, bajaban por sus mejillas; se le antojaba que eran las que no había querido derramar Verónica.

A medida que se alejaba de la joyería, que respiraba el aire fresco de la mañana, que caminaba bajo el sol que no tapaba ninguna nube, Verónica iba descubriendo que aquello no la estaba afectando tanto como le había parecido en los primeros momentos.

Había perdido su trabajo, casi con total seguridad, pero el cielo seguía siendo azul, ella seguía sabiéndose íntegra y, poniendo tierra de por medio, se iba sintiendo cada vez más limpia, tanto física como espiritualmente.

Años de convivencia forzada con aquellas harpías envidiosas y pequeñas era algo que podía hacer mella en cualquiera. Sin embargo caminaba, respiraba, miraba a su alrededor y descubría que seguía siendo pura. O mejor aún, más preciso: que su pureza, lentamente, iba despojándose de la coraza que había necesitado construir como un capullo de seda para protegerse en ese medio.

El primer sentimiento que la había dominado, en cuanto Jean-Loup le comunicó la decisión de suspenderla, había sido el de que debía encontrar la manera de solucionarlo todo. Debía volver a su trabajo cuanto antes. Debía limpiar su nombre.

Ahora sentía algo diferente. Aquello era —debía ser— definitivo.

Al entrar a su vehículo ya tenía las ideas claras. Giró la llave del contacto como quien descubre definitivamente su camino. Y no miró atrás.

Capítulo 9

Nada había salido bien. Había conseguido seguir a flote, pero el precio había sido muy alto. Más mentiras, pero sin tiempo para construir su almacén. Años de experiencia le habían enseñado que las mentiras debían proyectarse en forma meditada, con la fría meticulosidad de un constructor de catedrales. Una mentira no era algo que se pudiera improvisar, no podía depender de un raptó de inspiración, una iluminación.

Claro que existían las pequeñas mentiras, las que no podían perjudicarla. Pero había que saber cuándo se podía apelar a alguna de ellas y cuándo no. Si una estaba casada con un importante empresario, con un hombre inteligente, celoso y curtido por una relación tormentosa anterior que le había dejado agotado emocionalmente, no se podía dar puntada sin hilo.

Oh, quizás al principio, cuando aún permanece caliente la llama del amor; quizás después, cuando empieza a jugar el miedo a la soledad. Pero más tarde ya no. Y lo que se ha dejado pasar, lo sabía bien, se acabará recordando.

Si una catedral se construye como un castillo de naipes, así acaba cayendo.

Wolfgang no le había creído una palabra, pero las había dado por buenas. Estaba enamorado de ella. Si el cristal del amor hacía que el negro se transformara en blanco, el hambre en saciedad, la angustia en consuelo, también podía convertir la mentira en verdad. Le había despreciado más que nunca, viendo cómo su expresión se stupidizaba por momentos, mientras empezaba a mover en forma casi imperceptible su cabeza en un gesto de «sí, sí...» repetido. No le decía que sí a ella, sino a sus propias dudas, apuntando contra ellas como contra una diana.

Aquello había funcionado, pero no sería para siempre. Algún día sus mentiras le explotarían en la cara y descubriría que su eterno marido no lo era tanto. Debía andarse con cuidado.

Y era preciso, también, ajustarle las cuentas a Verónica. Si ésta creía que haciéndole perder su trabajo había sido suficiente, estaba terriblemente equivocada...

—¿Cómo tienes la desfachatez de venir a mi casa? —Verónica no daba crédito a sus ojos. Ahí estaba su amante y traidor, delante de su puerta, mirándola a los ojos pero con el mentón apuntando hacia abajo, con los hombros hacia adelante apenas unos centímetros, los suficientes para

desconocerle, despojado de sus ropajes de arrogancia, de seguridad absoluta.

—¿Eras tú? —Jonathan no pudo reconocer su propia voz.

—¿Que si era yo, qué? —Verónica utilizó el tono más insultante de que fue capaz. Tampoco se reconoció al escucharse.

—La otra noche. Yo...

—¿Pero tú quién te crees que eres? ¿Sabes lo que has hecho, el lío en el que me has metido?

—Yo no sabía...

—¿Que tú no sabías? ¿Y qué es eso que «tú no sabías»? ¿No sabías que no se puede mentir para perjudicar a la gente?

—Yo solo cumplí con mi trabajo. Si hubiera sabido que eras tú, habría actuado de otra forma. No te molestaré más.

Jonathan recuperó su postura erguida, mientras daba media vuelta para irse. Verónica, que en un principio había interpretado ese gesto como una muestra más de soberbia, esta vez imperdonable, descubrió después que, en realidad, aquella era la forma con que el americano se enfrentaba a sí mismo y a su destino. En la espalda recta de Jonathan había algo más que orgullo: había un fatalismo heroico prácticamente inescrutable; Jonathan, era claro, nunca se mentía frente a un espejo.

—No sabes cómo me has perjudicado —este último comentario sobraba, era redundante con lo ya dicho. Verónica, por primera vez desde que comenzara a hablar con Jonathan, enrojeció vivamente. Antes, la ira palidecía su rostro.

—Lo sé y lo siento —el americano también sentía que su rostro recuperaba el color—. No sé cómo podría remediarlo.

—Ahora vete, ya es tarde —no te será tan sencillo. ¿Es posible que con una mirada triste y unas disculpas pretendiera que se olvidara de todo? ¡vaya sinvergüenza!—. Ya veré qué es lo que hago.

—Me marcho —no podía asegurarlo, pero parecía que Jonathan había suspirado—. Adiós

Verónica cerró la puerta. Había decidido hacerlo de un portazo — realmente estaba muy irritada. La desfachatez del americano al ir a buscarla en su casa no había hecho más que empeorar la cosa—, pero a último momento su mano no había obedecido a su corazón. La puerta, simplemente, había hecho un pequeño «clic».

Estaba claro que ella no era ninguna grosera.

Y ahora, ¿qué?

A la joyería no volvería más. Eso era definitivo: algo se había roto, y ni siquiera tenía deseos de recomponerlo. Por otro lado, tenía ahorros, era joven y sin compromisos. El mundo estaba ahí para quien quisiera conquistarlo. Con su dominio de los idiomas y su formación podría trabajar de azafata, de secretaria ejecutiva y, sin apuntaba aún más alto, podría ser su propia jefa y montar un negocio. Hacía tiempo que sentía que su permanencia en la joyería estaba poniendo coto a su desarrollo tanto personal como profesional. ¿Qué fuerza la había detenido a dar el paso de decidir caminar ella por su cuenta y riesgo? No lo sabía, pero ahora, que habían decidido por ella, se estaba dando cuenta de que aquel era el empujón que había estado necesitando para atreverse a tomar, definitivamente, las riendas de su vida.

Habían decidido por ella. Pues bien: nunca más sucedería algo así. Nunca más...

Mientras terminaba de prepararse un café, una sonrisa asomaba levemente en su rostro, con la calma y ritmo suave pero constante con que amanece en el mar.

«Una taza de café humeante es el mejor compañero para encontrar ideas en la red» se dijo a sí misma, sentándose al ordenador. Se había propuesto aprovechar ese día en buscar todo tipo de información, sin ideas preconcebidas. Quizás una franquicia, quizás algo que necesitara la gente. Quizás algo que ella pudiera hacer mejor que como se estaba ofreciendo en ese momento. «Autoemprendedores», «ser el jefe de uno mismo», «currículos». A medida que buscaba, se daba cuenta de que no sería fácil, pero tampoco imposible: seguridad, constancia y sacrificio sonaban en su cabeza, tres palabras cuyo significado conocía bien y que siempre habían correspondido a su fidelidad.

Mucho más al fondo de sus pensamientos, como un rumor, como un moverse de hojas cuyo sonido debe atravesar los cristales dobles de un ventanal, no había otra palabra resonando que no fuera «Jonathan». No lo quería pensar, ni siquiera como una hipótesis, pero era muy posible que nada tuviera gran sentido si no resolvía lo que aún había pendiente entre ellos. Fuera eso lo que fuera.

La base de la copa sonaba como detonaciones, cada vez que Wolfgang Radszuweit estrellaba su brandy contra el cristal de los estantes de su despacho. El ambiente apestaba a humo de cigarro y a alcohol mal digerido, ingerido demasiado aprisa. Si alguien le hubiera estado filmando y después, ya

sobrio, le hubiera mostrado la grabación, posiblemente no se habría reconocido. Pero era él. Caminando a grandes zancadas de un extremo al otro de su despacho, cogiendo y dejando su bebida solo después de darle sonoros tragos, que le aguaban la mirada y le escocían la garganta. Había tomado una decisión, pero descubría que decidir era menos difícil —muchísimo menos... — que dar el último paso.

Pues sí, se había decidido a comprobar las grabaciones de las cámaras de seguridad de esa noche. No había sido tan difícil ponerse a ello, solo había sido cuestión de actuar rápidamente y sentarse frente al monitor, castigándose la oreja con los dedos de uñas perfectamente recortadas.

Pero claro, nunca había imaginado que iba a tener que contemplar aquellas imágenes...

Wolfgang había supuesto que las cintas le permitirían hacerse una idea de qué había estado planeando Doriana antes de irse, ver cuántas veces había hablado por teléfono, inferir a partir de su actitud, de la expresión de su rostro, qué era lo que se estaba aprestando a hacer en cuanto saliera de la casa.

Cuando le ofrecieron la oportunidad de instalar un circuito de grabación de seguridad, le había parecido una gran idea. Solo él sabía que, desde distintos ángulos, camuflados en una columna o una moldura, había cámaras de vídeo grabando todo lo que sucedía en los salones, en los pasillos, en las cocinas, en las distintas entradas y salidas de la casa. Y en la cochera.

Sí, en la cochera también.

Cada cierto tiempo, comprobaba las cintas. No podía haber nada más aburrido que sentarse a ver, reproducidas a gran velocidad, imágenes que eran siempre las mismas. Una serie de rectángulos en blanco y negro, en la pantalla de su ordenador, y personas que iban de un lado al otro como fantasmas encerrados detrás de barrotes horizontales de color grisáceo. No había posibilidad de escuchar los sonidos y casi tampoco de reconocer los rostros.

Era un sistema eficiente y frío. Le había permitido despedir a algún indeseable de entre su personal, y poco más. Pero era bueno tenerlo.

Hasta ese día.

En el mismo momento en que había visto a Doriana y a su guardaespaldas parados frente a frente, en la cochera, se había dado cuenta de que más le iba a valer apagar el condenado aparato, que lo que estaba a punto de suceder no iba a ser nada bueno. ¿Cuánto había demorado su mujer, esa traidora, en caer en los brazos del guardaespaldas, que prácticamente no había

tenido necesidad de hacer nada por que eso sucediera? ¿apenas dos minutos? ¿quizás menos? La tensión erótica sencillamente había estallado, y no le habría sorprendido nada que la grabación se hubiera llenado de estática, de reverberaciones como en las filmaciones de pruebas nucleares, en cuanto vio que su mujer extendía sus manos hacia el americano.

Nunca la había visto tan excitada. Eso era claro, incluso a través de la pixelada filmación en blanco y negro en la que era prácticamente imposible captar ninguna expresión, ningún rasgo de los protagonistas, salvo cuando aparecía una mancha oscura a la altura de la boca —los gemidos, los gritos...—. Jamás entre sus brazos Doriana se había entregado tanto. Eso no había sucedido ni antes, ni después de casados. Ni sobria, ni con copas de más.

Simplemente no parecía ella. No lo eran esa espalda flexible que parecía danzar, esa cabeza y ese cabello que giraban a izquierda y derecha mientras el guardaespaldas hundía su rostro en su entrepierna, esos hombros delgados con los que se acariciaba el cuello, un gesto que no le conocía, cada vez que el americano le besaba los pechos.

Solamente le era reconocible su figura y sus vestidos. Incluso, su forma de caminar había cambiado. Parecía más elegante, más coordinada, más sensual. Ni siquiera en ese detalle, el caminar, le había entregado su mujer jamás todo lo que parecía entregarle al guardaespaldas en una sola noche. Nunca le había seducido así, de esa manera, moviéndose con aquella plasticidad frente a sus ojos.

El guardaespaldas se lo había llevado todo, desde la primera vez. El asunto era más que claro, porque había miles de señales que confirmaban que el de la filmación había sido su primer encuentro íntimo. Se podía entrever un último resto de pudor —de pudor no, de incertidumbre— sobre todo en la actitud de su mujer, pero también en el matón de su guardaespaldas, que era una manifestación inequívoca en ese sentido.

Ya había tomado su decisión. Quedaba dar el último paso, ejecutar su plan, comportarse como un hombre. Doriana estaba muy equivocada, peligrosamente engañada, si había pensado por un momento que allí acabaría todo.

¿Qué iba a hacer si Doriana le dejaba? O peor aún, si le denunciaba por lo que iba a hacer. ¿Quizás se suicidaría? No tenía sentido siquiera el último gesto de volarse la cabeza, si Doriana no estaba a su lado.

¡Pero eso no podía acabar así!

Por la pantalla del ordenador vio, en directo, la llegada de su

guardaespaldas. Le vio salir del vehículo y pasarse la mano por la cara en un gesto como de cansancio que le desconcertó. No era momento para dudas, de todos modos. Pulsó un botón de su escritorio, y ordenó a un empleado que comunicara a Jonathan que debía subir a su despacho.

Acabó la copa de brandy que tenía en su mano y faltó poco para que no la reventara contra el escritorio. El cristal gimió como una rata asustada, pero resistió el golpe. Reflejándose en el último resto de licor que quedaba en el fondo de la copa, y en las paredes de cristal finísimo, la imagen de Wolfgang comprobando si un arma que había acabado de coger de un cajón del escritorio estaba correctamente cargada se deformaba como en una pesadilla.

Capítulo 10

Las ex compañeras del trabajo no habían dejado de molestarla. La habían llamado al fijo y al móvil, insistentemente, desde poco después de la hora de cierre de la joyería. Aún sentía que no era el momento de hablar con nadie, y menos con unas personas que ya consideraba parte de su pasado y que no podrían aportarle nada positivo.

Verónica había tenido que activar el modo silencioso de su teléfono móvil, además de desconectar el fijo. Así no podrían contactarse con ella, y si a alguna se le ocurría la pésima idea de importunarla en su casa, descubriría una Verónica libre de compromisos y responsabilidades que no le gustaría haber conocido.

A pesar de las interferencias externas, la búsqueda de ideas a través de la red no había sido infructuosa. Como una revelación, se le había aparecido ante los ojos la posibilidad de la inversión en Bolsa. Conocía al dedillo las fluctuaciones económicas del mercado de los metales y piedras preciosos, los principales fabricantes de joyería, los distribuidores, importadores y exportadores, las principales tiendas.

Todo.

Las inversiones, ramificadas, le permitirían no jugar todas las fichas a una sola carta, y maximizar los beneficios. Tenía suficiente dinero ahorrado durante años de conducta precisa como para animarse a lanzarse a la aventura.

Primero comenzaría con algunas inversiones no demasiado importantes, por si el entusiasmo inicial podía jugarle una mala pasada, pero en seguida apostaría más fuerte.

Cuando por fin se fue a dormir, aún estaba conmocionada por los hechos de las últimas horas, pero también llena de esperanzas.

Ese asunto no olía bien.

No había nada que tuviera sentido.

Las piezas, sencillamente, no encajaban.

¿Cómo podía ella intentar una estafa tan rematadamente estúpida?
¿Cómo podía intentar estafarle? ¿Para qué?

Wolfgang tenía la factura que le había llevado Jonathan el día anterior como puede sostenerse una alimaña venenosa.

Parecía auténtica...

El austríaco sostenía la factura en una mano y la otra frotaba la oreja

izquierda casi sin pausas, insensibilizando la piel.

¿Quién podía tomarse el trabajo de falsificar ese documento para perjudicar a una simple empleada? Había pensado que quizás todo se debiera a una jugada de alguna de las otras dependientas, pero había desechado la idea por absurda.

Le constaba que varias querían el puesto de Verónica, y que otras tenían algún tipo de problema personal con ella, pero ninguna tenía las agallas para realizar semejante acción. Tampoco los medios o la necesidad necesarios.

Porque había que ser una completa estúpida para...

No, era inadmisibile.

Sus empleadas no habían podido disimular la satisfacción que la situación les había producido, y la sorpresa ante la misma había sido muy convincente. No, no tenían nada que ver. De todos modos, habría que rever su política en relación al personal, porque una situación así, con empleados disfrutando de la desgracia de sus compañeros, a la larga podía traerle problemas.

Quizás era hora de acometer una reestructuración profunda en el funcionamiento de la joyería, empezando por sus recursos humanos.

Con respecto a Verónica, ¿qué haría? ¿Sería demasiado pronto para llamarla? Cada vez veía más claro que su decisión no había sido la más acertada. Pero no, no era lógico volver a actuar tan deprisa.

Parecería como que no había meditado suficientemente la decisión de apartarla.

O la de volver a contar con sus servicios.

Quizás, ambas decisiones parecerían precipitadas...

Jean-Loup se pasó una mano por la frente. Aquello le agotaba. No era propio de él comportarse como un jugador de ajedrez, meditando hasta la última consecuencia de sus decisiones. Un trabajo más propio de un diplomático que de un humilde vendedor de sueños. Se permitió sonreírse a sí mismo ante la imagen disparatada.

—Antonietta, por favor, ven un momento —¿era su voz? ¿era él la persona que se había levantado del escritorio y, sin pensarlo, había decidido llamar a la empleada?—. Aquí, en la oficina.

—Jean-Loup. Dime... —el acento italiano de Antonietta acarició las paredes de yeso laminado del despacho, sensual y discreto, como la ocasión pedía—. ¿Pasa algo?

—La situación no termina de quedarme clara...

—¿La situación?

—Vaya, todo este asunto de Verónica. ¿Tú has podido ver la venta, o alguna de tus compañeras?

—Yo no —la voz de Antonietta se transformó en una ondulante voluta de incienso—. No recuerdo aquella venta.

La factura estaba sobre la tabla del escritorio, a la vista de Antonietta. El documento no tenía nada sospechoso, ni podía tenerlo: era una falsificación magnífica.

—De acuerdo. Muchas gracias por tu colaboración. Dile a tus compañeras que vayan pasando de a una aquí por mi despacho. Gracias, querida.

—En seguida, Jean-Loup.

Las entrevistas se sucedieron por espacio de una hora.

Acabó exhausto, y con las ideas tan confusas como antes de realizar la primera. Sus empleadas no dijeron algo que no quisieran decir, y solo mediante sus actitudes, sus pequeños gestos, las pausas antes de contestar, pudo llegar a la conclusión de que, en realidad, ninguna de ellas creía que Verónica hubiera estafado a la clienta.

Varias habían intentado ocultar de la mejor manera esa opinión, demostrando solo que no tenían posición tomada al respecto, con lo cual querían intentar demostrar que la posibilidad les parecía plausible pero sin quedar como malas compañeras. Jean-Loup era demasiado listo como para caer en la trampa.

De todos modos, volviendo al fondo del asunto, que las empleadas no creyeran capaz a Verónica de estafar a nadie, no significaba, no automáticamente al menos, que aquello fuera efectivamente cierto.

Había llegado a un punto muerto...

Era menester dejar pasar unos días, y llamar a Verónica. Sí, sería lo mejor. Tener una segunda entrevista, quizás fuera de la joyería, hablar largo y tendido, tomar una decisión definitiva.

Si tenía alguna duda, la despediría.

Aunque fuera una duda remota, disparatada...

—Pasa... —un brillo metálico en la mano que empuñaba la pistola delató el nerviosismo de Wolfgang. El arma temblaba.

Jonathan se quedó un instante en su sitio. No había necesitado más que un vistazo dentro del despacho de su jefe para darse cuenta de que algo no iba

bien.

Había olor a miedo y a odio.

El arma la había detectado en forma automática, sin esfuerzo consciente de ningún tipo. Los años de entrenamiento funcionaban como un reflejo condicionado. Cerró cuidadosamente la puerta tras su espalda, sin quitar la mirada de los ojos de Wolfgang.

—¿Señor? —ni la voz ni su actitud tuvieron nada de amenazante.

—Ahora me llamas señor... —el arma volvió a brillar, titubeante—. Tengo un vídeo que quizás quieras ver. Acércate.

—en seguida, señor.

Wolfgang, sin dejar de apuntar contra el americano, pulsó la tecla de reproducción. Las imágenes se repitieron, mudas, en medio del silencio compartido por los dos hombres. La respiración de Wolfgang resonaba como una cuerda que se tensaba y se aflojaba. Jonathan observaba la liturgia con que el austríaco frotaba su oreja izquierda sin percatarse ni de su acción ni de lo ridículo que podía llegar a parecer cuando adoptaba esa actitud. Pero Jonathan conocía al austríaco, conocía su aplomo y la seguridad en sí mismo que podía demostrar en las situaciones límites, y no se permitió sentir lástima por él.

—¿Y bien? —Wolfgang sonreía, cubiertos sus labios de sudor y de saliva. El alcohol no le permitía controlarse—. Explícame por qué lo que acabo de ver es algo diferente a lo que parece, si sabes cómo.

—No podría hacerlo, señor.

—Vaya, qué muestra de respeto tan conveniente. Igual, no quieres insultar mi inteligencia, ¿verdad?

—No, señor.

—Date la vuelta. Quiero darte una oportunidad: corre —sería un excelente entretenimiento cazar a ese hombre, como una alimaña, sí...—. ¡Corre, maldito!

La actitud de Jonathan se hizo menos amenazante que nunca. Decidió que no iba a darle ninguna oportunidad a ese hombre que, lo veía en sus ojos, iba a dispararle en pocos segundos.

El mismo movimiento con el que se movió de costado, escapando de la trayectoria de la bala que podrían dispararle, le sirvió para desarmar a Wolfgang, de un puntapié. Recogió la pistola del suelo mientras empujaba a Wolfgang, que se había abalanzado hacia ella.

—Señor, le devuelvo su arma. Permítame que me vaya —Jonathan hizo saltar la bala de la recámara, y quitó el cargador a la pistola, dejándola

después sobre el escritorio. Se guardó las municiones en el bolsillo de la chaqueta, después de retirarlas del cargador con movimientos automatizados, velocísimos—. Le enviaré mi renuncia por correo hoy mismo.

Jonathan se dio media vuelta. Mientras cogía la manija de la puerta para salir, sintió que Wolfgang abría un cajón del escritorio.

Maldijo su descuido.

—Te crees muy listo, matón. Tenía otro cargador en el escritorio —el chasquido del arma al ser cargada confirmó las palabras de Wolfgang—. ¡Aquí tienes tu carta de despido!

El estallido resonó, en el ambiente cerrado, con la violencia del motor de un avión a reacción. Jonathan saltó y giró en el aire, aún insultándose a sí mismo; arrojó a la cara de Wolfgang el cargador que llevaba en el bolsillo, dándole de lleno en la frente.

Bajando la escalera a saltos podía escuchar los gritos de dolor y de rabia de su ex jefe, quien se levantaba de su sillón tambaleándose por el impacto y el alcohol consumido.

No le dio tiempo para acabar de recomponerse y apuntar con más cuidado.

En unos instantes corrió hasta la cochera y subió a su propio coche, arrancando de inmediato.

—¡Estúpido, estúpido! —gritaba Jonathan, golpeando el volante. Aquello se estaba convirtiendo en una costumbre, últimamente...

—¡Eras tú, dime la verdad!

Verónica no daba crédito a sus ojos. Allí estaba el americano, otra vez, importunándola. ¿Es que no se cansaba nunca?

—Si no te vas ahora mismo, llamaré a la policía —intentó que su voz no temblara, que sus ojos no rehuyeran de los del guardaespaldas.

—¡Tú y yo tenemos que hablar! —Jonathan avanzó, sosteniendo la puerta que Verónica estaba cerrando. Entró a la casa con habilidad, sin empujarla, evitando las manos de ella, que había intentado golpearle en el pecho, alcanzando el aire.

—¿Pero de dónde vienes, qué te ha pasado? —Verónica miró con detenimiento el aspecto, casi lamentable, del americano—. ¡Por Dios, ese orificio en tu chaqueta!

Jonathan pegó un vistazo al agujero de bala que llevaba en su ropa. Decidió que no había ningún problema: hacía juego con sus cabellos

despeinados y su rostro bañado en sudor.

—Me han disparado —hizo una pausa, buscando una descripción más precisa. La halló—: me han disparado por tu culpa.

—¿Por mi culpa, dices? ¿Tú te has vuelto loco?

—Mi jefe, ese maldito lunático, tenía cámaras de seguridad en la cochera. Nos ha visto.

—¿Nos ha visto? ¿te ha mostrado la grabación?

Ambos se quedaron callados, mirándose, evaluándose. Jonathan odiaba a Verónica por haberlo engañado, primero, y mentido después. Verónica odiaba a Jonathan, por haberla descubierto doblemente.

—O sea que eras tú. Eras tú realmente —Jonathan habló lentamente, casi como si hubiera querido silabear.

—Sí —contestó Verónica, después de tomar todo el aire del mundo en un suspiro—. Era yo. Tu jefa me llevó engañada a la casa para que me hiciera pasar por ella delante de su marido. No me presté a ello, y cuando bajé a buscarte, para que me trajeras a mi casa... Todo fue un lamentable error de mi parte.

—Un error...

—Nunca debí... —Verónica descubrió una mancha oscura en la manga de la chaqueta de Jonathan—. Pero, hombre, ¿qué te ha pasado? ¿esa mancha es de sangre?

Jonathan siguió la mirada de Verónica hasta su propio brazo. La sangre no podía ser de un disparo, porque Wolfgang no había sabido acertarle. Se quitó la chaqueta, y descubrió una herida negruzca.

—No me había dado cuenta. Es un raspón sin importancia.

—Un raspón sin importancia, dices —la herida tenía mal aspecto—. Por Dios, quítate la camisa, que te la limpiaré.

Jonathan dudó unos instantes, y comenzó a quitarse la camisa.

—Siéntate ahí, por favor.

Verónica no podía soportar que Jonathan comenzara a desnudarse de pie, en su casa. Si el americano se ubicaba en una silla, la situación no podría salirse de control.

Verónica fue hasta el baño y recogió los implementos necesarios para limpiar y vendar la herida de Jonathan, que observaba su sombra que se proyectaba sobre el pasillo, a través de la puerta entreabierta.

El americano no pudo detener un impulso. Se levantó, y fue al baño.

—Disculpa —dijo, entrando a la habitación

Verónica se sobresaltó y se dio vuelta de un salto. Llevaba en las manos alcohol y una tijera diminuta, que empuñó como un arma durante unos instantes.

—No, no, por favor, no te asustes —le dijo Jonathan cuando encontró la excusa que justificaba su decisión de haberla seguido hasta allí—. He venido al baño porque esta herida tiene que ser lavada con agua, abundantemente. Puede tener cuerpos extraños, y si quedan dentro, se infectará.

—Tienes razón —contestó Verónica, obligándose a apoyarse con ambas manos en el lavabo.

Su actitud quería aparecer como relajada, aunque la ilusión no era lograda.

—Ven, pon el brazo debajo del grifo, te la lavaré —ordenó al americano antes de que este pudiera decir nada.

Jonathan, silencioso, obedeció a Verónica. Reprimió una acción defensiva cuando ésta, vengativa, le quemó con el primer chorro de agua. En seguida, de todos modos, bajó la temperatura del agua.

—¿Está bien el agua? —le preguntó inocentemente.

—Está perfecta —contestó Jonathan.

Verónica sonrió malévolamente, mordiéndose el labio.

El americano sacaba lo peor de ella.

Verónica empezó a limpiar la herida, suavemente. Jonathan la miraba suspicaz, esperando algún movimiento brusco, que no pensaba tolerar.

Porque ya estaba bien.

Se fue relajando cuando vio que Verónica no parecía que quisiera seguir comportándose mal con él.

—Siéntate en este banco, por favor —le pidió Verónica, con un susurro.

Jonathan le obedeció, sintiendo que la adrenalina por fin abandonaba su cuerpo.

El masaje que el americano recibía de manos de Verónica le relajó hasta sentir que su cabeza le pesaba. Dio una cabezada, y se espabiló de repente. Alzó la vista, y vio que Verónica le miraba con las pupilas como el mar durante la noche.

—Ven... —pidió el americano, tomándola de la mano.

Verónica se sentó encima de él. A través de la tela del pantalón, pudo sentir la dureza palpitante de su miembro.

Los músculos abdominales de Jonathan se contrajeron de excitación cuando Verónica le besó en la boca.

—Vamos a la bañera —le dijo Verónica, levantándose y abriendo el agua de la ducha.

Volvieron a besarse en cuanto el agua empezó a mojarles. No empezaron a desnudarse mutuamente sino hasta que tuvieron las ropas empapadas sobre la piel.

Hicieron el amor más salvajemente que la primera vez, dando rienda suelta al deseo macerado por las dudas y la desazón.

La bañera, tapado el sumidero por las vestimentas, se rebalsó sin que Verónica o Jonathan se percataran de ello hasta que, exhaustos, decidieron enjabonarse y aclararse el uno al otro para poder salir ya del baño.

—Nos hemos olvidado del tiempo y del espacio —dijo Jonathan, riéndose de su propia gracia, pero más de sí mismo.

—Vamos, quitemos esta ropa, que hemos dejado todo perdido — Verónica le contestó sintiéndose dulce por dentro. Hacía años que no se sentía tan bien como en ese instante—. Habrá que secar el pasillo.

—Habrá tiempo para ello —Jonathan cogió la esponja, repleta de jabón. Se la pasó por la columna, que se arqueó como una ballesta que se tensa, a punto de ser disparada.

Mientras la bañera iba desaguándose, poco a poco, tuvieron tiempo para volver a disfrutarse, sintiendo que la pasión mutua era más fuerte que el agotamiento.

Capítulo 11

La encerrona había salido espantosamente. Había saboreado ya el triunfo, pero el guardaespaldas había sabido escapársele. Era el mejor en su campo, evidentemente, y por eso le había contratado. El agujero de bala, en el marco de la puerta, parecía un ojo ciego que le miraba decepcionado.

Los gritos, corridas y disparos, ahora lo veía claramente, habían puesto a prueba la fidelidad del personal doméstico. Escuchó los ruidos de la casa, casi como si estuviera husmeando algún mal olor que apenas se siente y que no se sabe de dónde proviene, y comprobó que seguía silenciosa, tranquila. Nada parecía haber pasado.

Había vuelto a subir a su despacho, después de perseguir infructuosamente al americano, algunos metros. Sentía el olor de la pólvora y de su propio cuerpo nítidos, diferenciados, con la pesadez de una manta en una noche calurosa. No sabía si sentarse o no, en el sillón que había rodado por los suelos al intentar alcanzar a su ex empleado. Se tiraba en el sillón y volvía a levantarse, fastidiado. La casa seguía en calma. Nada había pasado. Aquel agujero de bala tenía que ser un error, un despiste de la naturaleza o de los obreros que habían construido su vivienda. No podía ser otra cosa.

Guardó el arma, humeante aún, en su cajón del escritorio. La pistola necesitaba una buena limpieza y aceitado, quizás también que un armero la recalibrara —«¿cómo, si no, pudo escapárseme ese mal nacido teniéndole a tiro?»—. Eso debía hacer. El armero detectaría el fallo y lo solucionaría.

Su mundo se derrumbaba, sin permitirle ponerse a cubierto, al menos...

«Ese cobarde ha huido...». ¿Cómo podía ser tan cobarde?

¿Y dónde estaba Dorian?

La pregunta, inesperada, estalló en su cabeza. Aún no había vuelto su mujer. ¿Es que acaso creía que una discusión podía ser excusa para dejar de comportarse como si fuera su mujer? ¡es que era su mujer, ante Dios y ante la Justicia! Quizás —solo quizás—, debería hablar con su abogado. Un divorcio sería ruinoso tanto para sus finanzas como para su reputación.

¿Cómo iba a divorciarse de Dorian? La imagen de su mujer se le apareció, aislándolo del mundo exterior, que miraba sin ver hasta que bajó los párpados y se llevó las manos a la nuca, intentando relajarse. Dorian era única, en todo el sentido de la palabra. Que a nadie se le ocurriera sugerirle que debía separarse de ella...

El tiempo parecía haberse detenido, dentro del discreto monovolumen de cinco puertas desde el cual Doriana vigilaba la casa de Verónica. Había visto entrar al americano, y la tardanza era la mejor prueba de que habían iniciado una relación, fuera ésta del tipo que fuera.

Estaba claro que Verónica estaba muy equivocada si imaginaba que la pérdida de su trabajo era el punto y final de su venganza. El descubrimiento de que había algo con Jonathan no podía ser más alentador para Doriana, que veía que las posibilidades de revancha se ramificaban.

«Creo que voy a estallar» pensó, desesperada de aburrimiento ya, Doriana. Las horas seguían pasando y desde el interior de la vivienda no había señales de vida.

Aún no tenía claro cómo acabar convenientemente la revancha que estaba llevando a cabo contra Verónica. Las muchas cualidades que había comprobado en la que pensó que podía ser su «amiga» no hacía más que azuzar su sentimiento de venganza. Un resentimiento sordo le latía en el pecho y, aunque no podía aceptarlo, se amalgamaba con una envidia lacerante que excedía del ámbito de lo material, que terminaba siendo insignificante. Doriana se sentía peor, en un sentido profundo, que Verónica, y se daba cuenta de que la enorme distancia que les separaba en calidad de vida, riquezas, perspectivas de futuro, no era más que nimiedades.

No podía entretenerse más ahí. Rabiando y lamentándose, debió aceptar el hecho de que debía irse, si no quería tener que volver a inventar alguna historia absurda frente a su marido, que con toda seguridad estaría en la mansión, esperándole.

Arrancó el vehículo con un gesto de frustración y pisó el acelerador de un pisotón. El monovolumen saltó hacia adelante, perdiéndose rápidamente entre el tránsito.

—¿Qué haces? —Verónica le abrazó desde atrás, apoyando su mejilla en la espalda musculosa de Jonathan. Ambos estaban desnudos, fatigados y limpios.

—Han estado vigilando la casa —el cabello de Verónica le acariciaba la mayor parte de la espalda, hasta los glúteos. Sintió un cosquilleo en los testículos—. Un turismo acaba de arrancar, ha estado todo este tiempo estacionado ahí delante, con una persona en su interior.

—¿Oh, sí? —Verónica podía sentir cómo sus pezones se endurecían y agrandaban, caldeándose. Se los apoyó en la espalda, y sintió la reacción de

Jonathan ante el nuevo estímulo, inmediata y eléctrica—. ¿Corremos peligro?

—No lo sé —la voz del americano temblaba por la excitación—. Era una mujer...

—Dame placer... —las manos de Verónica, arañándole suavemente en el trayecto, bajaron desde el ombligo de Jonathan hasta su pene, que aunque ya estaba perfectamente erecto se tensó perceptiblemente cuando los dedos de Verónica lo rodearon.

No era el momento para sentirse en peligro, para defenderse de nadie, para pensar en el futuro, el pasado o el presente...

Jonathan se dio vuelta y levantó a Verónica. La llevó a la cama en vilo, sin dejar de besarse. Ella aprovechaba cuando la lengua del americano entraba en su boca para mordérsela, suavemente; él le correspondía mordiéndola en el cuello y en la nuca, embriagándose del aroma de su piel y sus cabellos.

Cuando Jonathan la dejó en la cama, Verónica aprovechó sus larguísimas piernas para hipnotizarle hasta el vértigo. «Quédate ahí, no subas a la cama todavía» le pidió. El americano permaneció de pie, expectante, hasta que Verónica comenzó a danzar para él, recostada en el lecho, ofreciéndole y quitándole a veces sus pantorrillas, sus pies o sus rodillas, sin permitirle llegar a tocarlas. Con lentitud, gradualmente, su coreografía íntima fue separando sus piernas, hasta acabar danzando casi exclusivamente con las caderas y la vagina. Se sentía la odalisca más impúdica, la más provocadora, la más deseada...

—Ven... —le dijo al americano, extendiendo sus brazos con los dedos separados. Cuando tuvo al alcance su cabeza, la cogió para dirigirle al centro de sus ansias. Acarició con el interior de sus muslos y con sus manos los cabellos de Jonathan mientras éste la satisfacía oralmente, con una sed que parecía multiplicarse por momentos.

Verónica empezó a gritar su orgasmo mucho antes de que efectivamente la alcanzara. Continuó gritando hasta que sintió que los pulmones le estallaban; tomó aire con violencia, como si acabara de escaparse de un barco que se hunde, y continuó gritando, quebrándosele la voz al final.

Estaba exhausta, pero quería más...

Cuando vio que Jonathan, ansioso y vehemente, iba a penetrarla, se escapó lo suficiente para quedarse encima de él, montado a horcajadas. Introdujo lentamente su pene en su vagina, con movimientos circulares y rítmicos.

—Seguiré bailando para ti —le dijo a su amante, apoyando las manos

en sus musculosos pectorales para poder erguirse—. Mírame...

Le hizo el amor guiando la mirada del americano a las distintas partes de su cuerpo para las que inventó la coreografía más seductora, más íntima...

Jonathan comprendió que Verónica le estaba haciendo el regalo más exclusivo. Tuvo la seguridad de que atesoraría en su memoria ese baile hasta el final de su vida.

Pero eso podía esperar: Verónica le condujo hasta un orgasmo que le hizo olvidarse incluso de su misma existencia.

Algo había pasado en esa casa, pero no era momento para preocuparse.

Ni para dar explicaciones.

Wolfgang había intentado detenerla, exigirle no sabía qué cosa, y le había mandado a paseo. Su mundo se desmoronaba con una violencia comparable al portazo con que se había encerrado en su habitación, huyendo del asedio de su marido.

Abrazó la almohada y hundió la cara en la tela para llorar sin hacer ruido. Se permitió cuatro o cinco sollozos, antes de obligarse a recomponerse. Entró al baño para lavarse la cara y acabar de dominarse.

Cuando alzó la vista, el espejo le devolvió el reflejo de una mujer ojerosa, con los ojos algo enrojecidos y el flequillo húmedo. También, la imagen de una mujer que respiraba anhelante y a quien los labios se le arrugaban de forma casi imperceptible, en una mueca de asco enmarcada bajo su ceño fruncido. Además, el perfecto óvalo que conformaba su rostro, y los labios muy rojos e hinchados, contrastando peligrosamente con la palidez que dominaba su piel.

Su reflejo era un puzle de imágenes contrapuestas.

Se enderezó sin dejar de mirarse a los ojos. Estaba más sensual que nunca, tanto como podía serlo el pecado y el odio joven, inexperto.

Sonrió.

Wolfgang le esperaba, donde quiera que estuviera. Aplastaría sus dudas bajo el peso de un par de horas de placer arrebatador, hundiéndole más en esa particular forma de miseria que era el llegar a no querer enterarse de nada más, de nada en absoluto.

Doriana salió de la habitación y comenzó a recorrer la casa, como una pantera acechando a su presa. Subió al despacho de Wolfgang, y le encontró allí. Cuando entró a la estancia, pudo ver que su marido guardaba un objeto en

uno de los cajones del escritorio, con un gesto que intentaba ser casual, pero que había sido demasiado rápido para realmente serlo.

Ya se ocuparía de ese asunto, si llegaba el momento.

Cerró la puerta tras de sí y se llevó una mano al hombro, en una postura casual, como quien busca alguna respuesta en su mente. Extendió el índice hasta tocarse el cuello, y fue subiendo hasta llevárselo a la boca. Se besó la uña.

Wolfgang comprendió, una vez más, que frente a esa mujer era un hombre débil. Se levantó y fue hacia ella.

Debió bajar una mano del costado de la cara para poder enlazar la cintura de su mujer entre los brazos.

Sus cuerpos se encontraron como dos trenes estrellándose a medianoche...

Aquella mujer era un torbellino de energía que parecía haber estado conteniéndose durante mucho tiempo, y que ahora estallaba.

Muy a su pesar, se había quedado dormido unos instantes, y solo el roce de las sábanas y el movimiento del lecho producido por Verónica al levantarse le había despertado.

—Te has quedado dormido —le dijo. Estaba en la cocina, preparando café.

—Apenas un momento —contestó Jonathan.

Verónica rió ante el tono algo culpable con que el americano le había contestado, pero sin llegar a ser burlona.

—¿Preparas café? —el americano estaba a su lado, abrazándola por la cintura.

—Sí... —podía sentir el mentón de su amante apoyado en su hombro; la barba de Jonathan había comenzado a crecer, raspándola. No llegaba a ser desagradable, de todos modos—. Sabes que estoy sin trabajo, ¿verdad?

Jonathan no contestó.

—Aún no me han despedido, pero seguramente será cuestión de días.

—Podría remediarlo. Yo... Yo lo sé todo, me encomendaron hacerlo, pero ahora ya no me importa.

—No padezcas, no pasa nada. En verdad, me has hecho un favor — retiró la cafetera del fuego y sirvió dos tazas—. No te quemes, está hirviendo...

—Como el infierno —Jonathan tomó un trago y parpadeó; se le habían

humedecido los ojos. Volvió a sorber la bebida, ahora cuidadosamente—. ¿Te he hecho un favor, dices?

—Sí. La joyería era un gran trabajo y ganaba bastante dinero, pero en realidad, y lo descubrí hace poco, era un coto para mí.

—¿Lo era?

—Un freno, una barrera. Estuve pensando mucho, haciendo planes. He comenzado a invertir en bolsa, cantidades pequeñas aún, y no me ha ido nada mal —había encendido el ordenador—. Tengo una cuenta para inversiones en mi banco, fíjate.

El americano se acercó hasta poder observar la pantalla.

—No parece que te esté yendo mal.

—Y esto es solo el principio. Yo conozco el mercado de las joyas casi en su totalidad, con los años de experiencia en el sector que tengo.

—Ya veo.

—No quiero precipitarme y cometer algún error grave al principio, pero acabaré apostando fuerte...

No habían permanecido abrazados más tiempo que el que había durado el encuentro enérgico, pero sin amor que habían tenido.

No habían tenido fuerzas, siquiera, para mirarse a los ojos ni un breve instante.

Doriana se levantó, retirándose de encima de Wolfgang. Comenzó a recoger sus ropas, desperdigadas por todo el suelo, y su marido aprovechó ese momento de calma para, sin levantarse del sillón, llevar su índice hasta el botón de reproducción del sistema de grabación en vídeo.

—Quiero que mires esto... —dijo, después de un último instante de duda.

Doriana echó rápidas miradas a la pantalla del ordenador y a su marido, con expresión de perplejidad. Desconocía la existencia de las cámaras en la casa. Centró la vista en la pantalla cuando ésta comenzó a mostrar las imágenes de Verónica y el guardaespaldas, haciendo el amor en la cochera.

Wolfgang dejó que la filmación se reprodujera hasta el final.

Sus dedos pellizcaban con violencia el oído izquierdo.

—¿Y bien? ¿qué tienes que decir a esto? —sus ojos brillaban de indignación.

—¿Has estado espiándome todo este tiempo? —Doriana posaba la

mirada, alternativamente, en la pantalla, en los ojos de Wolfgang y en la mano con la que se autocastigaba.

—No insultes mi inteligencia. No toleraré una sola desviación del tema del que estamos hablando.

—Eres un paranoico...

—No me obligues a decirte lo que yo pienso de ti.

—Pues cáete de espaldas, mi amor... —esa desvergonzada, en mi propia casa—. Esa que tú ves ahí, no soy yo.

Se produjo un silencio oscuro entre los dos. Wolfgang no daba crédito a sus oídos. Separó los labios para preguntarle cómo se atrevía a pretender engañarle tan burdamente, qué clase de estúpido absoluto imaginaba que él era.

Pero no consiguió que la voz saliera de sus cuerdas vocales.

Tuvo que ser Doriana quien volviera a hablar:

—No te quedes así —siguió Doriana. Al final, iba a resultar que Verónica le había hecho un gran favor fallándole de esa manera—. Lo único que sabes es desconfiar de mí, y te demostraré cuán equivocado que estás.

—Has excedido todos los límites —las palabras raspaban la garganta de Wolfgang, que temblaba de ira—. No solo me has engañado, traicionando mi confianza, sino que ahora pretendes que me trague este cuento absurdo que acabas de inventar.

—No es ningún cuento.

—Jamás has imaginado que yo pudiera haber hecho instalar un sistema de vigilancia en vídeo, y te has sentido lo suficientemente impune como para serme infiel en mi propia casa. Ni siquiera has tenido el decoro de encerrarte en alguna habitación, no, lo has hecho en la cochera, donde cualquier empleado podría haberte visto.

—Te sigues equivocando —Doriana sonreía, segura de sí misma.

Cuanto más le insultara y se enredara en su propia imaginación, más victoriosa saldría de todo ese asunto.

Cuando mostrara a Wolfgang que, en realidad, la mujer del vídeo no era ella, sino otra, eso serviría, incluso, para tapar el primer motivo de indignación y de desconfianza de ese día, el cual era la malograda salida secreta.

—¿O es que tampoco te preocupan mis empleados? ¿Has conseguido que mis propio personal de servicio me engañe? ¿Les has pagado por su silencio?

—Lamentarás no haber sabido dejar de hablar, cuando te di la oportunidad. En cuanto veas lo equivocado que estás, no tendrás cómo compensarme por la injusta humillación que me estás haciendo sufrir en estos momentos.

—No puedo seguir viviendo con una mujer que no me respeta — Wolfgang hablaba con la seguridad de quien ha llegado al final de un camino. Se divorciaría de Doriana aunque le costara, que sabía que le costaría, la mitad de su fortuna.

—¡No! ¡soy yo la que no puedo vivir contigo, si no me respetas! — Doriana se había encarado al austríaco, mirándole desafiante y quebrada. Le señalaba con un dedo—. ¡Y no quiero tu sucio dinero, que seguro es lo que más te preocupa! Pero antes, te mostraré hasta dónde llega tu error, qué límites has cruzado en esta afrenta absurda que estás cometiendo contra mí.

—No tienes vergüenza...

—Sí que la tengo. Y parece que a ti te preocupa que todavía la conserve, porque me la quieres quitar toda.

—Seguramente no tendrás problemas en firmar un documento que refleje todo lo que has dicho acerca de tu... «desapego» con el dinero.

—Por supuesto que no. Pero antes, te demostraré tu error, para que lo recuerdes toda tu vida y te arrepientas de haber perdido a quien verdaderamente te ha amado.

—Eres una comediente consumada.

—Te estrellarás contra una pared, y yo no estaré ahí para levantarte — pulsó un llamador del escritorio—. Que nos preparen un coche sin conductor. Mi marido y yo queremos salir en cinco minutos.

—Irás tú sola. Conmigo has representado tu último papel.

—¿Eres un cobarde? ¿A qué le tienes miedo?

—Nunca le he tenido miedo a nada, en la vida.

—Pues sígueme —Doriana abrió la puerta del despacho; Wolfgang no le acompañaba. Decidió jugarse a todo o nada—. Si te quedas, no te firmaré nada...

—No tenías intención de hacerlo.

—No me conoces, y crees que sí —Doriana cogió papel y un bolígrafo, y escribió rápidamente una nota con la que renunciaba a reclamar un céntimo de la fortuna de Wolfgang en caso de renuncia. Volvió a pulsar el llamador—. Que suba alguien al despacho inmediatamente, no importa quién.

—Estás desquiciada.

En breves instantes subió uno de los mayordomos al despacho. Sin mover un músculo de la cara preguntó en qué podía ser útil.

—Tú, quiero que seas testigo de esto. Lee lo que acabo de escribir, y certifica que lo he hecho en forma voluntaria.

El mayordomo leyó las pocas líneas del documento, y no pudo evitar que sus cejas se alzaran levemente, pero impulsadas como por un muelle que acaba de salirse de su quicio.

—¿Tengo que certificar que ha firmado en forma voluntaria, señora?

—Sí, y no faltarás a la verdad —Doriana firmó el papel—. Puedes irte.

—Dame ese papel —pidió Wolfgang, en cuanto el empleado estuvo afuera.

—No —le pasó el documento por la cara, y lo guardó en el bolso—. Te lo daré después de que me acompañes.

—Tú sabes que podría quitártelo.

—Lo sé, pero no creo que seas tan poco hombre para llegar a ese extremo. Deberías golpearme para conseguirlo —se plantó frente a él, con el mentón casi apuntando al techo. Había cerrado una mano como un puño sobre el bolso, cerrándolo fuertemente. La otra mano, cerrada también, era un casi ridículo remedo de la postura de un boxeador—. Ya sé que acabarías haciéndote con la nota, pero sería al coste del respeto que aún te tengas.

Wolfgang midió la decisión que aparentaba tener aquella mujer que aún era su esposa. La juzgó capaz de llegar al extremo de locura que le estaba planteando.

Estaba bien: si quería que el asunto llegara hasta tal extremo de patetismo, así sería. La acompañaría adonde quiera que se le hubiera ocurrido ir y vería el nuevo intento de engaño llevado a cabo por Doriana. Y, finalmente, le pediría el documento.

Y si no se lo daba, se lo quitaría a la fuerza.

No había en ese momento nada que deseara más en el mundo que verla sumiéndose en la miseria...

—Lo haremos a tu manera, entonces. Bajemos a la cochera.

La expresión de triunfo de Doriana fue tan absoluta y plena de confianza, que Wolfgang sintió que las dudas se extendían por sus venas, cuajándole la sangre. Se quitó aquella sensación de derrota y de miedo moviendo la cabeza varias veces: titubear en sus certezas, en ese momento y con las pruebas al canto, allí en la pantalla del ordenador que aún mostraba el

último fotograma de la infidelidad de su mujer, era comparable a dudar de la propia sombra.

O de la certeza de la propia muerte.

O de que el sol saldría a la mañana siguiente...

Capítulo 12

—Es aquí...

La calle estaba prácticamente desierta.

Solo un par de parejas caminaban por allí, a unos doscientos metros. Estaba atardeciendo, y el viento remecía las ramas de los árboles, que murmuraban chasqueantes y estremecidos.

Doriana había tomado la precaución de estacionar bajo un eucalipto joven y de capa frondosa, que ocultaba el vehículo a quien pudiera estar mirando por las ventanas del edificio de Verónica.

—¿Es aquí, qué? —Wolfgang tenía la espalda apoyada en el asiento, echado hacia atrás, y mantenía los brazos cruzados.

—Ya lo verás...

Doriana miraba hacia arriba a través del parabrisas, intentando ver algo en algún claro entre las hojas. Finalmente, retiró los antebrazos del volante, y giró la cabeza hacia Wolfgang antes de continuar hablando.

—¿Vamos?

—Lo que quieras —aquello no podía durar mucho más...—. Me gustará descubrir si lo que sea que tienes para mí lo has acabado de inventar, o ya lo tenías preparado.

Doriana bajó del turismo, sin volver a hablar. Cruzó rápidamente la calle, deseando que su marido imitara su premura.

Quería que la sorpresa fuera absoluta.

Llegaron a la puerta de la finca, y aprovecharon la salida de un hombre, que les evaluó con suspicacia unos instantes, para colarse dentro. Aquella pareja tan ricamente vestida y adornada no podía representar ningún peligro, pareció concluir el hombre, quien visiblemente relajó su cuerpo a los pocos instantes, mientras acababa de salir.

—Tomemos el ascensor —ordenó Doriana a su marido. La confianza en sí misma que transmitía era absoluta.

—Si tú quieres —Wolfgang maldecía cada vez más esa situación. ¿Cómo puede estar tan convencida de su papel?

Subieron hasta la planta donde vivía Verónica.

El factor sorpresa sería fundamental.

Doriana era consciente de todo lo que se jugaba que había apostado su vida misma a una carta.

—Es aquí —Doriana detuvo a Wolfgang frente a la puerta de Verónica.

Inspiró aire con fuerza y tocó el timbre.

Pasaron unos segundos en los que no se escuchó ningún sonido saliendo del piso de Verónica.

Doriana comenzó a sentir que un cosquilleo de terror alzándole los pelos de la cabeza. ¿Y si esa insignificante no se encontraba en su casa? Por el rabillo del ojo pudo ver cómo la actitud del hombre que aún era su marido iba cambiando, haciéndose más socarrona e impaciente.

—Parece que no hay nadie. Igual no lo sabías...

—Tú cállate; sigues desperdiciando oportunidades de cerrar la boca —le contestó sin prestarle atención.

Todos los sentidos de Doriana estaban monopolizados por el espacio que existía detrás de esa puerta.

Una puerta que permanecía muda e indiferente...

Sonreía, Jean-Loup, debajo de su bigotito.

El gesto no era esperanzador.

Las luces del local brillaban con fuerza, pero había algo en el aire que las opacaban con la hipnótica y agotadora calidad de la luz de los eclipses.

Las dependientas, y no era algo que notaran los clientes, se movían aquel día como si no acabaran de ver correctamente los objetos que las rodeaban, y aquello se debía a un resto de ensimismamiento, producto de la preocupación, que era imposible de ocultar.

Había una gran preocupación en el ambiente, aunque gestionada con la profesionalidad que se adquiere después de mil batallas.

Algo estaba a punto de estallar, de todos modos. O al menos eso parecía...

La clientela no había detectado la electricidad que quedaba reverberando los salones de la joyería al paso de sus vendedoras.

Había sido un día muy duro, pero ya estaba llegando a su fin.

Las dependientas sabían que había que pasarlo como fuera, e intentar que aquella situación fuera diluyéndose hasta desaparecer al cabo de unos días. De todos modos, al cerrar, Jean-Loup se decidió a tratar el tema.

—Chicas, por favor —anunció empleadas—. Vamos a tener una reunión general. Serán unos minutos nada más.

Las dependientas, rápidamente, fueron al salón principal de la joyería. Una vez reunidas todas, Jean-Loup comenzó a hablar.

—Como sabéis, ha sucedido una serie de acontecimientos, todos

lamentables, en los últimos días. Aparentemente, han intentado estafar a un cliente, y me he visto en la obligación de deshacerme de una colaboradora eficaz y en la que tenía la más plena confianza. He pensado sobre estos temas, perdiendo horas de sueño incluso, y creo que alguna o algunas de vosotras no me habéis sido plenamente sinceras.

Jean-Loup guardó silencio unos instantes permitiendo que su discurso fuera digerido por sus empleadas. Fue mirando a los ojos una por una a todas las vendedoras; ninguna bajó la vista ni mostró turbación, aunque ya contaba con eso.

Nunca le había gustado trabajar con mojigatas: las chicas tenían una presencia de ánimo a prueba de bombazos.

—¿Y bien? —preguntó Jean-Loup.

—A mí me pareció muy extraño —se decidió a contestar Maggie.

—¿Muy extraño? ¿Cómo, de qué manera? —Jean-Loup acentuó su sonrisa, indagando el rostro de Maggie.

—Yo no sé si tendrá algo que ver, pero hace unos días ha venido una clienta... —Maggie se detuvo, dubitativa. Sus compañeras la miraban inexpresivas.

—Vamos, ya que has comenzado...

—Ha venido una clienta que me dejó impactada. No sé si Verónica lo vio o no, porque no le pregunté, pero era idéntica a ella.

—No nos has comentado nada —le dijo una compañera, interrumpiéndola.

—Juraba que la habías visto —Maggie contestó a su compañera sin un ápice de agresividad.

—Pero bueno, vamos a ver. ¿Cómo sabéis que no era la misma Verónica? —Jean-Loup preguntó sin mirar a nadie.

—No podía serlo. Cuando la clienta vino, Verónica estaba ahí.

—¿Y no la vio?

—No. La clienta entró, dio unos pasos dentro del salón, y salió al cabo de unos instantes. Creo que no llegó a estar ni dos minutos —Maggie contestó a Jean-Loup intentando ordenar sus ideas mientras hablaba.

—¿Y nadie más la vio?

Ninguna contestó, pero varias no pudieron evitar echarle un vistazo rápido a Antonietta. Jean-Loup detectó los gestos.

—Pues... —se decidió a hablar Antonietta cuando Jean-Loup se le quedó mirando—. Yo atendí a una pareja que me resultó algo sospechosa. Casi

no presté atención a la mujer, para ser sincera.

—¿Es que aquí se ha decidido no contarme nada y yo no me he enterado? —contra su costumbre, Jean-Loup estaba serio—. ¿Y tiene algo que ver esa misteriosa pareja con el tema que estamos tratando? Por supuesto que sí, ¿verdad?

—Yo no sé nada —dijo Antonietta—. El caballero que reclamó por el cobro de Verónica nunca estuvo dentro del salón.

—Nunca le he visto —confirmó Maggie. Varias vendedoras ratificaron ese dato con escuetos «yo tampoco».

—Quiero ver las grabaciones de seguridad de ese día. Desde ya os informo que no voy a seguir contando con colaboradoras con las que no pueda confiar. Mañana os comunicaré lo que sea que tenga que decidir.

Jean-Loup dio media vuelta y se dirigió a su despacho. Entró cerrando la puerta tras de sí, algo que no solía hacer cuando la joyería estaba ya cerrada.

Los invisibles hilos que unían a las empleadas con su jefe, tejidos a través de años de relación y de confianza mutua se habían cortado por un cuchillo muy frío, quedando los retales desperdigados por los suelos.

Las dependientas también fueron dando media vuelta para retirarse ya a sus casas, casi sin hablar, sintiendo que sus vidas podía convertirse en el velamen de un barco arrancado por el viento durante una tormenta.

Habían pasado varios segundos de incertidumbre, incluso de miedo. Doriana estaba temiendo, ya, que recordaría esos momentos como si hubiera sido testigo y no protagonista de los mismos, viéndose a sí misma cayendo irremediabilmente en su particular comienzo del fin, en su declive inexorable.

Era cada vez más seguro que su apuesta a todo o nada, una vez repartida la baraja, se había decantado por el lado de la nada.

El silencio, detrás de esa puerta, era como una fuerza maligna que le oprimía el pecho.

—¡Abre, Verónica, soy yo! —gritó Doriana en un último intento desesperanzado—. ¡Si abres ahora, podremos solucionar nuestros problemas, y no te molestaré más, lo prometo!

Pasaron aún unos instantes en los cuales Wolfgang disfrutó de la desesperación de Doriana que ya se traslucía en su rostro.

—Creo que ya he tenido mucha paciencia —comenzó a decir Wolfgang—. Dame por favor el documento, como habíamos quedado. Aquí no hay

nadie...

—¡Espera un poco, tú! —Doriana giró violentamente hacia su marido, con la presteza de una pantera acorralada—. ¡Verónica! ¡Sé que estás ahí!

En el interior de la vivienda se había desarrollado una discusión en susurros, que finalmente había ganado Verónica.

Era intolerable que Doriana tuviera el atrevimiento de aparecerse en su casa, aporrearle la puerta, exigirle que saliera.

Había que explicarle varias cosas.

Demostrarle que no se le tenía miedo y ni siquiera respeto, ya.

Doriana escuchó los pasos de Verónica, cuando se acercó a la puerta para abrirla. No pudo contener un gesto de triunfo subiendo ambos puños casi a la altura de los hombros, en un movimiento enérgico.

—¡Sí! —volvió a mirar a su marido—. ¡Está en casa!

Verónica abrió la puerta de par en par, cruzó los brazos, y esperó a ver qué tenía para decirle.

—Pero, tú, vosotras... —Wolfgang señaló con el índice a ambas mujeres. Después lo bajó, lentamente.

—¡Lo has visto! —exclamó Doriana, acentuando su actitud de victoria.

Por detrás de Verónica, lentamente, peligroso, fue asomándose Jonathan, atento a lo que pudiera suceder.

—Tranquilo... —Verónica le apaciguó sin volverse hacia él, apoyándole suavemente una mano sobre el hombro—. Escuchemos, por última vez, qué es lo que tiene que decir Doriana. Después nos dejarás en paz, ¿verdad?

—Verónica, tú tranquila. Yo tengo palabra. Lamento mucho haber tenido que importunarte, pero mi matrimonio está en juego —pareció pensárselo mejor. Después añadió, mirando a su marido—. Mi matrimonio y mi honra.

—Sabrás disculpar que no te invite a pasar.

—No, por dios, no tengo intención de molestarte mucho tiempo.

—Dime qué quieres.

—No hace falta que me contestes, si no quieres —Doriana sabía que la reacción de Verónica sería suficiente a ojos de Wolfgang, cuando le lanzara su pregunta—. ¿Tú sabías que en la cochera de mi casa hay un circuito privado de vigilancia?

—¿Cómo dices? —Verónica recibió la información como si fuera una bofetada—. ¿Me has estado espionando?

—No, de ninguna manera. Ha sido una casualidad.

—¿Qué es lo que ha sido una casualidad?

—Disculpe —interrumpió Wolfgang, a quien la situación superaba—. Efectivamente hay instalado un sistema de grabación en vídeo en algunas zonas de mi casa, y ha habido una confusión terrible. Hemos visto su... encuentro con mi guardaespaldas.

—¿Cómo dice?

—Un abuso de confianza por parte de un empleado que creía de confianza. Pero nada tan grave como lo que yo supuse que había pasado —miró a Jonathan un instante, ocultando su enojo.

—Quiero que me entreguen todas las copias de esa filmación. Aunque sea en su casa, yo tengo derecho a preservar mi intimidad.

—Por eso no se preocupe. Hoy mismo enviaré un mensajero con la copia del vídeo, y me aseguraré de que no quede ninguna en el ordenador —volvió a mirar a Jonathan—. En cuanto a ti, podrás pasar por mi oficina mañana a la tarde, que tendrán preparados los papeles de tu despido. Te entregarán una carta de recomendación firmada por mí. Espero que esto sea un punto y final a este incidente lamentable.

Verónica cerró la puerta suavemente y sin despedirse. Doriana dio media vuelta y se dirigió al ascensor, sin esperar a su marido, quien en cuanto la puerta acabó de cerrarse se derrumbó. El esfuerzo por mantenerse íntegro durante aquella conversación nefasta le había dejado exhausto.

Wolfgang tuvo que detener la puerta del ascensor, que ya estaba cerrándose, para poder subir.

Dentro le esperaba Doriana, silenciosa y sin mirarle.

Cuando llegaron a la planta baja, Doriana sacó el documento del bolso, lo arrugó, y se lo introdujo a Wolfgang en el bolsillo superior de la americana. Aprovechó que pasaba un taxi para largarse de allí sin darle la más mínima chance a su marido para que le dijera nada.

Aún seguía apostando fuerte: aquel asunto no había acabado.

Durante el encuentro, además de haberse anotado un tanto importantísimo frente a su marido, se le había ocurrido, casi en una revelación, la mejor forma de vengarse de Verónica.

Doriana se sentía muy feliz.

Estaba eufórica, en realidad...

Wolfgang dejó que su mujer se alejara en el taxi. Cuando el vehículo hubo desaparecido entre el tráfico, cogió el documento de su americana y lo

alisó. Sintió que era su propio corazón el que estaba arrugado.

Jonathan había podido ver cómo, en un instante, Verónica se había arrojado a un sillón dispuesta a llorar de rabia, pero que, a último momento, había sabido recomponerse, tomando aire varias veces, profundamente, hasta que su actitud volvió a ser relajada.

—¿Tú sabías que había cámaras en la cochera? —preguntó finalmente Verónica.

—Por supuesto que no —contestó Jonathan.

—De acuerdo —concedió al americano. No tenía motivos para desconfiar en él—. Tomemos un café.

Ambos se dirigieron a la cocina.

Jonathan dispuso el servicio mientras Verónica preparaba la bebida. Ninguno de los dos tenía grandes deseos de hablar en ese momento, pero sabían que les era necesario ordenar sus ideas acerca de lo que acababa de acontecer.

—Fue un descuido y una temeridad —dijo Verónica; un brillo fugaz y risueño se cruzó por su mirada, mientras hablaba—. Ya imagino cómo le habrá quedado la cara a tu pobre jefe cuando vio «traicionada su confianza» en la forma que pensó que lo habías hecho.

Rieron, sintiéndose mejor por ello. Después, Jonathan preguntó:

—¿Por qué habías ido ese día?

—Oh... esa lianta de Doriana. Me invitó a su casa con una excusa y después desapareció. Pretendió que yo iba a aceptar quedarme allí, suplantándola frente a su marido.

—Mientras ella salía a alguna de sus aventuras.

—Sí —Verónica comenzó a servir el café—. Pero se equivocó completamente si pensó que yo iba a ser su pelele.

—De todos modos creo que, al final, la jugada le acabó saliendo bien. ¿Has visto cómo ha reaccionado Wolfgang al vernos juntos?

—Supongo que estaba convencido de que tú te habías acostado con su mujer.

—Ten por seguro que lo estaba. Me persiguió a tiros por ello...

Verónica miró horrorizada a Jonathan, abriendo sus enormes ojos azules.

El americano le devolvió la mirada como quien acaba de decir que fuera está lloviendo o que al café le falta azúcar.

—Tú... —Verónica buscó las palabras cuidadosamente. Cuando las encontró, se sentó a horcajadas de su amante, sonriéndole a escasos dos centímetros de su rostro. Los ojos de ambos se cruzaron, fundiéndose sus miradas—. Te crees muy duro, ¿verdad?...

Cuando acabaron de hacer el amor ninguna silla se mantenía en pie. El servicio del café, destrozado, alfombraba hasta el último rincón de la cocina.

Capítulo 13

—En verdad, no pinta nada bien el asunto —Antonietta, recostada en el sillón de la sala de su piso, zapeaba compulsivamente. Tenía el manos libres de su móvil activado.

—¿Tú crees que acabará despidiendo a alguna más? —preguntó Maggie desde el otro lado de la línea.

—No te quepa la menor duda. Y no te sorprendas que en unos días vuelva Verónica como la gran salvadora de la Humanidad.

—Estamos fastidiadas —Maggie estaba a punto de rechinar los dientes de odio y frustración. Reconsideró su última opinión, reformulándola—. Al final, resultará que la mosquita muerta nos ha fastidiado.

—Así es.

—De todos modos, no creo que vuelva.

—¿Por qué lo dices?

—Yo creo que en el fondo es una orgullosa; la más orgullosa de todas nosotras, en realidad. Jean-Loup la ha tratado de estafadora, y dudo que ella pueda actuar como si nada hubiera ocurrido.

—En eso puede que tengas razón. Lo que me preocupa es nuestra situación. Está claro que cuando Jean-Loup vea los vídeos, a más de una se le caerá el pelo.

—En fin. Ya veremos. Por ahora no podemos hacer nada más que esperar.

A la mañana siguiente, muy temprano, Jonathan había salido de la cama sin despertar a Verónica, y había ido a comprar un juego de café nuevo. Unas preciosas piezas de porcelana, mucho más bonitas que las que habían roto el día anterior. Cuando hubo dispuesto el desayuno, despertó a su amante apoyándole una bandeja con dos tazas de café con leche humeantes, zumo de naranja recién exprimido y tostadas con mantequilla y mermelada.

Desde fuera, por las ventanas abiertas, entraba el olor picante de los árboles de la calle, que se mezclaba sutilmente con el hogareño olor del desayuno recién hecho.

—Qué detalle de tu parte —dijo Verónica, apreciando tanto los alimentos como el juego de café—. Esta taza, el platillo... ¿Los has comprado esta mañana?

—Sí —contestó Jonathan, disfrutando de la pequeñísima e involuntaria

danza que improvisó Verónica al sentarse en la cama.

Aquella mujer transformaba cada movimiento en una ceremonia pagana, sin realizar esfuerzo, sin siquiera darse cuenta de ello...

El desayuno era magnífico.

Y la compañía no podía ser mejor...

—Son preciosas —dijo Verónica, sosteniendo su taza a la altura de los ojos, unos instantes.

—He sustituido el juego de café que hemos destrozado anoche. Espero que no tuvieran valor sentimental para ti.

—Oh... para nada —contestó Verónica, tranquilizándole.

—Me alegro de ello.

—¿Irás a la oficina de tu antiguo jefe a recoger tus papeles de despido? —el asunto era desagradable, pero había que tratarlo.

—Debo ir —Jonathan pegó un rápido vistazo a las copias del vídeo que el día anterior había hecho enviar Wolfgang a través de un mensajero, cumpliendo término a término con su palabra. Verónica las había dejado sobre la mesita de luz, con asco—. En mi profesión no basta con renunciar o que te despidan; debes poder demostrar que tus servicios han sido excelentes, si no quieres olvidarte de que te vuelvan a contratar.

—Es claro. No será más que un mal rato.

Aquella mujer se preocupaba verdaderamente por él.

Era bueno sentir que era importante para alguien

¿Cuántos años, ya, hacía que no sentía nada semejante?

Como todos aquellos días, el viento azotaba las copas de los árboles, los toldos y todo lo que estuviera a su alcance por las calles.

Jonathan había conducido velozmente hasta la oficina de su antiguo empleador. A través de las ventanillas, el escenario violentado por las ráfagas de aire, furiosas hasta parecer un vendaval, semejaban un espectáculo dedicado exclusivamente para él; el microclima dentro del cubículo del coche era estático e irreal.

Aquel asunto debía resolverse. Después podría ocuparse de vivir su vida junto a la mujer que el destino había puesto en su camino.

Aparcó su vehículo frente al edificio propiedad de una de las empresas de Wolfgang y bajó sin dilación. Entró rápidamente al edificio y se anunció con la recepcionista. Le hicieron esperar unos minutos, y en seguida la recepcionista le informó a qué piso debía subir en ascensor.

Arriba, debió esperar algo más de tiempo hasta que una nueva recepcionista le indicó que podía entrar a un despacho. Una vez dentro, el mismo Wolfgang le atendió, personalmente.

Jonathan cerró la puerta cuidadosamente. No se sentía intimidado. Estaba intentando contener la irritación que sentía frente a ese hombre.

—Siéntate —le ordenó Wolfgang, rascándose suavemente un oído.

No había alzado la vista de unos papeles que estaba leyendo, o simulando que lo hacía.

Un mal trago.

Aquello era, simplemente, un mal trago.

Había que pasarlo.

—Bien, veamos —volvió a hablar el austríaco, mirándole por primera vez. Las gafas para leer le habían obligado a pegarse el mentón a su pecho para poder mirar nítidamente por encima de ellas a su ex guardaespaldas. Parecía mucho más viejo de lo que era, por culpa de esa actitud.

Jonathan guardó silencio, decidido a que Wolfgang se viera obligado a seguir hablando

—Mi secretaria ya me ha preparado los papeles que necesitas. Podría haber ordenado que ella te los entregara, pero me pareció mejor hacerlo personalmente.

—Como usted prefiera .

—Me siento obligado después de mi lamentable reacción. He podido matarte, y de esta forma espero que el asunto quede cerrado. Incluso, he dispuesto que te sea dada una indemnización muy superior que la que te corresponde por ley.

—Le agradezco, pero no necesito tanto, ni me corresponde —hizo una pausa para que el austríaco pudiera asimilar lo que iba a decir—. Contra lo que usted pueda suponer, le aclaro que en ningún momento mi vida corrió peligro.

Wolfgang parpadeó un par de veces. A pesar de sus costumbres lacónicas, Jonathan se decidió a continuar hablando.

—El único que verdaderamente corrió peligro aquella tarde fue usted.

Por encima de sus gafas de lectura, Wolfgang leyó en el rostro de su antiguo empleado que todo lo que acababa de oír no era más que la pura verdad.

Un escalofrío le recorrió la espalda.

No había sido su intención humillar al hombre que acababa de dejar de ser su empleador, y tampoco era habitual que hablara más de la cuenta.

Pero un momento de debilidad cualquiera podía tener.

Sobre todo si no estaba en horas de trabajo.

Quizás había sido el fondo de orgullo que había podido entrever en la curiosa «disculpa» que había esgrimido Wolfgang, como el pavo real sus plumajes.

No lo sabía.

De todos modos, había sido agradable explicarle, con tacto exquisito por supuesto, que todo el entramado de opiniones que podía haber construido amorosamente acerca de la tarde que le había perseguido pistola en mano no era más que un gigantesco autoengaño.

Un señorito disparando una pistola...

No tenía ninguna garantía de alcanzarle.

En realidad, había sido mucho más probable que hubiera acabado lastimándose a sí mismo a que hubiera podido pasar cualquier otra cosa. El retroceso del arma podría haberle dislocado un dedo. O resentido la muñeca. Podría haberse disparado a sí mismo, directamente o por algún rebote fortuito.

Incluso, había tenido varias oportunidades de desarmarle, que había desaprovechado conscientemente.

Aquello no había sido más que otra eficiente gestión de una crisis por su parte.

Era su trabajo.

Ahora era el momento de seguir mirando hacia adelante. El austríaco había insistido hasta obligarle a aceptar el cheque de indemnización, como quien recibe una dádiva. Perfecto, lo había aceptado. Pero al salir del despacho lo había entregado a la recepcionista. Aquella chica no pudo evitar quedar mirándolo atónita después de comprobar la cifra que estaba rechazando.

Jonathan pudo escuchar el leve tintineo del collar de la secretaria mientras subía y bajaba rítmicamente su rostro, observando alternativamente el cheque y su espalda mientras se alejaba. No pudo evitar sonreír.

La relación con Verónica no le estaba convirtiendo en otro hombre — ¿o quizás sí?— pero sí que le estaba convirtiendo en un ser incluso más duro consigo mismo.

Verónica merecía un hombre que estuviera, en lo que verdaderamente importaba, a la altura casi inalcanzable que le reconocía.

Jamás el hombre que ella merecía habría aceptado una limosna o un soborno.

Si su ex empleador pretendía comprar su silencio, estaba terriblemente equivocado: le saldría gratis.

Había aceptado la carta de recomendación porque ésta sí que le correspondía. Sus servicios habían sido siempre impecables. Además, había perdonado la vida a aquel atolondrado. Por no hablar de su mujer, que se le había insinuado varias veces, sin éxito, hasta que había dado por segura su falta de interés hacia ella.

No tenía nada que reprocharse.

Cuando hubo salido por la puerta principal del edificio de oficinas sintió, al igual que su amante, que una corriente eléctrica liberadora le recorría las articulaciones.

Parecía que había estado dormido y acababa de despertarse.

Condujo a través del tráfico con una paciencia que hacía muchos años que no sentía.

Al llegar a casa de Verónica, vio que ésta salía por la puerta en el preciso momento en que él se aprestaba a estacionar el vehículo. Como la vio caminando decidida hacia él, no apagó el motor.

Llevaba gafas oscuras y se movía sin tanta gracia como de costumbre, como con un pequeño titubeo o descoordinación.

Pero por lo demás estaba estupenda, como siempre. Jonathan recorrió con la vista la exquisita figura de Verónica mostrándole una sonrisa casi de alegría infantil.

—Has llegado, cariño —le saludó Verónica cuando hubo ocupado el asiento del acompañante.

—Ha sido rápido —contestó Jonathan.

Verónica había cambiado su perfume. Una fragancia exquisita que le acarició las fosas nasales.

—¿Te sientes bien? —continuó hablando Jonathan.

—¿Por qué lo dices?

—Te he visto caminar en forma extraña, como si estuvieras insegura.

—Oh, creo que estoy por pillar una gripe. Estoy algo mareada, pero casi nada.

—¿Quieres que vayamos al médico?

—No, cariño. Estoy bien. Si realmente estoy por enfermarme, será en uno o dos días, porque me encuentro casi perfecta —le besó en una mejilla,

cerca de los labios.

—Si necesitas cualquier cosa...

—Ya lo sabes, si acabo de enfermarme tendrás que ser mi enfermero particular —Verónica parpadeó varias veces, con rapidez—. Vamos a comer y tomar una copa por ahí.

—De acuerdo.

Sonó el móvil de Jonathan.

Cuando iba a atenderlo, Verónica se lo quitó de las manos con un gesto travieso. Lo apagó y lo guardó en la guantera.

—Ya veo que no me quieres prestar atención —le reprochó cómicamente, mordiéndose un labio como una niña enojada—. ¿El móvil es más importante que yo?

—Tú sabes que no —Jonathan descubría que seguirle el juego, cualquier juego, a Verónica, era siempre divertido, siempre le incentivaba, le llenaba de energías positivas—. Has hecho bien en dejarlo en cuarentena.

Ambos rieron.

Jonathan manejó algunas calles en silencio.

—Ya he resuelto mi situación en mi antiguo trabajo —volvió a hablar—. Mi ex jefe me entregó los documentos del despido y una carta de recomendación. También pretendió pagarme una indemnización abultada, que no acepté.

Verónica volvió a reír como si aquello le hubiera causado muchísima gracia. Había habido una leve nota sarcástica, pero no había durado más que un segundo.

—Has sabido conservar tu dignidad —repuso una vez pudo contener su hilaridad.

—El austríaco habrá pensado que necesitaba comprar mi silencio.

—¿Por qué?

—Por lo que te he comentado antes. Se habrá figurado que yo me escandalizaría por su necia comedia de perseguirme a tiros.

A través de las gafas oscuras que aún no se había quitado, Jonathan pudo ver que Verónica abría incrédula los ojos, apenas unos instantes, antes de estallar en una nueva carcajada.

—Ya te lo había contado —continuó Jonathan—. Ese hombre nunca sabrá lo cerca que estuvo de perder la vida, cuando me apuntó con su pistola.

—Sí, cariño, claro. Lo que pasa es que lo cuentas de una forma totalmente cautivante. No sabía que lo podrías tomar tan a la ligera.

—Un arma en manos de un empresario aburguesado es tan peligrosa como en manos de un niño. Por lo menos, para alguien con mi entrenamiento.

—Eres un tipo duro, ¿eh?

Jonathan rió.

—Te gusta que lo sea, ¿verdad? No dejas de recordármelo.

Verónica guardó silencio. Se volvió hacia los cristales de su ventanilla y observó la rápida mutación de paisajes que desaparecían tras la velocidad del vehículo.

Después cambió de tema.

—Llévame a un restaurante bonito y tranquilo —le mordisqueó el lóbulo de la oreja—. Tengo hambre...

Jonathan optó por un pequeño restaurante italiano del centro de la ciudad. La decisión había sido perfecta, porque dentro la intimidad era casi absoluta. Pidieron una mesa reservada del fondo del salón.

Al acabar de ordenar la comida —ningún plato del que Jonathan tuviera noticia, pero que Verónica parecía conocer a la perfección: carpaccio de ternera de entrada; Saltimbocca alla Romana de segundo plato. Para beber, un Chianti afrutado. ¡Aquello sería magnífico!— Verónica cogió su móvil del bolso.

—Veo que yo no merezco la misma atención que tú —comentó Jonathan, bromeando.

—No te pongas melodramático, cariño —le contestó Verónica, sonriéndole—. Aún no tenemos fotos juntos.

Se besaron mientras Verónica tomaba algunas fotos, como si fueran dos adolescentes.

—Estrenas móvil.

—Oh, éste ya lo tenía. Estaba guardado, hacía algún tiempo que no lo usaba.

—Pues me parece bastante más moderno que el que te he visto usar normalmente.

—Lo es. Lo que pasa es que a veces no funciona del todo bien, por eso no suelo llevarlo. Nunca recuerdo que debo cambiarlo. El otro estaba sin batería.

Verónica se había quitado las gafas oscuras. Definitivamente, no debía sentirse bien, porque sus movimientos no habían sido nada plásticos. No, por lo menos, como ya le había acostumbrado.

La iluminación cálida y ubicada con mimo realizaba la perfección de

sus rasgos.

Jonathan volvió a recordar, de todos modos, que debía convencerla para que un médico la revisara ese mismo día, o como muy tarde al siguiente.

El camarero, que momentos antes les había servido la bebida, llegó con los entrantes. Jonathan observó, con desconfianza, aquella carne que parecía cruda. Desde luego, no era en absoluto parecida a la comida de su tierra. Haciendo acopio de valor se decidió a llevarse un bocado a los labios, y no pudo dejar de reconocer que su sabor era magnífico, nada comparable a lo que su aspecto le había augurado.

Había viajado por todo el mundo, pero todavía no era un hombre de mundo. La idea le hizo sonreír.

—¿Te ríes solo como los locos? ¿Estás loco de amor por mí?

—No lo dudes.

Verónica sonrió. Después, cortó un trozo de carpaccio y lo llevó a la boca de Jonathan, que lo cogió con presteza. Una vez que hubo pasado el alimento, cortó a su vez un trozo para devolver la atención a su amante. Verónica abrió la boca lentamente, para que Jonathan pudiera introducir él mismo el alimento entre sus labios. Una vez desprendido el trozo de carne de ternera, cerró los labios sobre el tenedor y retiró la boca más lentamente aún, mirando a los ojos de Jonathan, que parpadeó un par de veces, azorado y excitado por ese nuevo juego que le proponía su amante.

—Me dan ganas de tener que volver a salir a toda prisa a comprar vajilla nueva —le dijo Jonathan, riendo.

—Lo que tú quieras, cariño.

Cuando acabaron el entrante, el camarero retiró los platos vacíos y les llevó el plato principal.

Definitivamente aquello tenía mucho mejor aspecto para Jonathan, que pudo probar el primer bocado sin tener que pensárselo dos veces.

Verónica acabó de beber lo poco que quedaba en su copa de vino, e inmediatamente Jonathan volvió a llenársela. Verónica volvió a tomar algo más de vino.

—No sabía que te gustaba el vino. En tu casa no lo hemos bebido nunca.

—Oh. Solo lo tomo en ocasiones especiales. Quiero decir, cuando salgo de casa.

—De acuerdo. Yo prefiero una cerveza bien fría como americano cabeza hueca que soy —Jonathan rió entre dientes—. Pero también puedo

apreciar una buena bebida.

—No seré yo quien discuta tus opiniones.

Verónica, lo estaba descubriendo, también podía gastar una buena ironía.

No dejaba de sorprenderle esa mujer.

Acabaron la primera botella de Chianti y pidieron otra. A los postres, Verónica sugirió que podrían acompañarlo con una copa de champán francés, que bebió con delectación.

Terminaron de comer. Se sentían algo achispados. Verónica había acentuado algo sus movimientos levemente inseguros, aunque no había perdido del todo la elegancia, ni mucho menos. Subieron al coche y volvieron a besarse, ahora con más intensidad.

—Vamos a tu casa —dijo Verónica en un pequeño descanso.

Jonathan no dijo palabra. Arrancó el vehículo y al cabo de un rato estaban ya en el piso que tenía alquilado. Era pequeño, apenas un dormitorio con la sala, la cocina y baño, pero todo estaba perfectamente ordenado. Se notaban dos cosas: que allí vivía un militar —o alguien que lo había sido, lo mismo daba— y que jamás una mano femenina había decidido nada sobre su amoblado y disposición.

Inmediatamente comenzaron a desnudarse.

Sentían embriagarse sus sentidos tanto por el aroma de sus cuerpos, como de las sutiles emanaciones de los alimentos y bebidas acabados de consumir, que añadían un toque báquico a la situación.

Verónica aún tuvo tiempo de coger su móvil y volver a fotografiarse juntos, yaciendo en la cama. Hicieron el amor de una forma novedosa para Jonathan. Su amante parecía más experimentada que nunca, y un poco menos dulce.

Sería el alcohol, quizás la pesadez de la comida recién ingerida.

Después de hacer el amor enérgicamente, con pasión, muy a su pesar Jonathan notó que los párpados se le iban cerrando, somnoliento, y que no podía hacer nada para remediarlo.

Verónica aprovechó ese momento para salir de la cama.

—Cariño —le susurró al oído al americano, que apenas le respondió con un gruñido de interrogación—. Debo irme ahora a realizar unas gestiones. Espérame aquí, que volveré en un par de horas.

Jonathan abrió los ojos un instante. Apenas había oído a Verónica, pero había llegado a entender el sentido de sus palabras.

—De acuerdo, preciosa —le contestó, y ya no pudo hablar más. El sueño le había vencido.

Aquellos habían sido unos días agotadores, tanto a nivel mental como psicológico.

La mujer recorrió con la vista para comprobar que no se olvidaba nada. Sentía el efecto de las bebidas alcohólicas siendo absorbidas aún por su torrente sanguíneo, y no quería que la embriaguez la hiciera perder ningún objeto que pudiera delatar su presencia, o cometer alguna tontería.

Después de que hubo comprobado que no olvidaba nada, caminó lentamente, sin hacer ruido, hasta la puerta.

Jonathan no se había despertado.

Salió al pasillo cerrando la puerta con la suavidad de una caricia. Apenas sonó un chasquido ahogado.

La mujer cogió un pequeño espejo del bolso y se revisó el rostro, aprovechando la luz del pasillo. Vio el reflejo de una mujer con el maquillaje corrido, ojerosa y satisfecha.

Una mujer que le devolvía la mirada con una sonrisa irónica y descarada, que iba convirtiéndose en cruel por momentos.

Una mujer a la que no confiaría sus secretos, desde luego.

Buscó en el móvil las fotos que acababa de sacarse con Jonathan. Algunas de ellas eran realmente escandalosas; el encuadre era horrorosamente malo, pero no ocultaban nada.

Tuvo la precaución de llamar al ascensor y entrar en él —Jonathan podía levantarse y descubrirla allí en el pasillo—. Mientras bajaba, eligió las fotos que, con número oculto, envió adjuntados en un mensaje multimedia.

Al otro extremo de la ciudad, un móvil sonaba, avisando a su dueña que acababa de recibirse un mensaje.

La dueña de ese móvil era Verónica.

La verdadera...

Nunca, en toda su vida, Doriana había imaginado que apretar un botón —¡un simple botón!—, una tecla con un teléfono verde dibujado en su superficie y la palabra «send» pudiera ocasionarle un placer tan indescriptible.

No sabía si su estratagema tendría éxito.

No podía saberlo, aún no.

Aquello no era un problema para ella en ese momento. Si Verónica descubría el engaño y disculpaba a Jonathan su infidelidad, aun así el

encuentro con el fogoso americano había valido la pena.
Vaya si lo había valido...

Capítulo 14

Hacia no menos de cinco minutos que aquella mosca acaparaba la atención de uno de los empresarios más adinerados que jamás hubiera nacido en Austria.

El insecto había sido perseguido, acechado y atacado.

Incluso había recibido algún insulto, sin demostrar que tal cosa le hubiera afectado de modo alguno. Wolfgang, que había intentado infructuosamente matar aquel compañero indeseado, también había querido obligarlo a que escapara a través de una ventana abierta que pareció ignorar sistemáticamente, como una forma de escarnio hacia su contrincante.

La mosca era un alarde contundente de voluntad de poder y de vivir.

Si Wolfgang hubiera estado de humor para ello, habría comprobado que, si echaba cuentas, aquel insecto posiblemente sería uno de los más caros de la historia, habida cuenta del valor del tiempo de su perseguidor.

Se derrumbó en su sillón, derrotado y fatalista: ya el destino se encargaría de la maldita mosca, porque él no había podido.

Wolfgang no estaba para reírse de sí mismo aquel día.

Ni para que nadie le molestara.

Aunque tampoco estaba para tomar decisiones. Ninguna decisión. Se ofendería con quien pudiera señalárselo, pero lo cierto era que prefería, en aquel momento, estar papando moscas y castigando el lóbulo de uno de sus oídos a ocuparse de cualquier otra cosa.

Doriana, sabía Dios dónde podía estar. Y cuando se dignara a mostrarse, debería disculparse con ella por el terrible error que había cometido.

¿Quién podría haber imaginado que...?

Ya era tarde.

La situación era una de esas en las que la realidad supera a la ficción. Y cuando suceden así los acontecimientos, hay que saber encajar los golpes, hay que buscar la manera de seguir a flote aunque todo se hunda.

¿Dónde podría haberse metido Doriana? La llamaba al móvil, y nunca lo tenía encendido. Y si por una casualidad no lo tenía apagado, no le contestaba, o rechazaba la llamada.

Le estaba haciendo pagar con sangre la injusticia cometida. ¿Pero quién podría haber previsto aquello?

Un nuevo acceso de rabia y autocompasión le impulsó a acabar de

ajustar cuentas con aquel insecto condenado. Se levantó del sillón cogiendo una carpeta que, a buen seguro, le serviría como matamoscas. Algunas hojas de su interior cayeron al suelo. Comprobó, decepcionado, que su contrincante ya no estaba en la habitación. Seguramente se habría escapado por la ventana mientras él recuperaba fuerzas. La cerró con un gesto brusco, casi con odio.

Cuando Jonathan despertó, notó que si bien no habían sido muchas las horas de sueño que habían pasado, sí que habían sido reparadoras. Se había quedado profundamente dormido, y había podido descansar tres o cuatro horas seguidas, sin nada ni nadie que le despertara. La habitación estaba perfectamente cerrada, tanto la puerta como las ventanas, las cuales tenían las persianas completamente bajadas y no dejaban pasar nada del sol que aún debía haber fuera.

Le llamó la atención ese cuidado de su sueño por parte de su amante. De todos modos, aquel había sido un día sorprendente en todo sentido.

Se desperezó antes de levantarse. Su propio movimiento hizo que de las sábanas se desprendiera el delicado aroma de la piel y el perfume de la mujer con la que había yacido. No reprimió un gruñido de bienestar.

Entró al baño. Abrió el grifo de la ducha, y cuando se miró a sí mismo en el espejo del tocador, se dio cuenta de que algo no iba bien. Había una señal de alarma sonando insistentemente dentro de su cerebro, ¿desde hacía cuánto tiempo? No podía saberlo.

Sentía que su futuro inmediato se enturbiaba igual al efecto que el vapor de agua producía en el cuarto de baño.

Se detuvo, pensativo, para observar detenidamente el reflejo de su rostro. Apoyó ambas manos en el lavabo y se quedó mirándose a los ojos, sin pestañear.

La alarma seguía sonando.

La humedad de la habitación, con el grifo de la ducha abierto y descargando litros de agua caliente perlaba su frente y se mezclaba con su propio sudor.

Aquello podía ser cualquier cosa.

Desechó finalmente el mal sentimiento; cuando llegara el momento de enterarse, se enteraría. De nada valía seguir escrutándose, esperando una revelación que no tenía por qué aparecersele.

Se introdujo en la bañera y se bañó rápida y vigorosamente. Se secó y volvió a bañarse, esta vez en colonia inglesa. Cuando ésta hubo secado sobre

su cuerpo, se vistió con esmero.

Al salir del baño, comprobó en su teléfono fijo que nadie le había llamado.

Salió de la casa. Subió a su turismo; abrió la guantera para recuperar su móvil, comprobando que estaba apagado por falta de batería. Conectó el cargador al mechero y esperó unos instantes hasta que el terminal pudo encenderse.

Había varias llamadas perdidas y mensajes de Verónica.

Demasiados...

La señal de alarma dentro de su cabeza sonaba enloquecida, ya.

Leyó los mensajes. El móvil se le escapó de la mano y fue a descansar al suelo del vehículo, junto a los pedales.

No tuvo tiempo de salir de su desconcierto, porque el móvil sonó entre sus pies. Tuvo un arranque de miedo, pensando que no podía ser otra persona que Verónica quien le llamaba, pero se obligó a recoger su teléfono. La llamada no había sido reconocida:

—¿Hola? —preguntó.

—Oh, Jonathan, ¿eres tú? —era la voz de su madre.

—Vaya, mamá —intentó que su voz sonara neutra.

No lo habían conseguido: sus palabras habían sonado como si acabara de recibir un balazo en las tripas.

—Por Dios, Jonathan, ¿te pasa algo? ¿Es mal momento?

—No —aspiro profundamente, pasó saliva—. Dime, mamá.

—Cariño, disculpa que te moleste. Ni siquiera sé si estoy llamándote de madrugada, por la diferencia de horario. ¿Estabas durmiendo?

—Tranquila, mamá. Aquí es de tarde, pero aún no es de noche.

—Jonathan... —la voz de su madre se había quebrado con la fragilidad de los huesos de una paloma — Jonathan...

El americano pudo escuchar que los sollozos de su madre sonaban al más cruel de los malos augurios.

—Dime, mamá, ¿qué ha pasado?

—Tu padre —atinó a responder la señora. Después, el dolor la imposibilitó de decir nada más.

Capítulo 15

Jonathan había tomado el primer avión.

En el aeropuerto le recibió la madre, vestida de negro. Sus ojos acuosos por los años estaban enmarcados por unas profundas arrugas que no eran producto únicamente de la edad. Jonathan la abrazó con suavidad, como si tuviera miedo a que se le rompiera entre los brazos. Pudo sentir los sollozos de la anciana sobre su pecho, agitándose con la suavidad del movimiento de las hojas de un libro olvidado en un parque un día ventoso.

Los rodeaba la iluminación de miles de lámparas fluorescentes. Todos los colores adquirirían una tonalidad exagerada bajo ese bombardeo lumínico. Todo, salvo el que curbía la piel de los rostros, que adquirirían un tono rosáceo apagado y blanquecino.

—Oh, Jonathan, Jonathan —le decía, sin poder contener la pena—. Tu padre me ha dejado. Gracias a Dios no ha sufrido, pero no sé qué haré sin él.

Caminaron tomados del brazo hasta la salida. Jonathan tuvo un impulso de buscar un taxi, hasta que el enorme Rolls-Royce que les esperaba le hizo recordar que acababa de reencontrarse con su familia.

¿Cuántos años hacía que lo había dejado todo?

El conductor, que les esperaba junto al vehículo, les abrió la puerta con presteza. Jonathan ayudó a su madre a entrar al Rolls-Royce. Después entró él, sintiendo que estaba introduciéndose, voluntariamente, dentro de una celda.

—Hijo mío, cómo te hemos extrañado —su madre le hablaba mirándole intensamente, como si buscara una nueva cicatriz visible en su rostro u oculta debajo de sus ropas.

—He estado muy ocupado, trabajando mucho —contestó Jonathan, evasivo.

—Tranquilo, Jonathan, que no te echaré en cara nada —su madre le sonreía tristemente—. Tú has tomado tus decisiones y yo las he respetado. Sabe Dios que me he esforzado por entenderlas, aunque no he podido nunca, pero nunca me he sentido defraudada o abandonada por ti.

¿Cómo podía explicarle a su madre que si hubiera aceptado la vida fácil de su familia se habría sentido morir en vida o, peor, quizás habría muerto de verdad, hacía ya mucho tiempo?

—Tú sabes que nunca me gustó vivir entre algodones, mamá.

—No hace falta que te justifiques conmigo, Jonathan —la anciana volvió a sonreír, ensayando un gesto protector hacia su hijo, que se transformó visiblemente en otro de desamparo.

—¿En qué piensas, mamá?

—Han pasado tantos años. Tu padre siempre se ha ocupado de todo y lo ha hecho bien. Ahora que no está... —no pudo terminar la frase.

Jonathan sabía perfectamente cómo se sentía su madre. Pero el golpe había sido duro, excesivamente duro.

Tanto para ella, como para él.

Dos pérdidas en menos de una hora...

Seguramente habría encontrado la forma de solucionar el problema con Verónica, porque alguna manera tendría que haber. No era admisible que dos personas que parecían hechas la una para la otra se perdieran por culpa de una intriga, de una trampa malévola.

Pero el tiempo se le había evaporado.

Ahora era un momento para pensar en el presente.

Llegaron a la mansión, tras un viaje en coche en el que Jonathan fue reencontrándose con sus recuerdos más olvidados. Hacía muchos años que no recorría aquellas calles, pero era como si la última vez hubiera sido la semana pasada. El último trayecto, por una carretera de piedras lisas y rodeada de coníferas exultantes, con la mansión al fondo, pequeñísima y como enmarcada, acabó de demostrar a Jonathan que nada había sido perdido en su memoria. Cuando al fin llegaron a la casa, el americano pudo comprobar que un mar de turismos de lujo cubría los aparcamientos al aire libre. El Rolls se perdió entre los demás vehículos.

Bajaron y se dirigieron casi sin pausas al enorme salón de reuniones de la casa. La anciana en todo momento supo estar a la altura de los acontecimientos, soportando estoicamente el asedio de pésames a que la sometieron los familiares y gente conocida.

—Es una suerte que hayas podido llegar a tiempo —dijo a Jonathan en una pausa—. Sola, no sé cómo habría podido soportar todo esto.

—Lamento mucho no haber podido llegar a tiempo para el sepelio.

—No te preocupes por ello. Ha sido tan repentino que no se ha podido hacer otra cosa.

—Gracias.

—Tenemos mucho de qué hablar.

Jonathan no tenía ninguna duda de ello. La muerte de su esposo había

convertido a su madre en una presa entre tiburones, y muchos de ellos acababan de darle sus condolencias, qué duda cabía. Bien mirado, parecía que sus condolencias la incluían también a ella...

Iría.

Jean-Loup la había llamado.

Tenía que solucionar de una vez aquel asunto. Escucharía lo que tuviera que decirle. La joyería era parte de su pasado, cada vez lo veía más claro, pero de un pasado que aún no estaba cerrado.

—De acuerdo, Jean-Loup —le había contestado, sintiendo que hablaba con un conocido del que hacía años que no recibía noticias—. Dime a qué hora ir, y allí estaré.

—Por la mañana, en cualquier momento.

—Antes del mediodía pasaré por la joyería.

Se despidieron cortésmente, aunque con frialdad.

Las sábanas parecían más frías y más ásperas, durmiendo en soledad. Se había despertado ante la ausencia del cuerpo de su amado tendido junto a ella. Le había buscado, aún dormida, y la falta de encuentro había sido suficiente para arrancarla del sueño.

Abrió los ojos de pésimo humor, ya consciente de la situación.

No había descansado nada; se sentía deshecha, como después de una noche de juerga, o peor aun, de insomnio. Había conciliado el sueño, pero éste no había sido nada reparador.

Se levantó rápidamente, quitándose bruscamente de la cabeza las preocupaciones. Se pegó una ducha con agua casi fría que tuvo el efecto de camuflar, por lo menos durante unas horas, la sensación de fatiga. Se vistió sin querer examinarse excesivamente en el espejo, lo suficiente para maquillarse con corrección.

Desayunando, cayó en la cuenta de que todavía no había ordenado sus ideas en relación a la entrevista que mantendría con Jean-Loup aquella mañana.

No había nada que ordenar, nada que planificar...

Todavía tuvo tiempo de comprobar sus inversiones en la bolsa y de realizar algunas operaciones, antes de decidirse a marchar. Aquello seguía funcionando muy bien. Realmente más que bien.

«Afortunada en el juego...».

Cuando bajaba en el ascensor sonó su móvil dentro del bolso.

Era Jonathan...

Con la misma falta de reflexión con que había decidido no contestar a las llamadas anteriores del americano, con la misma impulsividad, se decidió a coger ésta.

—Dime... —dijo a Jonathan

Del otro lado de la línea solo se escuchaba ruido de estática y algún vocablo incompleto. Verónica comprobó la cobertura. Era casi inexistente, dentro del ascensor.

La llamada se cortó en seguida. Antes de que tuviera tiempo de volver a guardar el teléfono en el bolso, volvió a sonar. La comunicación tuvo el mismo escaso éxito que la anterior.

«Ya me volverá a llamar» pensó «y si no me llama, lo mismo da».

Condujo sin prisas por el tráfico caótico de la ciudad. Llegó a la joyería cuando ésta acababa de abrir.

Entró en la tienda. Las ex compañeras se sobresaltaron como si acabaran de descubrir que un demonio les sonreía desde el fondo de un callejón oscuro.

—¿Qué tal chicas? —saludó sin dirigirse a ninguna en particular.

Todas la rodearon, hablando casi a la vez. Verónica dedujo, por su actitud, que no habían sido informadas de que iba a ir allí ese mismo día.

—Verónica, por favor, sube —era el mismo Jean-Loup, asomando la cabeza por la puerta de su oficina.

Las dependientas la dejaron, volviendo cada una rápidamente a sus tareas. Jean-Loup le esperaba sin entrar a su despacho. Se saludaron arriba, y después Jean-Loup la dejó pasar primero.

—Siéntate —pidió Jean-Loup, ofreciéndole la silla frente a la suya.

—Gracias.

Jean-Loup se sentó después de que Verónica hiciera lo propio. Se quedó mirándola unos instantes, indagando su rostro. Verónica aceptó el examen sin inmutarse.

—Te he llamado —comenzó a Jean-Loup; parecía que encontrar las frases correctas representaba un enorme esfuerzo mental para él— y todavía no sé qué decisión tomar con respecto a ti.

Verónica no contestó. Jean-Loup volvió a hablar.

—Oh, no te he llamado para hacerte pasar otro mal rato. No vayas a pensar de esa manera —se decidió a mostrarle el vídeo—. ¿Has visto esta

filmación?

—No —contestó Verónica mientras Jean-Loup pulsaba la tecla de reproducción—. Pero estoy segura de que sé de qué me hablas.

Miraron juntos la grabación de la cámara de seguridad. Verónica pudo verse a si misma, al fondo de la imagen, concentrada comprobando unos papeles. Pudo ver la entrada de Doriana y de Wolfgang. El breve momento de desconcierto que siguió a ésta tanto en la clienta como en Antonietta, quien, después de la huida algo atolondrada de Doriana, había acabado atendiendo solamente al empresario austriaco.

Era claro que su vida parecía danzar al ritmo de las cámaras de seguridad, últimamente...

—¿Y bien? —preguntó Jean-Loup, sonriéndole con incertidumbre.

—No había visto esas imágenes nunca —contestó Verónica—, pero me habían hablado de ellas.

—¿Tú conoces a esa mujer? ¿No será una hermana gemela tuya?

—No —contestó Verónica, sonriendo también—, no es familiar mía.

—¿La conoces?

—La he tratado —vio que Jean-Loup acentuaba su expresión de incertidumbre y su sonrisa—. No antes de ese día, quiero decir.

—Explícate, por favor.

—Esta mujer averiguó mi dirección no sé cómo y fue a verme a mi casa. Me contó que me había visto en la tienda pero que yo no la había visto a ella, lo cual es verdad, y que había tenido curiosidad por conocerme — Verónica tuvo un momento de vacilación.

—¿Nada más?

—Nos hemos visto un poco más —le contestó aunque no se sentía obligada a hacerlo—. Me hizo una jugarreta muy desagradable y dejamos de vernos.

—¿Y por qué no me lo has contado?

—No fue un asunto nada simpático para mí. Además, yo pretendía cortar la relación lo más rápidamente posible.

—¿Por qué?

Aquello se parecía cada vez más a un interrogatorio policial.

—Había piezas que no encajaban en relación a la personalidad de Doriana —se corrigió— de tu clienta, quiero decir.

—Ya veo...

Se produjo un pequeño silencio.

—¿Necesitas saber algo más? —se decidió a preguntar Verónica.

—Tus compañeras sabían de todo este asunto, ¿verdad?

—No sé si todas, pero imagino que sí. Me estuvieron haciendo preguntas extrañas, pero ninguna se decidió a hablarme claro nunca.

Jean-Loup se puso a jugar con un bolígrafo, que se le cayó al suelo casi de inmediato. Durante unos instantes, estuvo demasiado concentrado en sus pensamientos para ocuparse de aquel objeto, y no realizó ningún esfuerzo por recuperarlo. Verónica, aprovechando que había rodado cerca de sus pies, acabó recogéndolo y dejándolo nuevamente sobre el escritorio.

—Gracias —le dijo Jean-Loup, que parecía que hablaba desde muy lejos.

Verónica esperó.

—Este asunto es por demás desagradable. Y además estoy metido en un buen lío —volvió a hablar Jean-Loup—. Me acabas de corroborar que mis empleadas no merecen mi confianza. Además, tampoco podría tener como encargada a una empleada que no ha sabido prever este tipo de situaciones o actuar contra ellas.

—Jean-Loup —interrumpió suavemente Verónica—. Yo no he venido a ver si recuperaba mi empleo.

—¿Cómo? —Jean-Loup había demorado una eternidad en contestar.

—No. Estoy abriéndome camino sola, en este momento. He decidido no volver a trabajar por cuenta ajena nunca más —miró a su antiguo jefe sintiendo que se renovaba su simpatía por él, a pesar de todo—. Te agradezco todo el tiempo que me has tenido a tu servicio, pero creo que lo mejor será que demos por cerrado este ciclo.

—De acuerdo —el joyero sonreía y parpadeaba intensamente—. Será lo mejor para todos.

Verónica vio cómo Jean-Loup abría un cajón y elegía una entre dos carpetas iguales que guardaba en su interior. Aceptó la carpeta que le entregó, en la que estaban guardados los documentos necesarios para su despido, además de una carta de recomendación.

No tenía forma de comprobarlo y realmente no lo necesitaba, pero Verónica comprendió que en la otra carpeta Jean-Loup había hecho preparar los papeles de su reincorporación a la empresa.

Un suspiro de alivio se le escapó de los labios, con el irrefrenable impulso de un toro que acaba de escapar de su dehesa.

En otro cajón del escritorio, a la espera de ser entregados en las

próximas horas, descansaban unas carpetas idénticas a la suya, con sendas cartas de despido para varias empleadas de la joyería.

—Hasta luego, Jean-Loup —se despidió Verónica mientras ambos se levantaban.

Eran demasiadas relaciones que daba por concluidas aquella semana. Muy a su pesar y tomándola de sorpresa, no pudo reprimir un sollozo.

—Tranquila, Verónica —Jean-Loup inmediatamente se quitó el pañuelo impoluto del bolsillo de la americana—. Toma, sécate las lágrimas, que no te vean llorar.

Verónica aceptó el pañuelo. Mientras se arreglaba el maquillaje de los ojos que se le había corrido, Jean-Loup le ponía las manos en los hombros, intentando reconfortarla.

—Gracias, Jean-Loup —le devolvió su pañuelo—. Esta semana he tenido algunos problemas personales y estoy un poco tonta.

—No tienes que explicarme nada —Jean-Loup presionó un poco más, afectuosamente, los hombros de Verónica.

Se despidieron con dos besos.

Que en realidad fue uno...

Jean-Loup, creyendo que se volvía loco de atracción ante la mujer que en ese momento ya era su antigua empleada, aprovechó que le ofrecían la mejilla para besarla en la boca, casi furtivamente, apenas rozando sus labios.

—Disculpa, disculpa. Yo no... Qué torpe —atinó a balbucear Jean-Loup, apartando su rostro prestamente del de Verónica, embriagado aún por el brillo caótico que las lágrimas habían conferido a los ojos de su ex encargada—. Qué torpe... qué impertinencia imperdonable la mía.

—Te has confundido —solo el pasmo ponía coto a la indignación que Verónica percibía intentando encenderle la sangre—. Debo irme.

La reunión no podía haber terminado peor para Jean-Loup, que vio cómo Verónica se había dado media vuelta sin esperar a que él le respondiera. Se sentó nuevamente. Una gota de sudor le cosquilleaba la frente; parecía un tábano caminando por su piel, sin decidirse todavía si le clavaría su aguijón o no. Se rascó con rabia, y después se secó los dedos con un pañuelo.

Verónica bajó las escaleras sin dar muestras del cúmulo de sentimientos que embargaba su pecho. Las dependientas la saludaron discretas, sin presionarla. Era claro que no podrían arrancarle ninguna palabra que no quisiera pronunciar.

Además, la carpeta que llevaba bajo el brazo era una señal inequívoca

de cuál había sido el desenlace de la entrevista.

Lo que no sabían era que al final del día varias acabarían marchándose a casa con una carpeta similar.

Aunque sin carta de recomendación alguna...

Capítulo 16

Las jornadas posteriores a las exequias del Coronel Cornelius Maxwell Bradstreet habían sido agotadoras para su viuda e incluso para el único descendiente del enlace matrimonial, Jonathan Bradstreet.

La anciana señora parecía haberse vuelto más frágil, más pálida, más delgada, como bajo el influjo de un hechicero que hubiera querido ir convirtiéndola de a poco, y sádicamente, en un trozo de papel en vida.

El desfile de relaciones había caído sobre las cabezas de Jonathan y de su madre con la brutalidad implacable de un tsunami.

A Jonathan le resultaba cada vez más patente que su madre se consumiría en meses si la dejaba sola.

El tiempo que tardaría él mismo en consumirse volviendo a la vida de la cual había sabido desligarse la mayor parte de su existencia, no quería calcularlo.

Y menos sabiendo que el haber perdido a Verónica era como envejecer la mitad de esa vida...

Después de muchos intentos, finalmente Wolfgang había conseguido que Doriana, la mujer que aún era su esposa, le cogiera una llamada:

—Qué quieres —la voz de Doriana sonaba displicente.

—Quiero disculparme contigo. Quiero que vuelvas.

—Como si no hubiera pasado nada.

—No: como si no hubiera pasado nada, no —adujo Wolfgang—. Estoy arrepentido por mi lamentable actitud hacia ti. Tenemos que hablar personalmente, cara a cara.

—¿Lo que tienes que decirme no me lo puedes comunicar por teléfono?

—Doriana, no juegues conmigo. En este momento estoy en casa, pero deberé partir en viaje de negocios mañana mismo. Por favor vente, o dime dónde podremos encontrarnos. Hay que solucionar este problema.

Doriana hizo una pausa antes de contestar. No pronunció palabra sino hasta que calculó que su mutismo ya habría sido eterno para los nervios deshechos de su marido:

—Estaré en casa dentro de una hora y media.

—Cenaremos juntos —la voz de Wolfgang sonó grave y disfónica por el esfuerzo de contener la euforia que sentía.

Cortaron.

Había sido un éxito completo. Doriana no podía estar más orgullosa de sí misma.

Las cotizaciones danzaban en la pantalla del ordenador rítmicamente, con vivacidad animal. Eran nada más que números fríos, dinero electrónico que pasaría de manos infinidad de veces hasta ser impreso en papel moneda, si es que alguna vez acababa sucediendo eso. Verónica había pasado toda la mañana, hasta el cierre de la Bolsa, estudiando las distintas cifras, invirtiendo aquí y allá, arriesgando a veces y siendo conservadora otras.

Era como un juego de póquer.

Estaba ganando mucho dinero. Realmente mucho.

Era maravilloso dejarse ahogar en un mar de cifras y olvidarse hasta de comer. Y, por supuesto, también de pensar en otra cosa que no fueran aquellas apuestas.

«Oh, Jonathan...».

Pero en seguida debía centrar su atención en un movimiento extraño, en un leve vaivén torticero y preocupante de alguna de sus inversiones. Era el instinto de supervivencia que, ferozmente, la azuzaba y le enseñaba los colmillos de la bancarrota. Y no podía pensar en otra cosa, ni siquiera en Jonathan.

«Oh, Jonathan...».

Y todo se acababa con la última transacción. Se levantaba de frente al ordenador, estiraba los músculos, tomaba un café, y descubría que su vida no la había dejado sola, que aún estaba ahí, acechándola, reclamando su atención y su acción.

Las fotos de Jonathan con esa mujer... Ni siquiera le interesaba saber si eran de antes o después de haberle conocido.

No debían de ser de antes...

Desde un primer momento había sabido que aquellos mensajes multimedia eran obra de Doriana. ¿Pero cómo podía ser que Jonathan no hubiera descubierto el engaño? ¿Realmente había sido embaucado Jonathan por Doriana?

¿Sabía con quién se estaba acostando?

Porque era perfectamente posible que Jonathan estuviera saliendo con las dos...

Un ansia de no saber, de no enterarse, le mordió las entrañas.

Los empleados de la casa respiraron de alivio cuando fueron enterándose de que el semblante de su empleador había cambiado al salir de su despacho, en el que se había encerrado, presumiblemente, para hablar por teléfono. La buena nueva se había propagado como la llama en un reguero de pólvora.

La desaparición casi simultánea de su mujer y del guardaespaldas solo podía haber significado un problema muy gordo, que parecía inevitable que no salpicara al resto del personal de servicio. Cualquier sospecha, cualquier atisbo de duda de que alguno de ellos podía tener cualquier grado de complicidad en una historia que era claramente de adulterio no podía derivar en otra cosa que en un despido fulminante. El austríaco se había comportado casi como un papanatas todos esos días, pero aquello era desalentador y peligroso.

No había nada más indeseable que un patrón en un momento de crisis y sin saber qué era lo que quería, pero queriéndolo ya mismo.

El firmamento parecía que se estaba abriendo, que los nubarrones finalmente se desharían o se irían hacia otro lado.

La buena noticia no podía sino estar relacionada, de algún modo, con la mujer de Wolfgang. De eso estaban persuadidos todos los empleados. Posiblemente habría una reconciliación.

Pasaron un poco más de dos horas hasta que llegó Dorigana en taxi.

Los pocos empleados que estaban presentes pudieron ver cómo se encerraban ambos en uno de los salones pequeños. Wolfgang había ido personalmente a la cocina a recoger bocadillos y bebidas.

—Ya me tienes aquí —dijo Dorigana a su marido, después de sentarse.

Ninguno de los empleados pudo, ya, escuchar esta conversación. Estaban perfectamente encerrados, a prueba de miradas y oídos indiscretos.

—Ya te he pedido perdón, Dorigana, pero no tengo inconvenientes en volver a pedírtelo.

Dorigana paladeaba la victoria con morosidad.

—Has dudado de mí. Me has tratado peor que a una prostituta. Tú sabes que yo no he sido nunca una santa, jamás te lo oculté, pero nunca te he sido infiel. Ni siquiera lo he pensado...

—Solo puedo decir que lo siento —Wolfgang intentó tomar una mano de su mujer entre las suyas. Dorigana le rehuyó.

—Estoy hambrienta... —dijo Dorigana, cambiando de conversación.

—Comamos entonces —contestó Wolfgang, acercando algunos platos a su mujer. Después continuó hablando—. Esta experiencia tiene que servirnos para hacernos más fuertes y poder confiar el uno en el otro.

—Yo siempre he confiado en ti. No soy yo la que necesita mejorar en eso.

—Me he vuelto loco de celos. A veces pienso que soy demasiado afortunado en tenerte.

Doriana le miró ocultando su desprecio.

Sin decir palabra, le otorgó la razón.

Jonathan había acompañado a su anciana madre, después de cenar, a sentarse junto al fuego a tomar un té.

—Cuánto tiempo hacía que no estábamos así, juntos —susurró la mujer, acabando de acomodarse en el viejo y mullido sillón.

—Sí, mamá. Mucho tiempo —Jonathan tomó un sorbo de su infusión—. Mucho tiempo. Pero no ha sido responsabilidad mía.

—Oh, querido, esas son historias viejas, ya. Tu padre siempre fue muy temperamental, muy testarudo. Y tú heredaste su carácter.

—Lo siento mamá.

—No te preocupes. Lamento que no hayáis podido arreglar vuestras diferencias. Ahora ya es tarde —la anciana se llevó una mano a la cara, pero se recompuso rápidamente. No quería llorar frente a su hijo. Le sonrió—. Supongo que habrá que esperar a que os recompongáis cuando el Señor se decida a juntaros.

—No pienses en eso.

La madre intentó volver a sonreírle, pero esta vez le fallaron las fuerzas. Escondió el rostro tras la taza de té, simulando que bebía.

—Ahora tendré que solucionar el problema de la gestión de las empresas de tu padre —la taza y el platillo entrechocaron en las manos de la anciana como un castañeteo de dientes—. Cornelius siempre ha llevado sus negocios personalmente, y siempre ha sabido hacerlo bien. Pero nunca quiso que yo me inmiscuyera en ellos.

—Lo sé, mamá.

—Creo que lo mejor será vender la mayoría de las empresas —tuvo un momento de duda—, y las que queden dejarlas en manos de administradores.

Jonathan vio que su madre le escrutaba el rostro, indecisa.

—Porque yo no tengo ni idea de esas cosas —continuó diciendo la

madre.

—Dime, mamá, qué necesitas.

—Jonathan, yo sé que tú tienes tu vida. Y lo respeto. Pero ya me ves, yo soy una anciana y me fallan las fuerzas. No me siento capaz de llevar las riendas del legado de tu padre.

—¿Y los administradores?

—Tú sabes qué clase de gente atraía tu padre. Solamente él sabía manejarlos. Si dejo todo en manos de sus administradores, de sus abogados, en unos años se habrán quedado con todo.

Jonathan percibió que la angustia de su madre era algo casi visible, absolutamente material, como un abrigo que debiera ponerse en un día muy caluroso.

—Mamá... —Jonathan se dio cuenta de que no tenía opción, que la sangre le llamaba—. Tranquila, me haré cargo de todo.

2.º parte

Capítulo 1

Habían pasado algunos meses desde que Jonathan aceptara la petición de su madre. Si bien no tenía gran experiencia en el mundo de los negocios, había descubierto que los instintos desarrollados en años de jugarse el cuello en mil y una profesiones diferentes, a cual más peligrosa y enloquecida, eran la mejor herramienta que podía haber soñado en aquella faena.

No habría sido capaz de llevar la cuenta de las innumerables veces que habían intentado engañarle, confundirle, incluso estafarle.

Le había costado un esfuerzo monumental, pero finalmente había podido cambiar el equipo más cercano, que venía de la época de su padre, por uno en el cual podía confiar, aunque fuera mínimamente.

El secreto de cómo había sabido gestionar aquel variopinto hatajo de sinvergüenzas, y hacerlo con tanto éxito, era algo que su padre se había llevado a la tumba.

Jonathan no sentía ningún deseo de repetir las prácticas de su padre.

El trabajo había sido agotador. Las primeras semanas había sentido varias veces que estaba superando el límite de sus fuerzas, lo cual era una sensación nueva, y que no había experimentado incluso en los momentos más duros de su vida como soldado o deportista.

Pero peor era el desaliento que le embargaba, anulándole, al llegar la hora de acostarse en una cama que parecía congelada, un trozo del Ártico llevado directamente a su dormitorio. Y eso era lo que sentía incluso con una óptima climatización, porque sus sensaciones nada tenían que ver con la temperatura ambiente. El frío de sus sábanas solo era comparable con la abrasadora gelidez que pesaba en su corazón si le permitía que dominara el paso de sus horas.

El recuerdo de Verónica se cebaba de sus horas de vigilia como una herida que, de tanto padecerla, acaba volviéndose en algo insensible.

De todos modos, la pena le servía de combustible para la actividad diaria. Y también los ataques de celos, que sentía acechar en los rincones de su alma, dispuestos a tomar su parte en el festín para fieras que se habían convertido sus sentimientos.

Jonathan sentía que los celos, infundados pero alimentados de sí mismos con un ansia caníbal, crecían dentro de su pecho, y acababan siendo tan grandes como el infierno. Su propio infierno...

En esos momentos acababa riéndose de su irracionalidad, de su poco sentido de la justicia cuando de Verónica se trataba.

Sabía que sus celos no eran más que la tapadera en la que escondía su enorme culpa por haberla traicionado.

«¿Con quién estará?» pensaba «¿por qué no acepta hablar conmigo?».

—Esta noche volveré a casa —avisó Wolfgang por teléfono, hablando con un empleado.

—Muy bien, señor. Estará todo dispuesto para su llegada.

—Cenaremos fuera. Avíselo a mi mujer.

—Como usted ordene, señor.

Wolfgang colgó el teléfono y en seguida tomó entre sus dedos una de sus orejas, acariciándola ásperamente.

Miró a través de las minúsculas ventanillas de su jet privado. Volaban aún por encima de las nubes, arboladas cerca del horizonte.

Lentamente, la vida de Wolfgang había vuelto a sus cauces normales. Seguía viajando mucho, atendiendo a sus negocios desperdigados por todo el mundo. Su mujer, después de algunas semanas de relativa tranquilidad, había vuelto a tomarse libertades con las que no estaba nada conforme, aunque no parecía que fuera el momento de plantear ese tipo de temas con ella.

Doriana parecía muy feliz, como si hubiera resuelto algún asunto, o hubiera tenido un golpe de suerte.

Wolfgang, cuando la miraba, observaba sus gestos, y evidentemente había una sensación de logro alcanzado en todo lo que hacía, en cada actitud.

Muy bien, si se sentía victoriosa, bien por ella.

Las nubes estaban cada vez más rojizas y densas. Acabó de tomar una taza de café que había dejado olvidada en su mesilla mientras hablaba por teléfono, y pidió otra a la azafata.

Había dejado de tomar tanto alcohol como en los últimos tiempos. Lentamente, su piel dejaba de estarse tirante sobre su cuerpo, que sentía menos prieto. Incluso, se encontraba con más energía.

Tuvo tiempo aún de atender algunas llamadas más, todas de trabajo, y de estudiar someramente algunos documentos.

Aterrizaron después de que el sol se posara.

El nuevo conductor, un hombre obeso, calvo y que bordeaba la cincuentena, le esperaba ya junto al coche, con la puerta abierta.

Subió al vehículo y en seguida se pusieron en movimiento.

Aprovechó el viaje para comprobar en el ordenador portátil los últimos movimientos de algunas de sus cuentas bancarias.

Le llamó la atención una extraña transferencia realizada unas semanas antes. Era de una de las tantas joyerías a las que habitualmente iba. El concepto era «error de facturación».

La cantidad no era excesiva, pero lo mejor sería ir personalmente a hablar con el propietario, a quien conocía desde hacía un tiempo y que le parecía una persona correcta y agradable. Sí, aprovecharía algún momento libre y se pasaría unos minutos por allí.

Al llegar a la casa comprobó que su mujer estaba especialmente hermosa. Estaba claro que se había arreglado para él.

—Cariño, te estaba esperando —le saludó Doriana, besándolo en los labios.

—Ha sido un viaje agotador —respondió Wolfgang.

El perfume y la frescura de la piel se desprendían del cuerpo de Doriana en oleadas que embriagaban al austríaco.

Doriana cogió su diminuto bolso. Wolfgang se embebió de sus movimientos.

—Estás radiante, mi amor —dijo el austríaco—. Nunca dejo de pensar que cada vez que te veo estás más hermosa que la vez anterior.

Doriana sonrió como podría hacerlo una mariposa o una flor, si tuvieran la posibilidad de hacerlo.

—Me tienes muy engreída —Doriana pasó sus dedos levemente por la barbilla de Wolfgang, atrapando su mano para evitar la desagradable visión del austríaco maltratándose tontamente a sí mismo.

—Salgamos ya mismo, o temo que si no nos acostaremos sin cenar.

Doriana acentuó su sonrisa, aunque pensaba mientras tanto que su marido no tenía ninguna gracia. Y que esa característica se acentuaba, especialmente, cuando estaba de mejor humor.

Wolfgang, en ese momento, ya había olvidado completamente el asunto de la devolución de la joyería.

Capítulo 2

El aire estaba límpido como solo lo están los días muy fríos y muy secos. El sol brillaba, intensísimo, pero no llegaba a calentar una atmósfera de cielo límpido y de color celeste profundo, casi azul. Parecía como que la ausencia de nubes propiciara que el calor de la tierra y del aire se escaparan al espacio, para ya no volver.

No había pájaros en las ramas de los árboles, peladas por el rigor del invierno. Cuando el viento las remecía, cubiertas de escarcha como estaban, podía imaginarse que un sonido de copas de cristal entrechocando entre sí debería poder distinguirse con claridad.

Era un extraño día de víspera de Navidad. No había llovido ni nevado toda esa semana, y el cielo nunca había estado encapotado desde hacía casi dos.

La enorme chimenea del salón quemaba toda la madera que permitía su capacidad, y los chasquidos y crujidos de las brasas hacían un contrapunto delicado, aunque desconcertante, con la música clásica —una selección de cuartetos de cuerdas de Mozart— que la viuda del coronel Cornelius Bradstreet había elegido para la ocasión.

Jonathan, semihundido en uno de los antiguos e increíblemente mullidos sillones de su madre, en medio de la placidez y la tibieza del salón, se sentía la viva imagen de la falla de San Andrés momentos antes de un terremoto.

No estaba hecho para la vida sencilla.

Ni para la tranquilidad de una tarde junto al fuego...

Del mismo modo que había extrañado el peligro y la incertidumbre de su vida aventurera cuando había aceptado su primer trabajo de guardaespaldas casi sin peligro, como era serlo para empresarios anónimos, y como después había echado en falta incluso esa pequeña dosis de tensión nerviosa que le ocasionaban los desplazamientos y la siempre presente, aunque escasa, posibilidad de un intento de robo o un secuestro, ahora descubría que, con la misma intensidad, no podía evitar la sensación de que estaba perdiéndose algo aquella tarde sin estrés, sin que nadie intentara estafarlo y sin jugarse millones.

—Querido —la anciana señora estaba preocupada—. Has dejado enfriar tu té completamente.

—Oh, sí —Jonathan parecía que acababa de despertar de un sueño

profundo, aunque no reparador—. Todavía está tibio.

—¿Cómo te encuentras, hijo? Desde hace unos días que no te veo muy bien, pero hoy verdaderamente me estás inquietando.

—Estaba pensando en mi vida. Pero no quisiera que lo tomaras como un reproche, no tiene nada que ver con mi vuelta a casa.

—Siempre has hecho lo que has querido, y siempre me ha parecido bien.

—Lo sé, mamá.

—Pero tu preocupación no tiene nada que ver con esto, ¿verdad? Por lo menos, no totalmente.

—Yo... —qué complicado era ocultarle nada a su madre—. He tenido una relación antes de venir. No ha sido muy larga, pero sí muy intensa.

—¿Habéis reñido? —la anciana señora no podía reprimir una sonrisa delante de su hijo, como si aún fuera un niño pequeño y le estuviera contando alguna travesura.

—Sí. Creo que es definitivo.

—¿Tan grave ha sido?

—Bastante grave, sí. He traicionado su confianza, y estoy seguro de que no me lo ha perdonado.

—¿Le has sido infiel?

—Pues... —¿cómo explicarlo?—. Sí y no.

—Querido —la madre había acentuado su sonrisa; en su mirada brillaba la perplejidad—. ¿Qué quieres decir con que «sí y no»? ¿Cómo puede ser eso?

—Es una historia complicada. Una perversidad.

La madre guardó silencio, esperando a que su hijo continuara. Jonathan esperó unos segundos, ordenando sus ideas y la forma de expresarlas, hasta que volvió a hablar:

—Estuve saliendo con una mujer que se llama Verónica. Le fui infiel sin saberlo, con una mujer que era absolutamente idéntica a ella, y que me engañó con el único fin de poder mostrárselo y así vengarse de ella, porque no quiso dejarse utilizar.

—Lo que me cuentas parece increíble.

—A partir de ese momento, Verónica no volvió a querer saber más de mí.

—¿Has intentado comunicarte con ella?

—Sí, muchas veces. Nunca he podido.

—¿Y qué piensas hacer?

—No lo sé. Aquí estoy tan ocupado que casi no tengo tiempo para pensar en otra cosa, pero... —Jonathan no pudo seguir hablando.

—Tranquilo, hijo —la anciana señora sentía cómo se le humedecían sus propios ojos viendo la cansada y dolida mirada de Jonathan.

—Yo no sé ni qué pensar de mí mismo —Jonathan había recuperado el dominio de sí mismo—. No sé si debí descubrir el engaño, o si en el fondo no lo quise ver.

La expresión de Jonathan reflejaba sus dudas y su confusión.

—Tú eres un hombre bueno —dijo sencillamente la madre.

Jonathan sonrió francamente. Después se levantó para besar en la frente a la anciana.

—Yo creo que deberías intentar llamarla —continuó hablando la madre—. O mejor aún: deberías viajar para verla personalmente. Ahora, durante las fiestas de Navidad y Fin de Año, la actividad se ralentiza.

—No puedo dejarte sola justo en este momento. No las primeras fiestas que pasaremos sin papá.

—Oh, Jonathan, por mí no te preocupes.

—Ni se me ocurriría hacerlo —Jonathan admiraba la generosidad de su madre—. Viajaré, pero después de las fiestas. Me daré esta última oportunidad.

—Perfecto, hijo, como prefieras —la señora dejó la taza de té, vacía ya desde hacía más de media hora entre sus manos, sobre la mesita. Un suspiro hondo y desgarrado cortó su discurso al medio—. Ahora, si quieres, deberíamos ir a ver cómo están los preparativos para la cena de Navidad. Intentemos pasarlo lo mejor que las circunstancias nos dejen.

La tienda era pequeña, aunque estaba muy bien ubicada. Maggie y Antonietta habían sido despedidas el mismo día en que Jean-Loup comunicaba a Verónica su decisión definitiva acerca de su permanencia como empleada y encargada de su joyería, y también habían aprovechado, como ésta, la situación como un punto de partida hacia un nuevo proyecto.

Las cuentas aún no cerraban.

Aunque no se resignaban a perder las esperanzas.

¿O sí?...

Habían descubierto, casi en seguida, que estaban sobrecualificadas para el tipo de clientela que las iba visitando. Además, tampoco lograban

terminar de encajar sus visiones acerca de la atención al cliente al día a día. Estaban demasiado acostumbradas a trabajar con multimillonarios que no miraban los precios y que nunca creaban problemas; su público actual distaba enormemente de ese perfil, y había que ganarlo y conservarlo con uñas y dientes.

¿Se estaban yendo a la ruina?

Cualquier respuesta habría sido prematura.

Lo que veían como indiscutible era que habían apostado muy fuerte. Quizás demasiado. Habían puesto en juego casi todos sus ahorros en aquel proyecto.

¿Pero qué otra cosa podían hacer? Jean-Loup, de la forma en que las había despedido, les había cerrado las puertas de cualquier otra tienda del mismo nivel. ¿Cómo podían justificar tantos años de trabajo para un mismo empleador y aquel despido fulminante y sin carta de recomendación ante un posible jefe que, lo tenían claro, comprobaría con lupa todos sus antecedentes personales y profesionales antes de contratarlas?

Definitivamente, no habían tenido otra salida más que el autoempleo. O eso, o rebajarse a trabajar en cualquier tienducha por el salario mínimo, o poco más.

—¿Has acabado el último balance? —preguntó Maggie a su compañera.

Afuera, la gente pasaba...

—Estoy terminando —contestó Antonietta, centrada su atención en el ordenador.

Ese día habían atendido a cuatro personas, pero solo una había comprado un pequeño anillo de oro y aguamarina.

—De acuerdo.

Pasaron unos minutos de silencio y quietud.

—Las cuentas no cierran —concluyó Antonietta echándose hacia atrás, como si quisiera escabullirse de los guarismos de la pantalla.

—¿No?... —preguntó, ociosa y cansada, Maggie. Hacía ya bastante tiempo que sus conversaciones tenían esa naturaleza críptica y poco más que monosilábicas.

—No —confirmó Antonietta, concentrando su atención en el cuidado de sus uñas delicadas como pétalos de jazmines.

Después de un instante que se eternizó, Maggie inquirió, como quien sabe que está emitiendo la pregunta más retórica de la historia:

—¿Y ahora qué haremos?...

—Muy bien, perfecto. Pero por favor, que no haya más demoras — pidió Verónica, antes de cortar, al encargado de una pequeña empresa de reformas a la que había contratado para poner a punto la oficina que acababa de comprar.

El volumen de operaciones la había desbordado hacía varias semanas, y aunque al principio había estado muy reacia al cambio —a más cambios... —, al final había tenido que aceptar que era el momento de ampliar las perspectivas de su nueva ocupación. La adquisición de una oficina, con la posibilidad de contratar un pequeño grupo de ayudantes a quienes confiar un porcentaje pequeño pero significativo de sus actuaciones, había sido algo que le había impuesto la certeza de que si no tomaba algunas decisiones, su propio éxito, convertido en un monstruo inmanejable y voraz, acabaría llevándola al fracaso.

La visita a la oficina había sido utilísima para comprobar de primera mano cómo iba la evolución del importante lavado de cara que requería antes de habilitarla como su nuevo lugar de trabajo.

Todo marchaba bien: para ser más precisos, marchaba bien cuando se ponía ella misma a marcar el ritmo...

Había tenido que discutir con operarios, capataces, encargados y propietarios. Había exigido cambios de materiales. Había prohibido la entrada a algunos indeseables. Había mandado a rehacer algunos trabajos ya hechos. Se había negado a pagar otros trabajos hasta que no hubieron solucionado los problemas que ellos mismos habían ocasionado. Y siempre se había sentido viva y dueña de su destino.

Porque así funcionaba...

Aún debía seguir formándose, pero eso era algo de lo que ya había empezado a ocuparse. Y la contratación del personal. Y el mobiliario...

—¿Hola? —contestó a quien le llamaba al móvil.

—Somos de la empresa de cerramientos. Que hoy no va a poder pasar el operario...

Verónica se enfrascó en otra discusión. Menudos impresentables...

Definitivamente, aquello era lo que necesitaba.

Se sentía viva...

Capítulo 3

Habían pasado las Fiestas en una más que apacible isla del Caribe, con una temperatura que nunca bajó de los 20º, ni siquiera de noche.

El hotel era un remanso de civilización en medio de la naturaleza más salvaje, más impenetrable, y el brillo de sus 5 estrellas solo se veía empalidecido por la ebullición estelar que henchía los cielos nocturnos. La Vía Láctea se desmigajaba como una veta en el mármol en medio de la oscuridad absoluta y de los infinitos puntos brillantes de las estrellas, durante la noche, pero en cuanto salía el sol todo se trastocaba en celeste nítido, profundo pero transparente, y apenas alguna nube, cuando la había.

Aquellos días habían sido un remanso de paz y de placer en medio de tantos pesares que habían pasado.

¿O no era así?

La atención del personal había sido estupenda, discreta, profesional. La comida había sido magnífica. El clima de ensueño...

Doriana estaba más bella que nunca...

¿No había sido una escapada formidable? ¿No se acordaría toda su vida, seguramente, de aquellos días en el Paraíso?

Había sido reparador desconectarse del mundo, apagar los teléfonos móviles, no abrir el ordenador portátil ni mirar los noticieros. Sus mayores preocupaciones aquellos días habían pasado por decidir los zumos de qué frutas tomaría con el desayuno, o con qué mermelada —unos dulces de frutas de colores majestuosos y exuberantes— untaría las tostadas.

¿Qué podía haber faltado?

¿Qué podría haber salido mejor?

Nada...

O quizás...

Las malditas dudas, la condenada inseguridad. Doriana se había comportado maravillosamente. Había sido cariñosa, elegante, sofisticada. ¿Qué podía reprocharle?

¿Por qué había puesto esa expresión, Doriana, mientras desenvolvía su regalo de Navidad, había visto el emblema dorado de la joyería, «Jean-Loup's», y una sombra de duda y suspicacia se había cruzado por su rostro un instante, el que le tomó volver a dominarse a sí misma.

—¿Te gusta? —le había preguntado.

—Sí, es precioso —le había contestado Doriana, sin poder quitar la

vista del envoltorio sino después de lo que le pareció un esfuerzo de voluntad.

Doriana se había colocado de espaldas, mirándose al espejo mientras se probaba el obsequio, un lujoso y exquisito conjunto de collar y pendientes.

Mientras su mujer inspeccionaba su reflejo, crítica aunque halagada ante el resultado, Wolfgang no podía menos que perseguir su mirada ondulante sobre el color acanelado de su piel. Doriana había accionado con habilidad, ya que había podido ocultar su rostro a su marido sin que nadie pudiera acusarla de hacerlo intencionalmente. Un observador externo solo habría visto una mujer admirándose en un espejo. Y tenía motivos para hacerlo: los brillantes destacaban entre los senos apenas cubiertos por un escote amplio y volado con la contundencia y seducción estremecedora de la melodía de un violín solista durante un concierto.

Después de un lapso que podía haber sido infinito, embebiéndose de la suavidad de cada curva del cuerpo de su mujer, Wolfgang volvió a subir sus ojos hasta cruzarlos con los de ella, que le miraba divertida a través de sus pestañas largas hasta el desaliento.

Wolfgang no había podido volver a esconder y tapar sus dudas bajo el peso de la atracción irresistible que sentía por Doriana, aquella vez, y como siempre.

Pero Doriana, que manejaba prácticamente todos los hilos de su vida privada, ya, tenía un terreno que todavía le era vedado, y era el de su estado de más absoluto agotamiento. Doriana podía seducirle, amarle, exigirle, y cuando le agotaba, cuando sentía que su extenuación era lo más parecido a la muerte, ese era el momento en que Wolfgang podía volver a ordenar sus ideas y su recelo. En los instantes en que sentía que no podía hacer más que respirar y mirar el techo, boca arriba, mientras sabía que su mujer estaba acostada a su lado fresca aún, llena de energía, increíblemente joven, era cuando la lucha por no acabar de quedarse dormido, asumiendo su derrota en ello y su irremediable entrada en los prolegómenos de la vejez, disparaba su pensamiento

Las imágenes de Doriana, como una joya más junto a los brillantes recién obsequiados y las imágenes de sus miradas furtivas de hirviente incertidumbre al enfrentarse con esas mismas joyas eran un cóctel que no podía tomarse frío ni caliente.

Y la mezcla excesiva se emulsionaba en sus pensamientos como una mayonesa que está a punto de cortarse...

Porque era claro que, de alguna manera, aquella extraña transferencia

bancaria, ¿cómo era? ¿«error de facturación»? que había efectuado la joyería hacia su cuenta tenía que ver con todo eso.

Debería haber ido a hablar con Jean-Loup, el joyero.

Demasiado sabía, por experiencia profesional sobre todo, que las huidas hacia delante a la larga eran un arrojarse al abismo.

¿Y dónde estaba Doriana en aquel momento?

Con una mueca de fastidio, recordó que su mujer no vendría hasta dentro de poco más de una hora: había ido a una clase de Capoeira —o de merengue, o de limbo, aquel baile que consistía en pasar por debajo de un bastón ubicado cada vez más cerca del suelo, sin dejar de moverse, ¿qué más daba?—. Los instructores parecían encantados de transmitirle sus conocimientos a Doriana, una alumna que, evidentemente, no podía ser más entusiasta.

Un dolor de cabeza punzante le taladraba las sienes en aquel momento.

Vació su copa de coñac de un trago, y volvió a servirse dos medidas bien cargadas.

Volvió a preguntarse a qué hora volverían a encontrarse con su mujer. ¿Dónde debían encontrarse? ¿En la habitación o en otro lado? Doriana se había probado su nuevo obsequio, y había sabido escabullirse, dejándole solo. Habían quedado en que después se encontrarían. ¿Pero dónde?

No lo recordaba.

Dejó la copa, vengativo, sobre una mesita. Decidió ir a tomar un poco de aire. No era mala idea tomarse otra copa en una de las terrazas. Verdaderamente, no era nada mala...

A escasos metros de Wolfgang, aunque éste no podía saberlo, Doriana disfrutaba de un masaje que el monitor de bailes latinos le estaba practicando, después de la hora de finalización de la clase. Se había quejado de dolores en la cintura y los muslos.

—Relájate, chica, relájate —le decía el monitor con su acento caribeño y levemente disfónico—. Esos músculos están muy tensos. Muy tensos...

Las Fiestas habían acabado tan tristes como habían llegado, en casa de Jonathan. El invierno estaba siendo excepcionalmente frío y la nieve caída se compactaba hasta endurecerse tanto como el hielo, sobre los jardines de la mansión familiar. Incluso las plantas más resistentes a los rigores hivernales acusaban el impacto claramente de los días extremos que habían debido

soportar. Bajo el blanco apenas grisáceo de la nieve que recargaba sus ramas, doblándola como si fueran juncos, el poco verde que podía entreverse aparecía apagado y ceniciento. El cielo nocturno, excepcionalmente límpido de nubes, parecía dejar caer sobre la tierra la más extrema gelidez agazapada en el espacio exterior.

A pesar de su propósito de salir del país para hablar personalmente con Verónica, el peso plúmbeo de sus renovadas obligaciones le habían imposibilitado de hacerse con el hueco de algunos días para tal empeño.

Jonathan había acusado el impacto de la vuelta a la actividad; la adrenalina había inundado su cuerpo violentamente en cuanto había salido para las oficinas, como si hubiera tomado varias bebidas energéticas de un golpe.

Nada que pudiera con él, de todos modos. Además, y lo sabía perfectamente, vivía de las emociones violentas, las necesitaba casi desde el día de su nacimiento.

De todos modos, para lo que no estaba preparado era para la sorpresa que le aguardaba. Por motivos estrictamente comerciales, debía realizar un viaje relámpago a un lugar que conocía muy bien. Bajaría del aeropuerto y no le separarían de Verónica más que unos pocos kilómetros y una distancia que se le antojaba aún más importante que cualquier otra: la decisión que debería tomar de ir a verla.

Si tenía el valor...

Los teléfonos no paraban de recibir y emitir llamadas. Verónica se había reservado un pequeño despacho que le servía mucho más de refugio para tomarse algún descanso de un par de minutos, que de área de trabajo. Su presencia directiva era imprescindible para que el negocio marchara, y no porque el personal a su cargo tuviera ninguna deficiencia, sino porque su olfato para las inversiones parecía afilarse por momentos, a ojos vistas. Varios de sus empleados, personas curtidas en los negocios bursátiles, se mostraban sinceramente sorprendidos por sus dotes empresariales.

Tomaba hectolitros de café, a todas horas. Pero se veía en cualquier espejo, y se veía magnífica. Ni rastros de ojeras, ni de bolsas bajo los ojos. Nada. Tampoco sentía dolores en las articulaciones, ni en las piernas, ni sentía pesadez a la hora de acostarse. Dormía estupendamente. Estaba de buen humor a todas horas.

¡Cómo podía ser posible!

Sentía que su cuerpo se abarrotaba de hormonas energizantes desde el mismo momento que se levantaba, a la mañana muy temprano, mientras su cerebro, como si hubiera un interruptor que se activara siempre en un horario fijo, regulado, se agitaba con decisiones e ideas como si contuviera dentro de sí mismo una pequeña y controlada tormenta, un huracán.

Estaba completamente volcada en su trabajo.

Pero a la noche...

Lo que pudiera pasar durante la noche, no importaba. No debía importar, mejor dicho. ¿Qué importaba su soledad, su tristeza? ¿En qué podía beneficiarla? ¿Es que acaso sus negocios funcionarían mejor si, al despertarse cada mañana, aceptaba que las pequeñas, casi imperceptibles arrugas que iban formándose sobre las comisuras de sus labios, eran el reflejo, el síntoma de una amargura que crecía dentro de su corazón, como un sentimiento de fracaso, o peor aún, de falsedad?

¡De falsedad, no!

No podía ser de falsedad. Había tomado sus decisiones. Había sido consecuente. ¿Qué falsedad había en aquello?

Dejar de pensar en Jonathan no era cobardía. Por supuesto que no. ¿O es que acaso debía compadecerse de su suerte hasta el último de sus días?

Aquello no iba bien. Estaba acabando la pelea y podía sentir el dolor del castigo recibido en todo el cuerpo, y concentrado especialmente en el cuello y la cabeza, que le latían sordamente. Cada vez que acababa un round le costaba ubicarse, saber hacia dónde debía ir para poder sentarse en su rincón. ¿Y dónde estaban sus ayudantes? ¿Dónde estaba el viejo Joe, que mientras le secaba la cara y le refregaba la toalla le despertaba con su espantoso aliento, cuyo hedor era más fuerte que un algodón empapado en amoníaco? Debía buscar su banquillo para poder orientarse. Nadie le alentaba, nadie le daba de beber, nadie le reanimaba dándole indicaciones o preguntándole por qué estaba peleando como una niña hasta sentir que la sangre volvía a correrle y a bullir dentro de sus venas. El combate seguía su curso, implacable, y los finales de los descansos le caían encima sin siquiera poder haber recuperado el aliento o cargado los puños de ira. Los puntos se iban acumulando a favor del contrario, que le estaba dando una verdadera paliza. ¿Dónde estaba su entrenador, su cuello rojo, irritado por el afeitado, cubierto de venas mientras le gritaba indicaciones hasta escupirle en su vehemencia? El contrario sí que tenía un rincón como Dios manda. Su entrenador y dos ayudantes. Le

masajeaban, le daban agua, le reanimaban, le aireaba, ponían a prueba su resistencia mental hasta el límite, justo donde debía estar para volver a pararse y salir a intentar matarle a golpes. Porque de eso se trataba. Era la única forma de ganar un combate. Sin embargo, su rincón era silencioso, parecía incluso frío, a pesar del vapor de agua y las luces. Así no podía ganar. Así no. ¿Dónde estaba su apoyo? El rival ya se estaba levantando y todavía faltaban diez o quince segundos para el toque de la campana. En aquel ring gritaba todo el mundo, el público, su contrincante y su rincón, el árbitro, los periodistas y fotógrafos. Todos, menos su rincón. Y tenía sed, y le faltaba el aliento, y los músculos abdominales necesitaban urgentemente que alguien tirara del elástico de su pantaloncillo para poder recuperar el aliento, y el cuello necesitaba que lo sobaran con vaselina para desentumecerse. Allí no había nadie. La campana volvió a sonar, como una carcajada. Aquello debía acabar. Cogió su toalla, y la arrojó dentro del cuadrilátero. La vio precipitándose hasta la lona mugrienta como una paloma herida que pugna volar con un ala rota.

Se despertó bañado en sudor pestilente, como si se hubiera acostado la noche anterior sin haberse pegado una ducha. Aún le pareció que la toalla, manchada por su sangre, seguía cayendo frente a sus ojos dentro de su cuarto perfectamente cerrado. Se restregó los ojos, incorporándose en el lecho, hasta que la alucinación desapareció.

El despertador seguía sonando en la mesita de noche. Jonathan lo apagó de un golpe: el sonido era francamente desagradable, ¿a quién se le podía haber ocurrido componer aquella cacofonía atonal, peor que la risa de un demonio, para despertarle a uno por la mañana? Se lo pensó un momento, y decidió arrojarlo a la papelera.

Se levantó, dejando los lienzos por el suelo. El parqué de su habitación estaba cálido, como siempre, y disfrutó de la experiencia casi higiénica de caminar descalzo hasta el baño, cuyas lozas tampoco estaban frías.

Abrió el grifo de la ducha y se afeitó mientras se bañaba. Salió de la bañera sintiéndose mucho mejor. El cuarto conservaba el acre olor de su sudor, que no era a suciedad, sino a miedo. «Hacía mucho tiempo, años, que no podía sentir mi propio olor miedo» se dijo Jonathan, mientras abría una rendija de la ventana, lo suficiente para airear la habitación sin enfriarla.

Salió de su habitación, ordenando al primer empleado de la casa con el que se cruzó que su habitación fuera bien aireada, y que se restituyera el

reloj despertador por uno nuevo.

A medida que seguía despertándose, distintos fragmentos del sueño iban siendo recuperados de entre las brumas de su memoria, encajándose como un puzle.

Pidió a su mayordomo que le trajeran una taza de café apenas cortada con un poco de leche tibia, acompañada con tostadas con aceite de oliva, una costumbre que había adquirido cuando trabajaba en Europa.

«Menuda pesadilla» pensaba, mientras iba ingiriendo su desayuno, sin prisas. El recuerdo del variopinto equipo que le acompañaba mientras duró su carrera como boxeador —hasta que se aburrió, hasta que prefirió probar suerte en otro deporte de combate, incluso más brutal—, le arrancó una sonrisa, seguramente la primera de aquel día, o de la semana entera. «Menuda panda, aquella». Lo que estaba claro, era que todos sabían, y muy bien, hacer su trabajo. Se había retirado invicto en casi treinta peleas, y si no había luchado por el título nacional, había sido, sencillamente, porque había abandonado antes de que le otorgaran la oportunidad. El cabreo de su entrenador había sido monumental, digno de ser filmado, pero no había conseguido torcerle la voluntad. El viejo Joe, dándole un abrazo el día que anunció que ya no entrenaría más allí, le había asfixiado como nunca antes con su aliento pútrido, mientras lloraba explicándole lo loco que se había vuelto, la oportunidad que estaba desperdiciando, y a qué lugar falto de salubridad debía irse por abandonarles de esa manera.

Capítulo 4

—Muy bien, señor Radszuweit, así está muy bien —el fotógrafo sostenía una cámara en forma de cubo, a la altura de las caderas. Se encorbaba, mirando por el visor superior, y su cuerpo delgadísimo parecía una marioneta pésimamente operada. Sin embargo, el artista sabía dirigir los cuerpos de sus fotografiados con profesionalidad e inspiración.

Wolfgang Radszuweit se sentía cómodo dejándose dirigir por aquel fotógrafo.

Era relajante dejarse llevar de aquella manera.

Y su mujer, posando a su lado, estaba radiante.

La sesión de fotos era para ilustrar una nota acerca de los hombres más adinerados de Europa. Alguna de aquellas revistas casi absurdas que, cada cierto tiempo, fastidiaban su intimidad. Eran un incordio, pero fascinaban a Dorian.

—Relájate, cariño —le susurró Dorian, cogiendo su brazo con las dos manos, mientras ensayaba una pose que en seguida había recibido el beneplácito del fotógrafo:

—¡Magnífica! ¡Qué garbo!

Wolfgang no pudo evitar el dedicar un enésimo vistazo de arriba abajo al fotógrafo, que llevaba pantalones verdes y una estrafalaria camisa amarilla con unas especies de remiendos que añadían aquí y allá unos toques de colores chillones. Por no hablar de la concienzudamente alborotada mata de pelo que adornaba su cabeza y que añadía un palmo y medio a su altura.

No, no era nada elegante aquel sujeto. Vaya que no. Y resultaba irónico que pareciera rendir la más enérgica de las pleitesías a la elegancia ajena.

—Cielo, relájate... —insistió Dorian, adoptando una nueva postura.

—Estoy relajado, Dorian —contestó Wolfgang, poniéndose algo más derecho y mirándola a la cara.

—No, no, así no —la voz del fotógrafo tenía un leve tinte de irritación administrada profesionalmente—. Los dos estáis estupendos, pero por favor, naturalidad, ¡naturalidad!

Wolfgang sintió las manos de su mujer recorriendo su antebrazo; en seguida recuperó algo de la sensación de bienestar que había tenido hasta hacía unos minutos.

—Así, así estáis muy bien, ahora sí. Estupendo.

Definitivamente, Dorian podía manipularle a su antojo, o al menos

eso parecía.

Después del breve lapso de incertidumbre, el fotógrafo había vuelto a pulsar el disparador de su cámara a una velocidad de vértigo, agotando varios carretes sin solución de continuidad. Un ayudante recogía los rollos usados y le pasaba los nuevos, que el fotógrafo introducía en el aparato en forma automática, sin necesidad de mirar lo que hacía.

Aquella era la última de las sesiones de fotos. Se habían retratado en algunas de las estancias y jardines de la mansión y también en exteriores, y estaban completando las fotografías de estudio, imprescindibles para el reportaje. Habían sido algunas horas de trabajo en los que Wolfgang había debido confiar en sus secretarios y asistentes, quienes se encargaron de sus teléfonos móviles y su ordenador portátil. Todo había sido organizado para poder contar con una isla de tranquilidad, de todos modos.

—Muy bien, habéis estado maravillosos. Los dos —el artista acababa de entregarle la cámara a un asistente—. Muchísimas gracias, de verdad. Ha sido un honor.

La responsable de la revista, que se había mantenido a una distancia prudente, sentada casi junto a una de las paredes del estudio, ya se había acercado.

—¿Ha salido todo bien? —la pregunta era una mera formalidad.

—Sí, estupendo, cariño —el fotógrafo contestó sin mirarla, aunque con voz afable—. Les dejo ahora. ¡Chao!

Wolfgang se quedó unos instantes observando el ondulante y desarticulado caminar del fotógrafo.

—Es un gran profesional —comentó la mujer, captando la mirada de Wolfgang.

—Oh, no lo dudo —Wolfgang contestó a la responsable de la revista mirándola fugazmente a los ojos.

—De verdad os estamos agradecidos por habernos dado la oportunidad de publicar este reportaje, que será incluido en las ediciones internacionales.

—Ha sido un placer —contestó Wolfgang—. ¿Vamos, querida?

—A mi Wolfgang lo aburren terriblemente estas actividades —Doriana sonreía pícaramente, mordiéndose la punta de la lengua con los dientes del costado de la boca.

—Os acompaño —la responsable extendió uno de sus brazos, como la anfitriona cuando despide a invitados distinguidos.

—Vamos, sí —dijo Wolfgang, en seguida—. Tengo que tomar un vuelo, y casi no tengo tiempo.

Cuando salieron de la finca, el chofer, que les esperaba junto al vehículo, se afanó en abrir las puertas traseras lo más velozmente posible. Doriana no le miró en absoluto, sin ocultar su desagrado.

Wolfgang percibió el estado de ánimo de su mujer. Aquello lo reconfortó.

Habían sido semanas de trabajo frenético. Ya era hora de que se tomara un buen descanso, y Verónica sabía que no había sitio mejor que un spa para rejuvenecer algunos años, por lo menos los que había perdido en aquellos días de trabajo en régimen de esclavitud al que había sido voluntariamente sometida.

—Un placer darle la bienvenida como nueva clienta —le había dicho la recepcionista—. Esperamos que aquí podamos cuidar de su salud tan bien como en el anterior establecimiento —había añadido, después de un recorrido visual de su cuerpo y rostro que había sido rápido, profesional.

—Oh. Es la primera vez que acudo a un spa —había contestado Verónica—. Espero que la experiencia valga la pena.

La dependienta no había podido contener un parpadeo de incredulidad, después de pegar un nuevo vistazo a Verónica, más detenido que el anterior.

Verónica lamentó que lo que acababa de decir pudiera sonar presuntuoso.

De todos modos, los remordimientos duraron hasta el mismo instante en que introdujo uno de sus pies en una de las piscinas de agua salada. Un suspiro de alivio y placer borró el contenido de su mente y de su corazón, dejándola adormecida. Podía sentir los potentes chorros de agua del hidromasaje acometer las zonas de su cuerpo que habían acumulado más tensión, y cómo ésta se desvanecía con la rapidez de un terrón de azúcar arrojado al mar.

Al cabo de unos minutos, su propia respiración, agitada y profunda, la despertó de un sueño que, no por haber durado apenas un instante, había dejado de ser profundo. Parpadeó un par de veces y se frotó los ojos quitándose unas lagañas que no podía haber acumulado en tan corto período y en un ambiente tan cálido y húmedo. Miró a su alrededor y comprobó que

estaba sola. Volvió a respirar, esta vez de alivio.

Hacía tiempo que no tenía un sueño erótico tan vívido, tan real.

Y tan perturbador...

«Tonta, más que tonta» pensó, casi deseando decírselo en voz alta, frente a un espejo. «Quítate a ese hombre de la cabeza».

Había soñado con Jonathan. Verónica, sintiendo la hinchazón de sus labios, el calor de la sangre que recorría su rostro, agolpándose en sus sienes y en torno a su boca, tuvo claro que había llegado al orgasmo si no se hubiera despertado, presumiblemente por el ruido de su propia respiración, anhelante y al borde de los gemidos.

Decidió salir del agua. Pudo sentir el contacto de sus cabellos, aplanados por el agua, acariciando su espalda hasta el nacimiento mismo de sus glúteos, como si fueran dedos finísimos que la estuvieran tanteando con timidez infinita.

Cogió la toalla para el pelo, que había dejado sobre un banco, y se la anudó en la cabeza. Al terminar de vestirse con el albornoz, suave y acogedor como si fuera de seda, volvió a sentir que podía perder el dominio sobre sí misma.

—Tú estás mal, chica —murmuró, buscándose la vista en una de las paredes espejadas.

Después de dudar unos instantes entre irse de aquel lugar ya mismo, o acabar el circuito, se decidió por lo último. No podía permitir que un «mal sueño» arruinara su estancia en el spa. Y, además, desde luego que no había sido ningún «mal sueño»...

Al cabo de una hora y media, salía del establecimiento, sintiéndose renovada. Había recibido un masaje de las expertas manos de una profesional japonesa, y después le habían aplicado multitud de cremas y lociones diseñadas específicamente para las distintas zonas de su cuerpo, tomando en cuenta su tipo de piel.

La recepcionista, al despedirla, la había saludado aun más profesional y cordialmente que a su llegada, como si de improviso, y sin que pudiera adivinar el motivo, hubiera descubierto que ella, en realidad, era una persona mucho más importante y distinguida de lo que había supuesto al verla llegar.

Era claro que, al verla aparecer, la recepcionista había bajado la vista hasta una revista que estaba leyendo, y después había vuelto a mirarla, con un detenimiento perfectamente camuflado, pero que había podido descubrir sin esfuerzo.

Al momento de pagar, aprovechó para pegarle ella también un vistazo a la revista que estaba leyendo la empleada. El ejemplar estaba vuelto, dejando a la vista solamente la contratapa, en la que había la publicidad de una marca de cosmética. Pero Verónica había sabido descubrir qué revista era, por el tamaño y el número aproximado de páginas.

Cuando salió, conduciendo su coche, del garaje del establecimiento, buscó hasta encontrar el primer kiosko con el que se cruzó. Aparcó, y mientras se acercaba al mismo, se encontró con que ella misma le sonreía desde la portada de varios ejemplares de la misma revista, mirándola a los ojos, como retándola a que le dijera algo.

Verónica agradeció que el quiosquero la atendiera sin siquiera preocuparse en mirarla en ningún momento. Las gafas de sol que tenía puestas no eran un antifaz suficientemente útil para la función de camuflar sus facciones, ininteligibles de las de la mujer que la toreaba desde la tapa de la revista que llevaba bajo el brazo.

Después de volver a sentarse a los mandos del vehículo, se decidió a desenrollar la revista de chismes que había comprado: eran Dorian y Wolfgang, qué duda cabía. Se habían reconciliado, vaya una a saber gracias a qué artimaña de aquella harpía.

Ese hombre no aprendía de sus errores...

«El exitoso empresario austríaco Wolfgang Radszuweit junto a su bella y joven esposa: «Estamos viviendo nuestra segunda Luna de Miel»», decía el titular.

Una cursilada como cualquier otra

Y falsa como una moneda de dos euros y medio...

Mientras conducía, se descubrió pensando en una versión distorsionada de aquella odiosa fotografía. Una versión con dos cambios, uno sutilísimo y difícil de captar hasta por un ojo experto, y otro evidente: la mujer de la portada había pasado a ser ella misma, y el hombre, Jonathan...

Aquella era una foto mucho más real, mucho más creíble, que la que

realmente se mostraba pomposamente ante las vanidades y envidias ajenas. Más real, incluso, tomando en cuenta que Doriana y Wolfgang efectivamente eran una pareja consolidada por un contrato de matrimonio, y su relación con Jonathan había desaparecido con la misma violencia con que había surgido.

«Jonathan es lo más real que me ha pasado nunca»

Ahuyentó aquel pensamiento con rabia e impotencia. ¿Para qué sirve tomar decisiones, si después no se puede ser consecuente?

¿O no se quiere?...

Lo que Verónica no sabía, ni podía averiguarlo en ese momento, era que Jonathan, quien acababa de arribar a la ciudad en un vuelo procedente de los Estados Unidos, estaba pasando por un proceso angustioso similar al suyo.

Todo el aeropuerto parecía tapizado por el retrato de Doriana.

Jonathan caminaba como un autómatas, inmerso en sus pensamientos y en los sentimientos encontrados que le producía esa imagen amada y odiada a un tiempo. Que aquella mujer no era Verónica, estaba claro para Jonathan; pero no podía haber mayor semejanza, ni nada que le hiciera recordar tanto a su amor perdido, fuera de Verónica misma.

—¿Señor? —el dependiente miraba fijamente a Jonathan.

—Oh, sí, disculpe —cogió la vuelta que le ofrecían, y después la bolsa de plástico con la botella de agua que acababa de comprar—. Esta revista, también.

Se había decidido sin pensarlo. Aborrecía todo lo que tuviera que ver con su antiguo empleador o con Doriana, pero no podía desaprovechar una oportunidad de estar mínimamente informado sobre su situación: podría serle útil en un futuro.

En cuanto salió por la puerta de embarque, un empleado de una de las tantas empresas familiares le abordó. Jonathan no se encontraba de humor, y se dejó conducir sin decir palabra.

Llegaron a la zona de aparcamiento, y el empleado le abrió la puerta del lujoso automóvil reservado para él.

—Que no me moleste nadie hasta que no esté disponible —dijo al conductor mientras subía al vehículo.

Se sentó, y subió el cristal espejado que le separaba del asiento del conductor. Se relajó en su asiento, y se puso a hojear la revista, mientras acababa el agua que acababa de comprar.

No había dudas de que Doriana había salido radiante en aquel reportaje. Jonathan se descubrió observándola con la misma devoción con que podría haber estado contemplando fotografías de Verónica.

¿Qué sería de su vida?

Luchando contra la tentación de volver a intentar contactar con Verónica a través del teléfono, decidió activar los móviles. En seguida sonaron ambos terminales, simultáneamente.

Jonathan se sumergió en la vorágine de trabajo, con un suspiro de alivio...

Capítulo 5

—Por hoy ya está bien.

El secretario lo miró desde detrás de sus gafas con una fatiga pésimamente disimulada. Habían trabajado durante horas. Parecía imposible que hubiera tantas cosas que solo podía arreglar personalmente, pero era, sencillamente, la verdad. Habían sido horas de trabajo incesante, intenso. Había exprimido al máximo las energías de la nube de empleados y asesores que le había acompañado en cuanto había bajado de su vehículo, hasta dejarles al borde del nocaut. Jonathan, en su fuero íntimo, agradeció una vez más, y como siempre, los años de duro entrenamiento físico y mental a los que se había sometido voluntariamente.

—Muy bien, señor.

—Mañana empezaremos a trabajar a las 8 de la mañana.

—Hasta mañana, entonces, señor Bradstreet. Que descanse.

Jonathan esperó a que sus empleados guardaran en sus portafolios los ordenadores portátiles, carpetas y demás elementos, aprovechando el tiempo para abrir una nueva botella de agua mineral, que bebió de dos tragos.

—Le espera una agenda muy apretada, señor Bradstreet —le comentó uno de sus secretarios, a modo de despedida.

—Eso espero. Tengo que aprovechar el tiempo.

—El tiempo es oro, señor Bradstreet.

Jonathan rió junto a sus empleados, y la atmósfera se distendió lo suficiente como para que el buen humor disipara, momentáneamente, el cansancio que rebosaba en los rostros de todos.

Cuando Jonathan estuvo solo en la amplísima habitación, volvió a sentarse en el mullido sillón de cuero oscuro de cinco cuerpos que presidía la sala. Apenas tuvo tiempo para estirar algo los músculos, cuando comprobó que el ambiente, que hasta hacía unos instantes había sido ocupado por una miríada de hombres en plena actividad, había quedado denso, casi desagradable. Demasiadas personas que, aunque perfectamente limpias y acicaladas, habían aportado el aroma de sus lujosos, exclusivos perfumes al aire de la estancia.

La mezcla no era agradable.

Jonathan volvió a levantarse, y abrió de par en par los ventanales. El aire fresco y ligero entró a la habitación, deshilachando cualquier traza de actividad que hubiera podido quedar allí.

En cuanto se renovó el oxígeno, Jonathan cayó en la cuenta de que, en realidad, aquel sitio seguía tan irrespirable como antes. Y no tenía que ver, en absoluto, con inexistentes malos efluvios. El lugar del cual nacía aquella insufrible sensación se encontraba dentro de su pecho. El corazón parecía querer avisarle que, si no se decidía a salir de allí, iba negarse a seguir funcionando.

—Preparen mi coche, voy a salir —tuvo tiempo de avisar a conserjería por teléfono, mientras recogía apresuradamente lo poco que necesitaba para ir en busca de Verónica.

—Muy bien, señor. Estará frente a la puerta del Hotel en unos minutos.

Efectivamente, su vehículo estaba esperándolo inmediatamente salir a la calle. Comprobó que estaba sin chofer, y se subió en el asiento del conductor.

Las ruedas chirriaron con la insolencia de los casi infinitos caballos de potencia de aquella máquina, en cuanto pisó el pedal del acelerador.

Parecía que había pasado una eternidad desde la última vez que había manejado como un lunático por las calles de cualquier ciudad...

En pocos minutos estuvo frente a la finca de Verónica.

«¿Y ahora, qué?» se preguntó Jonathan, desconectando la llave del contacto.

No quiso darse un respiro, ni descubrir si tenía alguna respuesta a aquella pregunta. ¿Qué podía pasar si descubría que no había una respuesta mínimamente segura a aquella pregunta?

No iba a correr el riesgo de descubrir que, quizás, en el fondo de su alma no era más que un cobarde.

No había conducido hasta allí para buscar seguridades, sino para lanzarse al agua.

Cruzó la calle corriendo, aunque no pasaba ningún vehículo. Tuvo un último momento de vacilación, ya con su dedo índice extendido y apuntando al llamador del piso de Verónica. Pero le salvó de su propio miedo la conciencia del aspecto ridículo que tendría un hombretón como él mirando fijamente un botón que no se atrevía a pulsar.

Nadie le miraba, pero no importaba: aquella postura timorata debía desaparecer.

Tomó aire y llamó al piso de Verónica.

—Abre, soy yo —Verónica había respondido inmediatamente.

Pasaron unos segundos que parecieron el comienzo de la eternidad.

Verónica, que tampoco quería decidir cobardemente nada que tuviera que ver con su vida, permitió la entrada de Jonathan.

Le había visto aparcar. Y el corazón le había dado un vuelco...

En cuanto Jonathan abrió las puertas del ascensor, ya en la planta de Verónica, ésta abrió la puerta de entrada de su piso.

—¿Qué quieres? —preguntó, maldiciendo su precipitación.

El ruido que había producido Jonathan saliendo del ascensor había tapado sus palabras.

—Verónica... —Jonathan se detuvo después de avanzar unos pasos.

—Cierra el ascensor.

Jonathan se dio la vuelta prestamente, volviendo a correr las puertas del viejo ascensor. En seguida se puso en funcionamiento el habitáculo, llamado desde un piso superior.

—Alguien llegará tarde a una cita por culpa tuya —continuó diciendo Verónica, sonriendo a pesar de sí misma.

—Espero no ser yo quien esté llegando tarde a su cita.

—¿Estábamos citados tú y yo?

—Tú sabes a lo que me refiero.

—No lo sé. Aún no me has dicho a qué has venido.

—A hablar contigo. A verte...

—Yo pensaba que estarías con Doriana.

—No, eso ha sido un horrible error.

—¿Quién se ha aburrido de quién antes? ¿Tú o ella?

—Por favor, Verónica, no me tortures.

—Vaya. ¿Yo te torturo? Pues vuelve con Doriana, que no parecía que te estuviera tratando mal...

—Tú sabes que no es así.

—¿No es así, cómo? ¿Lo estabas pasando mal en esas fotos? No lo parecía...

—Verónica...

—¿Y quién tuvo la ocurrencia de enviármelas? ¿Tú o Doriana?

—Lo sabes bien

—¿Qué es lo que sé bien? ¿Te has preocupado en contarme nada?

—Te he llamado cientos de veces, y nunca has querido cogerme el teléfono.

—¿Para contarme qué?

Jonathan tomó aire para contestar. Pero descubrió que aquella

conversación podía seguir eternamente.

Parpadeó un par de veces, y sintió cómo se humedecían sus ojos. Los de Verónica también brillaban.

Las palabras sobraban. Aunque no todas: había dos que era necesario pronunciar...:

—¿Puedo pasar?...

Verónica ni siquiera despegó sus labios para susurrar que «sí». Dos lágrimas corrieron por sus mejillas al tiempo que se movía lo suficiente para dejar entrar a su amante.

Jonathan y Verónica se entrelazaron en un abrazo cuya coreografía les hizo danzar por toda la casa, alfombrando las habitaciones con sus ropas.

Ya tendrían oportunidad de volver a hablar.

Primero, debían agotarse mutuamente. Después, recuperar el aliento. Después todavía, mirarse y meditar...

Capítulo 6

Verónica se despertó después de un sueño profundo, pero agitado. Antes de abrir los ojos, ya era consciente de que estaba acompañada en el lecho, y por quién. Jonathan dormía a su lado, con las manos sobre la almohada, sosteniendo su rostro. No le daba la espalda, por lo que Verónica pudo aprovechar para inspeccionar las facciones de su amante una vez más, como si acabara de conocerlo.

Jonathan le ofrecía su faz más relajada, casi como si el niño que una vez había sido pugnara por salir de su escondite. La barba, que apenas azulaba las mejillas y el mentón del americano, acentuándose un poco más sobre sus labios, no otorgaba, sin embargo, ninguna dureza a su imagen dormida.

Luchando contra el deseo de despertar a su amante con la voracidad de sus besos, Verónica se giró en la cama, hasta quedar mirando el techo. Unas largas franjas paralelas y brillantes, la luz que se colaba por las rendijas de las persianas mal cerradas, recorrían el cielorraso de pared a pared.

—Si fuéramos prisioneros de nuestro amor, de esa manera me gustaría marcar los días de encierro en nuestro calabozo —escuchó que decía Jonathan.

El americano también estaba contemplando las marcas lumínicas del techo.

—Te has despertado poeta —le contestó Verónica, bromeando, y se arrepintió en seguida de haberlo hecho de esa manera.

Demasiado pronto para comportarse como si nada hubiera pasado. Demasiada familiaridad.

Una cosa era reconciliarse de la forma más antigua del mundo, de la única manera en que una pareja sabe que aún viven la una para el otro, y otra bien diferente era jugar al olvido.

Verónica se apresuró a levantarse de la cama, alejándose del americano y sin darle oportunidad de atraparla por un brazo o por la cintura.

—Todavía no hemos hablado, tú y yo... —escuchó Jonathan que Verónica le decía, encerrándose en el baño.

Jonathan dejó pasar unos segundos, ordenando sus ideas.

—¿De veras crees que hace falta seguir hablando sobre ese tema? ¿Qué dudas puedes tener acerca de mis sentimientos?

—¿Lo que acabamos de hacer, se parece en algo a lo que... has hecho con esa desvergonzada?

¿Era aquella su voz? ¿Podía ser capaz de hablar así a pesar de la felicidad que sentía recorriendo sus venas como un tónico mágico?

Verónica se miró en el espejo y, aunque quiso, no pudo descubrir nada que no fuera alegría en su imagen reflejada en el cristal.

Sus ojos brillaban, sus labios resplandecían, sus mejillas parecían más tersas, no parecía haber una sola arruga en su frente, en las comisuras de la boca...

—¿No contestas? —atinó a insistir al americano, reprimiendo una carcajada burlona que, lo sabía bien, solo tenía como víctima del escarnio a ella misma.

—Tengo que pegarme una ducha. Estoy agotado.

Verónica dejó de mirarse en el espejo. Giró su rostro hacia la puerta cerrada que le separaba de su amante.

—¿Me cambias de tema?

—No, mi amor. Solamente necesito pegarme una ducha. Después podremos hablar.

La débil iluminación que se colaba por debajo de la puerta del baño, reflejándose en el parqué de la habitación de Verónica se movió lentamente, combinando la sombra y la luz. Antes de percibir el estrépito del agua de la ducha estrellándose contra bañera, Jonathan ya sabía que Verónica estaba moviéndose, silenciosamente, dentro del cuarto de baño.

—Pasa...

Jonathan se levantó con presteza. La calidad del sonido del agua, descargándose a escasos centímetros del plato de la ducha, sobre los hombros y cabeza de Verónica, le convenció de que aún no había llegado el momento de volver a las palabras.

Jonathan abrió la puerta del baño. El cuerpo de Verónica le esperaba con los cabellos pegados a la espalda y recorrido por mil hilos de agua.

Aquello era como ver la aurora boreal por primera vez. O como contemplar un milagro.

Se unieron bajo el agua caliente.

Verónica se sentía tersa y fuerte. Como las alas de un ángel...

Ya habían pasado más de cuarenta minutos de las 8 de la mañana.

—Debo irme.

Verónica miró al americano, intentando desentrañar lo que faltaba de aquel mensaje en su expresión, en su actitud corporal.

—¿Te vas?

—Debo irme —repitió Jonathan con suavidad, mientras recogía su ropa —. Acabo de llegar en un vuelo desde los Estados Unidos.

—¿Sí?

—Cuestiones de trabajo.

Verónica se quedó sopesando esas palabras. ¿Tenían un significado oculto?

—O sea, que estás aquí... de casualidad.

Jonathan se quedó inmóvil un instante, pero en seguida retomó su actividad. No podía retrasarse más, aunque se muriera por quedarse allí.

—Tú sabes que no.

—¿No? ¿Y si no hubieras tenido esas «cuestiones de trabajo»?

—Lo estás convirtiendo en algo que no es. Y tú lo sabes.

—¿Que yo sé qué? ¿No has venido por «cuestiones de trabajo»?

—Sí, pero podría haber venido antes, si hubiera podido.

—Supongo que estarías muy ocupado. Algo más importante que yo — Verónica no quería sonar como una novia despechada. Pero sabía que estaba comportándose exactamente como eso.

—Te aseguro que no he podido venir antes.

Verónica miró su reloj de pulsera.

—Pues a mí también se me está haciendo tarde. Muy tarde... — comenzó a cepillarse el pelo vigorosamente, frente al espejo de la coqueta.

Jonathan se prohibió a sí mismo contemplar aquella imagen, porque sabía que si lo hacía ya no podría irse de allí en toda la mañana.

—Adiós Te llamaré hoy mismo, cuando pueda.

Verónica esperó a que Jonathan saliera de su habitación para dejar de cepillarse. Aquella huida del americano, sin siquiera mirarla por última vez antes de largarse, la había enervado. Las sienes parecían a punto de estallarle.

Volvió a cepillarse después de un esfuerzo de voluntad. Acabó de vestirse y maquillarse rápidamente, pero sin descuidar detalle.

Cuando cogió el móvil del cajón de la mesilla de noche, no le sorprendió en absoluto que hubiera más de diez llamadas perdidas. Mientras bajaba en el ascensor, aprovechó para enviar un corto mensaje de texto, avisando del tiempo que tardaría en llegar a las oficinas.

Conduciendo por el abigarrado tráfico de la ciudad, se descubrió cantando junto a la música del autorradio.

Estaba feliz. Pletórica.

Sí: estaba feliz, pero suspicaz y nerviosa. Verónica no era la clase de mujer que podía estar indiferente ante un gran error o un gran acierto.

Y, mucho menos, ante la ignorancia de si, verdaderamente, acababa de cometer una gran equivocación o no...

Capítulo 7

El Ferrari recorría la amplia avenida dejando a su paso el ronco gruñido de su motor, que parecía a punto de desbocarse, como si sus caballos de potencia se lanzaran en una estampida por un terreno rocoso. Dentro del habitáculo, perfectamente aislada tras las ventanillas alzadas, Doriana apenas escuchaba nada que proviniera del exterior. Ni falta le hacía, de todos modos, entretenida como iba con el sonido de sus pensamientos, y del equipo de audio, no menos poderoso que los pistones del motor italiano.

Doriana llevaba conduciendo desde hacía un rato, ya, y no dejaba de comprobar la hora. Y tampoco su maquillaje, en el espejo retrovisor. Tenía escasos minutos para ingresar en la mansión y adecentarse antes de que llegara de su vuelo el hombre que por algún motivo que estaba fuera del alcance de sus razonamientos aún era su esposo.

Wolfgang no podía permanecer ciego a sus numerosas infidelidades. Era imposible siquiera imaginarlo. Pero había que aceptar la realidad de que el austríaco parecía vencido y resignado.

Incluso así, había que guardar las apariencias.

Doriana era feliz.

Condujo hasta la mansión, acompañando la música con movimientos de cabeza.

Mientras entraba al estacionamiento privado, comprobó que la limusina de Wolfgang, el vehículo que siempre le iba a buscar al aeropuerto cuando regresaba de sus viajes de negocios, todavía no estaba aparcada.

El retrovisor del Ferrari reflejó por última vez aquella noche el maquillaje corrido de Doriana, mientras salía del vehículo, a la vez que se encendían las luces interiores durante unos instantes, el tiempo que estuvo la puerta abierta.

Doriana prefirió subir a las estancias interiores de la mansión por la escalera, descartando utilizar el algo anticuado y moroso ascensor que comunicaba éstas con el garaje.

«Le diré a mi Wolfgang que ya es tiempo de sustituirlo» pensaba Doriana, subiendo los escalones de dos en dos.

En otra zona de la ciudad, un hombre, monitor deportivo —un gran profesional pero sin experiencia, todavía, con clientes verdaderamente poderosos económicamente—, se sentía afortunado por el increíble encuentro que había acabado de sostener con aquella mujer rica, bellísima y famosa.

Había perdido una cliente, ya que ésta no volvería a contar con sus servicios ni a verle nunca más, pero no era algo que pudiera preocuparlo en aquel momento. Era demasiado joven.

En otra zona, aun, de la ciudad, Wolfgang Radszuweit relajaba su cuerpo agotado sobre los mullidos asientos de cuero de la limusina que le conducía a su hogar. Tenía una copa de brandy en una mano, y un pequeño cigarro cubano en la otra. No pensaba, ni quería pensar, en si su esposa le estaba aguardando.

La señal telefónica recorrió unos cientos de metros través de cables ramificados en el interior de la tierra, hasta un amplificador que la llevó en ondas electromagnéticas, saltando de antena en antena hasta el móvil de Wolfgang.

El empresario cogió su terminal. En la pantalla, la palabra «Casa» se encendía y apagaba, acompañada de una vibración apenas sonora.

—Sí.

—Soy yo, cariño. Te estoy esperando —la voz de Doriana sonaba profunda en los oídos de Wolfgang.

—Estoy llegando —los músculos en la espalda de Wolfgang se relajaron visiblemente.

—¿Te has retrasado?

—Mucho tráfico aéreo. El piloto tuvo que sobrevolar el aeropuerto casi media hora, antes de que la torre autorizara el aterrizaje.

—Me ha parecido más...

—En seguida llegaré a casa.

Wolfgang escuchó el sonido apenas audible del teléfono al ser colgado, después de que Doriana se despidiera.

Colgó Wolfgang, a su vez, después de que desapareciera el mensaje «Casa: Desconexión» de la pantalla de su teléfono.

Las edificaciones seguían desplazándose, a toda velocidad, por las lunas oscurecidas del vehículo. Wolfgang se entretuvo mirando aquel paisaje veloz en sus evoluciones, hasta llegar a la mansión.

Doriana le esperaba perfectamente arreglada y radiante.

—Ha sido un viaje muy largo, mi amor —le dijo Doriana, abrazándole desde atrás por sorpresa, en cuanto dejó su portafolio sobre uno de los muebles de la entrada.

Doriana sintió el escalofrío de deseo de Wolfgang a través de la tela de la americana. Se pegó aún más a su marido, esperando su respuesta.

—Había muchos asuntos que resolver. Muchas reuniones, decisiones.
Doriana jugueteaba con el lóbulo de la oreja del austríaco, mordiéndolo y besándolo alternadamente.

—¿Sí?

—Pero ya estoy aquí.

—Cenemos, cariño —Doriana se separó con presteza, pero sin brusquedad.

Wolfgang giró algo su cabeza, para contemplar el ondulante caminar de su esposa, que se alejaba por un pasillo.

—Cenemos, pues, Doriana. Yo no tengo hambre, casi.

Escuchó la risa juguetona de su mujer, aún más lejos.

—La descompensación horaria... —continuó explicando el austríaco.

Nuevamente escuchó las carcajadas de Doriana, ya en el salón comedor.

Wolfgang caminó hasta encontrarse con su mujer, quien ya estaba sentada a la mesa. El amplio escote dejaba ver una gran porción de la piel del pecho y del esternón, y al estar ubicada ya en su asiento, parecía que estaba mucho más descubierta de lo que realmente estaba.

—Estás bellísima —dijo Wolfgang, deleitándose ante la insinuante imagen que le ofrecía su mujer.

—Qué galante, y qué bobo eres —le contestó Doriana, mordiéndose la punta de la lengua mientras sonreía.

Ya estaba la cena servida, y Doriana dejó de prestar atención a su marido para ponerse a comer.

El austríaco se sentó al lado de Doriana. En seguida, uno de los empleados de la casa llenó su copa con vino, después de que el empresario lo autorizara a hacerlo con un gesto.

—Vino de aguja —comentó Wolfgang, chasqueando la lengua—. Un buen vino espumoso italiano. Muy apropiado.

—Sabía que te gustaría.

Wolfgang ingirió algunos bocados, sin apetito y casi sin masticarlos.

—Realmente estás inapetente, cariño...

—No puedo disimularlo, ¿verdad? —Wolfgang se estiró, alejando su plato de sí—. No quiero ni imaginarme qué hora será en Japón en este momento.

Doriana miró su reloj e hizo un cálculo aproximado.

—Mejor que no te enteres, cielo...

—¿Decías?... —Wolfgang acababa de dormirse en su lugar, durante unos segundos.

—Nada. No te preocupes —contestó Doriana, sin poder reprimir un suspiro de hastío—. Yo he terminado de cenar, ¿y tú?

—Pues... —Wolfgang miró su plato prácticamente intacto—. Yo también. No puedo tragar un solo bocado más.

—Vamos a dormir, entonces.

—De acuerdo.

Se dirigieron juntos al dormitorio. Doriana se quitó el maquillaje y se cepilló el pelo, mientras su marido se pegaba una ducha. Cuando el austríaco salió del baño, Doriana ya estaba echada.

Wolfgang se acostó a su lado, dejándose caer en el lecho como un anciano. Doriana reprimió su ira respirando profundamente, concentrando su mirada en los adornos del techo.

Wolfgang ya dormía a su lado, roncando en forma leve pero audible.

Una lágrima ardiente, de odio, de desesperanza y de despecho recorrió la mejilla de Doriana, hasta caer y ser absorbida por la almohada, como si nunca hubiera existido.

Capítulo 7

A causa del retraso producido por el reencuentro con Verónica, Jonathan había debido reorganizar, junto a sus secretarios y colaboradores, las actividades de la mañana y de buena parte de la tarde, resignando, incluso, parte del tiempo destinado a la comida.

El desayuno de trabajo que tenía programado con un grupo de industriales locales había sido, prácticamente, un fiasco. Había podido salvar la situación acusando un malestar físico por el viaje reciente que no sentía de ninguna manera, y sus interlocutores acabaron mostrándose comprensivos, aunque no podían ocultar la desconfianza.

No era, desde luego, un buen augurio esa falta de puntualidad en el flamante heredero de una antigua fortuna familiar, amasada durante generaciones.

Jonathan no quería dar la imagen del típico playboy que dilapidará el esfuerzo de su linaje.

Se habían despedido después de cerrar algunos acuerdos importantes, que requirieron una negociación dura y despiadada, aunque cortés.

—Ha estado muy bien —le había confiado apreciativamente uno de sus colaboradores, al final del encuentro—. Estos hombres son empresarios muy experimentados.

—Vuestro aporte ha sido fundamental —contestó Jonathan, mirando a su grupo de trabajo—. Vamos, no nos entretengamos, que tenemos mucho trabajo por hacer.

Subieron a los vehículos y se dirigieron a la siguiente reunión. Jonathan estaba citado con personal técnico del Ministerio de Industria.

Por supuesto, aquella fue la reunión menos operativa.

El día seguía avanzando a través de una sucesión ininterrumpida de reuniones, decisiones y negociaciones. Jonathan no había podido dedicar ni un minuto a sus asuntos personales, desde la despedida con Verónica.

De todos modos, poco antes de una merienda de trabajo, Jonathan había conseguido escamotearse unos instantes a su grupo de colaboradores, para intentar contactar con Verónica.

Marcó su teléfono, y esperó en vano a que ésta le atendiera. El nombre de Verónica parpadeo infructuosamente junto a la palabra «llamando», hasta que cambió de color, tornándose en rojo un par de segundos, ya sin parpadear, hasta que la pantalla del móvil volvió a apagarse.

—Sigamos la marcha —ordenó a sus colaboradores.

Los empleados de Jonathan detectaron la irritación de su voz, pero no dejaron traslucir ninguna inquietud.

—Tenemos una reunión con representantes de una cámara empresarial europea, señor —le informó uno de sus secretarios—. Es la reunión anual de la entidad.

—De acuerdo, no lo había olvidado. Nos vamos.

El viaje al hotel fue rápido y sin incidencias. El teléfono de Jonathan sonó varias veces durante el trayecto, pero siempre por motivos de trabajo.

Ni rastros de Verónica, que parecía haber desaparecido.

Sin embargo, Verónica no se había esfumado, ni mucho menos. También estaba inmersa en su propia vorágine laboral, haciendo frente a varias situaciones complicadas en la oficina.

—Estas fluctuaciones me dan muy mala espina —confió Verónica a sus empleados, con los que estaba analizando las cifras en diversas pantallas de ordenador—. Habrá que estar atentos.

Ordenó comprobar algunos datos y hacer algunas llamadas. El mercado parecía bastante inestable aquel día, y era claro que había que andarse con ojo, meditando bien cada decisión.

Nada para lo que no estuviera preparada, de todos modos. El clima de confianza estaba más fuerte que nunca, en la oficina.

—Compra —ordenó, finalmente, a uno de los operadores.

Las cifras siguieron danzando. La decisión había sido acertada.

—Sigue atento, ¿de acuerdo? —Verónica señaló algunas cifras, golpeando con su dedo índice diversas zonas de la pantalla—. Ya sabes cuándo hay que vender.

—Sí —contestó el operador, consultando sus notas, que sabía de memoria.

—Muy bien —Verónica se alejó del ordenador—. Vuelvo en veinte o treinta minutos.

Los empleados saludaron a Verónica, que salió para comer.

Ya en la calle, encendió su móvil personal, y comprobó la llamada perdida de Jonathan.

«Vaya, me has llamado» pensó, y después se corrigió a sí misma: «me has llamado solo una vez...».

Entró en el restaurante al que iba siempre a la hora de la comida, a pocos metros de la oficina. En seguida le recibió el encargado, que la condujo

hasta su mesa.

—Hoy come sola —le comentó mientras le entregaba la carta.

—Hoy sí —le contestó—. Prefiero desconectar durante unos minutos, y recordar que tengo vida privada.

El encargado sonrió cortésmente, y tomó nota del pedido de Verónica. Al cabo de pocos minutos, ya estaba alimentándose.

Aquella vez había sido, seguramente, la primera en que había bajado al restaurante sin compañía. Definitivamente, su trabajo la tenía absorbida incluso en su tiempo libre, en los escasos minutos que podría aprovechar para relajarse y ordenar su vida.

Recordó que llevaba aún, arrollada en el bolso, la revista en la que aparecían Dorian y su esposo en la tapa. Contuvo el impulso de sacarla y leer la nota con más detenimiento hasta que le entregaran el segundo plato. Quería sentirse a salvo de miradas indiscretas.

El encargado retiró el primer plato e inmediatamente un camarero le sirvió el segundo. Cuando éste se alejó, Verónica cogió la revista.

Estaban radiantes, no podía negarse. Incluso Wolfgang parecía rejuvenecido, aunque quizás no feliz. Pero había que ser muy observadora para notarlo, y tampoco era seguro.

Intentó leer la nota con atención, pero se aburrió rápidamente. No había nada realmente interesante o que no fuera un tópico. Les describían como una pareja feliz, que disfrutaba de los mejores años de su reciente matrimonio. A Wolfgang le describían como un empresario exitoso, y a Dorian como una mujer joven y talentosa. Y a ambos, como profundamente enamorados.

No pudo reprimir una sonrisa irónica.

Se descubrió jugueteando con el móvil. El segundo plato languidecía en la mesa, enfriándose y sin apenas haber sido probado.

Llamó al camarero.

—¿Señora?

—Ya he terminado —había dado vuelta la revista, dejando la contratapa hacia arriba—. No tomaré postre, pero sí un café. Muy cargado.

—Inmediatamente, señora.

—Y más agua.

—Muy bien, señora.

El camarero se retiró y volvió al cabo de un instante. Con movimientos elegantes y cuidadosos sirvió el pedido de Verónica.

Endulzó el café y lo bebió de dos tragos.

«Tranquila...» se ordenó a sí misma «relájate, mujer. Te vas a quemar viva».

Tomó un sorbo de agua que le ayudó a refrescar el escozor en la garganta.

El móvil vibró un par de veces, encendiéndose la pantalla. Lo comprobó, y vio que Jonathan acababa de enviarle un mensaje multimedia.

Era una fotografía sacada, seguramente, con el móvil de Jonathan: un ramo de rosas enorme.

Llamó a la portería de su finca, y le confirmaron que, efectivamente, habían recibido un voluminoso envío a su nombre.

«Tonto, me has arruinado la sorpresa» pensó Verónica, burlonamente.

Pagó con su tarjeta de crédito. Arrojó la revista en una papelería pública, y volvió a subir en la oficina.

Arriba, le recibieron sus empleados, informándole brevemente acerca de las operaciones de la última media hora: todo había funcionado estupendamente.

Sonrió a sus empleados, y éstos pudieron ver los últimos rastros de un sonrojo reciente en sus mejillas.

Había respondido al mensaje de Jonathan con otro mensaje multimedia. Una fotografía de un corazón, recién dibujado por ella misma en una página de su agenda.

Se sentía como una adolescente enamorada.

Y era maravilloso sentirse así.

Capítulo 8

La nube de empleados que acompañaban a Jonathan había notado en seguida que algo había cambiado para peor. El americano miraba fijamente a su interlocutor, con esa dureza que tienen los grandes felinos cuando están a punto de saltar sobre su presa.

—No puedo negar que es una enorme sorpresa volver a encontrarme contigo. Y en estas circunstancias —Wolfgang no daba crédito a sus ojos. Sus colaboradores estaban tan sorprendidos como él mismo.

—Yo tampoco esperaba volver a verte.

Wolfgang se removió, incómodo. Las tornas se habían vuelto y, evidentemente, el americano no tenía ninguna obligación a tratarle de usted, pero el tuteo recibido por su antiguo empleado le dejó un sorpresivo y desagradable regusto en la boca.

—Entonces, tendremos que hablar.

—Así parece.

El austríaco tomó una bocanada de aire, como para seguir hablando, pero se quedó callado.

La tensión podía palpase.

Jonathan sonrió, pero sus ojos siguieron estando fríos.

—Bueno, Wolfgang, seguro que eres un hombre muy ocupado, igual que yo.

—Acabemos con esto —se decidió a empezar a hablar el austríaco—. Yo sé que tu grupo económico ha estado operando contra algunas de mis empresas radicadas en este país. Espero que no transformemos esto en un conflicto personal.

Los colaboradores de ambos hombres se revolviéron incómodos, ignorantes de qué les separaba, y preocupados por las posibles derivaciones negativas del enfrentamiento.

—Puedo asegurarte que hasta hace unas horas no tenía ni idea de que acabaría negociando contigo.

—Eso, en este momento, da igual. Quiero que sepas que no tolero, ni nunca he tolerado, que me presionen para intentar ponerme de rodillas en una negociación.

—Aquí nadie está intentado ponerte de rodillas.

—Eso espero.

—De todos modos, no creo que estés en situación de exigir nada.

Un silencio oscureció los semblantes de todos.

—¿Pero cómo te atreves, tú...? —Wolfgang se había levantado de su asiento.

Jonathan se levantó también, sintiendo que salían chispas de sus ojos.

En seguida los colaboradores de Jonathan y de Wolfgang se interpusieron entre ambos, atónitos ante la posibilidad de que aquella reunión acabara en golpes de puño, como en una cantina.

El primero que consiguió dominarse a sí mismo fue Jonathan. Después de permanecer mirándose a los ojos, desde escasos centímetros, volvió a sentarse en su sillón.

Wolfgang aún se tuvo de pie unos instantes más, hasta que se sintió levemente ridículo y decidió volver a sentarse.

—No te molestará que encienda un cigarro —dijo a Jonathan, buscando la cigarrera.

Uno de los empleados del austriaco le encendió el cigarro con una larguísima cerilla de madera con cabeza azul.

Wolfgang aspiró el aromático habano, mirando por encima de Jonathan, hasta que sintió que su ritmo cardíaco se ralentizaba.

—Como te decía, no soy un hombre que acepte presiones. Y menos en una negociación.

—No obstante, seguramente podremos llegar a un acuerdo.

Wolfgang volvió a saborear su cigarro. Fumar era un muy mal vicio para su salud, pero excelente complemento para calmar los nervios.

—Dime exactamente qué es lo que quieres, y no creo que haya problemas para acordar.

—Tú seguramente sabrás que mi grupo está buscando empresas con fuerte arraigo local.

—Lo tengo más que claro.

—Estamos dispuestos a realizar una importante inyección de capitales en estas empresas —un colaborador de Jonathan extendió una carpeta a Wolfgang, que recogió uno de sus secretarios—. A condición de que aceptes vendernos el 51% de las acciones.

Wolfgang volvió a aspirar una bocanada de su cigarro, más profunda, sintiendo una perentoria necesidad de rascarse el lóbulo de la oreja. Cuando volvió a hablar, movió la cabeza de costado varias veces, nerviosamente, aunque pretendía dar una imagen de máxima serenidad.

—Hombre, Jonathan, no pretenderás haber aterrizado ayer mismo al

mundo empresarial, y venir aquí a imponerme tus condiciones.

—Nosotros sabemos que en los últimos balances las empresas han acusado pérdidas más que importantes, señor Radszuweit —el colaborador que le había entregado la carpeta, le alcanzaba otra, más abultada, con distintos informes y proyecciones.

Wolfgang ni siquiera miró al empleado de Jonathan.

—No niego que están pasando por un momento de bache en sus ganancias.

—Así es, Wolfgang —la voz de Jonathan sonaba comprensiva.

—Pero esta situación tú sabes bien que es artificial. O, en todo caso, momentánea.

—Puedes comprobar las proyecciones de negocio —Jonathan señalaba la segunda carpeta—. No hemos tenido acceso a todos los datos, pero ya ves que hemos podido realizar un estudio bastante pormenorizado.

Wolfgang sonrió. Después, ensombreció el semblante, hasta parecer casi deprimido.

—En fin. Creo que el personal técnico podrá arreglar los datos menores —se levantó de su sillón.

—Muy bien —Jonathan mostraba una amplia sonrisa—. Has tomado una decisión muy acertada.

Wolfgang salió del salón caminando con la espalda muy recta. Jonathan aguardó medio minuto, y también salió.

En la habitación, los empleados de ambos hombres se miraron estupefactos y sin decir palabra hasta que los pasos de Jonathan y de Wolfgang dejaron de resonar a través de la puerta. Después, comenzaron a ultimar los detalles de la negociación.

Al cabo de unas horas, Jonathan y Wolfgang recibieron las copias de los diferentes contratos. Cada uno se reunió con sus colaboradores para informarse de algunos detalles y tecnicismos y, cuando hubieron evacuado las dudas y los cambios de último momento, se reunieron sin saludarse nuevamente, y los firmaron rápidamente.

La segunda reunión no era más que un reflejo pálido de la primera. Ambos hombres, lo poco que tuvieron que decir, lo expusieron casi en susurros, como quien ha agotado sus energías del día. O como ya no puede sentir curiosidad ante nada.

De todos modos, Jonathan entregó sus copias a sus secretarios como quien pide que le guarden su bien máspreciado.

Wolfgang, como quien firma su sentencia de muerte...

Doriana fue la última en irse de la oficina, a última hora de la tarde. Condujo velozmente hasta su piso, excitada y romántica.

En cuanto abrió la puerta de entrada, el aroma concentrado de las docenas de rosas que Jonathan le había enviado le acarició pesada y sensualmente, como el abrazo de su hombre. Había sido un gran detalle pedir al portero que entrara las flores a su piso, ya que todas las habitaciones olían frescas y dulces.

Realmente, eran muchas docenas de rosas. Cubrían por completo la mesa del comedor; incluso se habían derramado algunas por el suelo.

Sonó el teléfono fijo. Antes de atender, comprobó que había algunas llamadas perdidas en la pantalla.

—Estás en casa...

—Acabo de llegar. Suponía que no me llamarías —le recriminó, juguetona.

—¿Por qué dices eso?

—Te has ido esta mañana así, sin mirarme.

—No había otra forma de conseguirlo. Si te miraba, me embrujabas.

—Yo pensaba que eras como el pájaro que come y vuela.

—Nunca podría saciarme de ti.

—Pues qué haces, que no me lo demuestras...

—Esto no ha acabado aquí.

—Desde luego, señor Radszuweit —el empleado estaba intimidado: nunca había visto a su jefe tan furioso, como fuera de sí.

—Ese maldito arribista. Si cree que ha triunfado, realmente no me conoce.

—Claro que sí, señor Radszuweit. Hay que planificar los siguientes pasos —el empleado dudó, antes de volver a hablar—. Realmente, habrá que planificar muy bien los siguientes pasos.

Wolfgang le miró odiándole casi tanto como a Jonathan, durante unos instantes. Consiguió volver a hablar después de pellizcarse una oreja con rabia.

—Ese es mi trabajo, ¿verdad? Tomar riesgos calculados. Y tu trabajo es asesorarme, no ponerme palos en las ruedas.

Aquella era la primera vez que el austríaco había llevado una

discusión al plano personal, y el empleado prefirió guardar silencio.

—Déjame solo —acabó ordenando Wolfgang.

El empleado se retiró. Wolfgang se puso a analizar airadamente las distintas carpetas del acuerdo con Jonathan.

Aquel americano estaba condenadamente bien informado acerca de sus empresas.

La jugada había sido maestra.

Y ni tan siquiera parecía que hubiera habido ningún afán personal en sus acciones.

Si quería devolver el golpe, debía tomar infinidad de resguardos. Pero vaya que iba a devolver el golpe. Hacía tiempo que no se sentía humillado de esa manera.

No, por lo menos, en el plano profesional...

3.º parte

Capítulo 1

Verónica había descubierto que ser joven y estar enamorada era una combinación que ponía a prueba su ética profesional. Si no se aferraba desesperadamente a su cordura, Verónica sabía bien que la vorágine de pasión que embargaba tanto a ella como a Jonathan podía arrasarse con su vida en todos sus ámbitos.

La frase, el tópico que rezaba aquello de que «contigo, pan y cebolla» se le antojaba la más certera de las advertencias que la providencia podía haberle puesto delante de los ojos. «Contigo, pan y cebolla» no sonaba nada bien, desde luego. No era su objetivo en la vida ni nada que se le pareciera.

Los brazos de Jonathan, su cadera recia, eran como una entrada al dejarse ir, al olvido del futuro y del presente, eran como la peor de las drogas, que la intoxicaban dejándola indolente y agotada.

Jonathan era como una droga, sí, y las horas que pasaba lejos de su abrazo, del peso de sus arremetidas dentro de su cuerpo y de su alma, la dejaban nerviosa y melancólica, como aquejada por un síndrome de abstinencia.

«Así que esto es el amor»...

Sí, aquello era amar, qué duda cabía.

El amor era una dura y exigente actividad física y emocional. Una actividad que, si las fuentes del amor no fueran infinitas, hacía rato que la habrían consumido y llevado a su empresa a la quiebra.

De todas maneras, después de hacer el amor durante horas con Jonathan, si se acercaba a cualquier espejo, comprobaba que cuanto más agotada era su imagen reflejada, más le brillaba la mirada, más suave parecía su piel.

Verónica sabía que debía seguir siendo la primera en llegar y la última en irse, en la oficina. Como cada día.

Sabía que su pensamiento debía centrarse en su trabajo. Y no solo su pensamiento, también su pasión.

Porque no había otra forma de hacerlo. Ni de ser la eficaz, motivadora jefa que se había propuesto ser, si no era dejando que su pasión por su trabajo ardiera como una tea. No había dudas sobre ello ni atajos que recorrer.

No en vano había conseguido ser una gran jefa para su grupo...

Hay sentimientos que se pueden ocultar, como el miedo, el odio,

incluso el amor. Pero hay otros que son casi imposibles de esconder, y la felicidad es uno de ellos.

Verónica irradiaba felicidad como una usina, como una pila inagotable. Los empleados sabían que Verónica llevaba la felicidad encajada en el pecho, luchando por tenerla bien sujeta y que no se le desbocara.

La felicidad no necesita explicaciones, no necesita justificaciones.

Ni siquiera necesita sobreentendidos.

La felicidad es, quizás, una categoría de la lucidez.

Y de la belleza...

La felicidad era, también, una forma de actuar, de ser. Era hacer el amor en el lecho, levantarse para ir al servicio, y hacer el amor frente al espejo del baño. Era, después, ir a la cocina a comer cualquier tontería para recuperar fuerzas, y volver a hacer el amor sobre la mesa, o sobre la encimera.

Y acabar amándose, nuevamente, en el lecho que aún estaba tibio...

Era permitirse olvidarse de que existían el tiempo, el hambre, las responsabilidades, el mundo entero.

Y aquello era una prueba que había que superar...

El asco consumía las horas de Doriana.

El asco, el despecho y el resentimiento...

Aquello, lo que fuera eso que estaba viviendo, no era la vida que había soñado para sí misma.

Wolfgang no era un anciano, pero, desde hacía demasiado tiempo, ya, se comportaba y parecía que pensaba, e incluso que sentía, como un octogenario caduco y derrotado. Constatarlo le daban ganas de vomitar.

Pero quizás no como si estuviera derrotado...

O, mejor dicho, como si le hubieran derrotado pero aún no se hubiera enterado.

Y ser el último en enterarse de algo que le afecta a uno personal y negativamente es, o parece ser, un síntoma de la estupidez...

La lectura, en un periódico, de la venta de varias empresas locales a un conglomerado estadounidense había sido un duro golpe. No habían pasado más que unas pocas semanas del reportaje en el que habían aparecido poco menos que como la pareja más glamurosa del momento, y aquella nota pormenorizada, describiendo con abundancia de datos el proceso previo y las consecuencias de aquella unión, había sido un jarrón de agua fría en la

autoestima siempre codiciosa de Dorian.

Y en el aprecio que aún guardaba a su marido...

Incluso había debido leer aquel comentario, con sarcasmo mal disimulado, acerca de quién era el máximo accionista del grupo americano, y qué relación había tenido con Wolfgang. Una mala medicina.

«Aquel americano solo me trae desgracias», pensaba Dorian, rechinando los dientes, la segunda vez que leía ese párrafo para asegurarse de que era de él, y no de otro, de quien se informaba en la condenada nota.

Sin embargo...

Dorian recordaba el atlético cuerpo del americano, su mirada poderosa y dulce cuando le hizo el amor pensando que era otra, la fuerza con que sus piernas y músculos abdominales acometían el vaivén, la danza salvaje que fue la posesión de su interior, y sentía que todo su cuerpo, nuevamente y ajeno a su voluntad, se preparaba para volver a recibirle, para hacerse suya, entregarse.

Y aquella humillación que había infringido a su esposo, si bien la llenaba de odio hacia él, también la desarmaba, como una leona que acaba de ver cómo el macho de la manada ha sido destronado por otro más fuerte y más joven.

Y más motivado. Y más resuelto.

Y mucho más hermoso...

Decididamente, haberse acostado con el americano había sido un error. El más extraño que había cometido en su vida...

—¿Has leído esta noticia? —le había preguntado a Wolfgang, cuando habían discutido del tema.

—¿Si he leído qué? —le había repreguntado éste.

—No te hagas el tonto. Conmigo no —Dorian había podido sentir cómo sus ojos se anegaban de lágrimas de indignación, del tipo que nunca llegan a correr por las mejillas, pero que hacen que la mirada brille como un diamante estrellado.

—¿De qué estás hablando?

—¿De esto! —le había arrojado el periódico sobre la mesa.

El austríaco había sentido el golpe del aire desplazado en todo el rostro.

—Bueno, ¿y qué?

—¿Cómo y qué? ¿Cómo has podido venderle nada a ese malnacido?

—¿Pero de qué estás hablando?

—¡Tú lo sabes muy bien! ¡Te ha humillado!

—A mí no me ha humillado nadie —Wolfgang podía sentir que el esfuerzo para no alzar la voz era se transformaba en una vibración dolorosa en las cuerdas vocales y la garganta.

—¿Y eso quién pretendes que te lo crea?

—Mira, Doriana, yo manejo mis negocios como mejor considero conveniente. Yo...

—¿Que tú manejas tus negocios? ¿Qué negocios crees que manejas, tú?

—Yo no soy ningún recién llegado, ni un improvisado.

—Tú presumes de tus galones, y permites que alguien que hasta hace menos de un año comía de lo que tú le dabas, te pase por encima. Te aplaste como a un insecto.

—Doriana, tú no sabes de lo que estás hablando.

—¡Lo sé muy bien!

—Estás quedando en ridículo.

—¿Y tienes la desfachatez de decir quién queda en ridículo?

—Hablas sin conocimiento de causa.

—Lo único que sé es que ese hombre llegó, y te arrebató lo que era tuyo, como si le robara un dulce a un niño.

—Te estás pasando de la raya.

—¡Pues discúlpame por ser la única que demuestra un poco de pasión en esta casa! ¡Te odio!

Y después se había largado de allí, permitiéndose dar un portazo como nunca había sonado, seguramente, en aquella mansión centenaria que parecía que solo había sido testigo de susurros y buenas maneras.

«¿Qué he hecho?» se preguntaba, obsesiva, mientras seguía caminando, inundando la casa del eco de sus pisadas sonoras sobre los suelos de mármol. «¿Cómo puedo perder los nervios de esta manera? Estoy hundiéndome. Estoy fuera de control...».

Wolfgang se acariciaba los oídos, intentando infructuosamente acabar con el zumbido que el portazo de Doriana le había dejado como regalo de despedida. Los airados taconazos de su mujer le sonaban como un burbujear lejano, alejándose rápidamente.

Eso no podía quedar así...

El afán de vengarse del americano había enfriado, dejado en segundo término la necesidad, aún inconfesada, que tenía de vengarse de Doriana.

Cuando llegara el momento, si todavía servía para algo, Doriana se

arrepentiría de tratarle como le había tratado.

Pero lo de Jonathan. Lo de Jonathan no podía esperar...

Capítulo 2

—Señor Radszuweit, es un placer tenerle nuevamente con nosotros — Jean-Loup irradiaba cordialidad y simpatía—. Le atenderé personalmente.

—Muy bien —Wolfgang suspiró, siendo consciente de sus hombros, echados hacia adelante. Se enderezó.

—Dígame qué desea, y le asesoraré con gusto. Hay unas colecciones novedosas que son increíbles.

—En realidad, no he venido a comprar nada —Wolfgang comprobó el semblante imperturbado del joyero—. He venido a hablar con usted. Solo serán unos minutos.

—Todo el tiempo que sea necesario, señor Radszuweit. Si quiere acompañarme a mi despacho.

—De acuerdo.

—¿Quiere café, té, alguna copa?

—Un brandy iría bien. No, mejor un té.

Jean-Loup hizo un gesto a una empleada, la cual había escuchado todo, discretamente. Poco después de que ambos hombres estuvieran ubicados en la oficina, la empleada volvió a aparecer con una bandeja conteniendo el servicio de te de porcelana china antigua y de aspecto exquisito, que el austríaco observó apreciativamente unos instantes, antes de permitir que el joyero le sirviera su tasa.

—Mi secretaria prepara un te delicioso, señor Radszuweit, ya lo comprobará usted.

—El juego de te es encantador —murmuró al fin Wolfgang, sorprendiéndole a sí mismo el que tuviera ánimos para solazarse en la contemplación de la belleza del mundo.

—Sí que lo es, señor Radszuweit —Jean-Loup no podía evitar que un rictus de curiosidad congelara su eterna sonrisa—. ¿Toma usted el te con azúcar?

—Muy bien

Jean-Loup endulzó el té del austríaco y el propio, que dejó enfriarse casi toda la conversación, apenas probando una ínfima parte de su contenido durante la conversación, cuando ya su taza no humeaba.

—Muy bien, señor Radszuweit —continuó diciendo Jean-Loup después de mojar los labios con su infusión y que el austríaco bebiera dos pequeños sorbos de la suya—. Dígame en qué puedo serle útil.

—Pues verá...

Wolfgang extendió al joyero un extracto bancario.

—Quisiera que me hablara un poco de esta transferencia. ¿Qué quiere decir con «error de facturación»?

—Pues verá, señor Radszuweit, como recordará, hace unos meses usted adquirió, a través de uno de sus empleados, un anillo de diamantes. Fue una de las primeras compra que realizó en nuestra firma.

—Sí, claro.

—Yo tengo la costumbre de comprobar personalmente casi todo lo que sucede en mi joyería, y por ese motivo detecté un movimiento extraño en aquella operación.

—Continúe.

—Realmente no tengo motivos para dudar de la buena fe de mi empleada, pero lo cierto es que, quizás por algún error del sistema informático, se generaron dos facturas para esa operación.

—¿Dos facturas? ¿Usted me está diciendo que hubo una doble facturación?

—Así es. La empleada en cuestión ya no trabaja más para la firma, y por las indagaciones que realicé oportunamente doy por descartado que hubiera habido la intención de estafarme a mí, o a usted, por su parte.

—¿Ah, no?

—No tengo motivos para dudar de sus actos pero, en fin, hemos finalizado la relación laboral a partir de ese incidente.

—¿Usted tiene una copia de esas facturas?

—Sí, por supuesto —Jean-Loup buscó rápidamente en su ordenador, e hizo imprimir los documentos escaneados en la pequeña impresora de sobremesa.

—¿Y dice usted que despidió a su empleada, a pesar de que está seguro de su honestidad? —preguntó Wolfgang, mientras recibía los folios de manos de Jean-Loup.

—En un negocio como el mío, las garantías que tengo que ofrecer a mis clientes tienen que ser absolutas.

—Ya veo... ya veo... —respondió ensimismado, mientras analizaba los documentos—. Pues sí, aquí hay una diferencia. Del 20%, nada menos.

—Por eso procedimos a realizar la transferencia a su tarjeta de crédito.

—Pero lo cierto es que yo no he pagado este importe más alto, sino el

menor

Wolfgang paseaba su vista, alternativamente, entre las páginas recién impresas y el extracto que había aportado él mismo.

—Yo no podía comprobarlo —continuó hablando Jean-Loup—. Y tampoco me pareció apropiado importunarle por este tema. En el momento en que su conductor pasó por la joyería, y nos entregó la factura, procedí a realizar la transferencia.

—¿Cómo dice?

—Que hice la transferencia inmediatamente. Jamás dudaría de su palabra, por supuesto, señor Radszuweit.

—No, no, lo que dijo antes.

—¿Perdón?

—¿Quién le trajo la factura?

—Su conductor.

—¿Pero usted qué está diciendo? ¿mi conductor?

—Efectivamente, señor Radszuweit. El conductor que usted tenía, aquel estadounidense que parecía militar...

—¿Usted me está diciendo que mi chofer vino, y le entregó esta factura, reclamando por un importe mal cobrado?

—Pues sí, señor Radszuweit. Si lo desea, puedo ordenar a alguna de mis empleadas que lo compruebe.

—¿Y qué le dijo, exactamente, mi chofer? —Wolfgang sentía cómo se hinchaban, peligrosamente, las venas de su cuello.

—Usted verá, señor Radszuweit —Jean-Loup intentaba que su voz sonara impersonal—. No mucho, en realidad. Solamente vino y me enseñó esa factura. Me dijo que le había despertado sospechas, pero no fue muy específico.

—¿Que le había despertado sospechas? ¿A quién? ¿A mí, o a mi mujer?

—No lo especificó. De todos modos, yo comprobé los importes, y detecté la diferencia. No hice más preguntas, porque yo considero a mis clientes las personas más distinguidas, y jamás pondría en duda sus reclamaciones.

—Pues sepa usted que le han engañado —el austríaco sentía que el pie de un gigante empezaba a ensañarse con su pecho—. Yo tengo claro que usted a mí no me ha cobrado ni un céntimo de más.

—Ya veo, ya veo —Jean-Loup tomó aire, aterrado—. ¿Se encuentra

usted bien, señor Radszuweit? ¿Quiere un poco de agua?

El austríaco no pudo responderle. Sentía que la propia lengua era un trapo que alguien hubiera metido en su boca, mientras veía cómo el suelo alfombrado se acercaba, en cámara lenta, hacia su rostro.

Al cabo de pocos minutos, una ambulancia se lo llevó.

Estaba luchando entre la vida y la muerte...

Capítulo 3

Aquel día sí que llegaría tarde a la oficina.

Verónica lo había aceptado.

Y Jonathan también lo había decidido.

Era inevitable.

Los espejos tienen un poder de atracción mágico, hipnótico, como podría serlo la mirada de una bruja, o de un lobo que la está casando a una. No habían podido librarse de hechizo de la mirada compartida en aquel lago de superficie empañada que se había convertido el espejo del baño, después de bañarse juntos.

Verónica se había ubicado delante del mueble del lavabo, dispuesta a secarse el pelo y maquillarse rápidamente, y había sentido la presencia del americano a sus espaldas, reflejada difusamente por la superficie cubierta de gotitas del espejo.

El americano, después de acercar su rostro para sentir el herbático aroma del cabello recién lavado de Verónica, había adelantado su mano para frotar una parte pequeña del cristal, la suficiente para que pudieran reflejarse los ojos de ambos. En seguida, Verónica había podido comprobar cómo la mirada de su amante se volvía, voraz y anhelante, buscando con los ojos más partes de su cuerpo, casi imposibles de descubrir en el ínfimo jirón sin empañar que su mano acababa de trazar en el cristal.

Verónica descubrió el juego inmediatamente. Sostuvo la mirada del americano, buscándola cuando ésta comenzaba un nuevo derrotero infructuoso, hasta que decidió adelantar su propia mano y limpiar de agua un sector más del espejo, a la altura de sus hombros. Ambos pudieron ver uno de los senos de Verónica, coronado por su pezón erecto como una pequeña fresa.

La respiración del americano, que apoyaba el pecho contra su espalda, era como el latido de una caldera que, olvidada encendida durante horas, parece que está a punto de estallar.

—¿Quieres ver más? —preguntó Verónica.

El americano le contestó que sí con un movimiento de cabeza, y alargó el dibujo de Verónica, convirtiéndolo en una línea recta, pero sinuosa, en la que habían reflejados desde uno de sus senos, hasta el ombligo.

—Eres preciosa, me dejas sin aliento —dijo el americano, cogiéndole los pechos con ambas manos.

—Aún no —le contestó Verónica, rehuendo—. Mírame bailar...

El americano, alejando nuevamente su cuerpo de Verónica, miró la sensual coreografía en las pequeñas zonas del espejo libres de vapor. La aparición momentánea de las distintas partes del cuerpo de Verónica en los retales limpios generaban una reacción instantánea en el sexo enardecido del americano. Verónica podía sentir la excitación del americano como latidos de su pene contra sus nalgas.

—¿Quieres ver más? —preguntó a Jonathan.

—Sí —contestó el americano, cogiendo una toalla.

El ancho brazo de Jonathan se elevó hasta la altura de los pechos, y limpió una zona amplia de la superficie. Verónica pudo ver, por fin, partes del cuerpo de su amante en el espejo. La amplia caja torácica del americano, el doble de ancha que la de Verónica, apenas era escondida detrás de ésta.

—Me vuelves loca —dijo Verónica, deleitándose con la mirada del cuello y de los labios del americano, que se elevaban hasta la altura de su frente.

—Y tú a mí —contestó el americano, dominando sus impulsos por acabar con ese juego tan placentero y frustrante a un tiempo.

Verónica buscó el miembro de Jonathan con ambas manos, arañando suavemente sus abdominales mientras bajaba lentamente sus dedos, explorando morosamente. El americano gimió con voz sorda, como si aquel sonido fuera a mutarse en el gruñido de un gran felino, en cualquier momento.

—Te deseo —dijo Verónica girando hasta enfrentarse a Jonathan, que le miraba a través de sus pestañas cubiertas de pequeñas gotas de la ducha reciente—. Tienes los ojos como adornado por brillantes...

El americano la besó profundamente, introduciendo su lengua en la boca de Verónica y dejando que ésta dominara el roce y la búsqueda dentro de su boca.

Se besaron hasta que Verónica sintió que, por un momento, era como si no estuviera ella dentro de su propio cuerpo, sino que estuviera poseída por alguna divinidad pagana del sexo y el desenfreno, que la hubiera poseído.

O que la estuviera poseyendo a través de Jonathan.

Verónica no sabía si ella era misma el demonio que reclamaba su sacrificio, o por el contrario era la destinada a ser subida al altar de la inmolación.

Lo único que sabía era que los dedos del americano abrían grandes surcos de lujuria allí donde pasaban en la exploración de su piel, y que esos surcos quedaban allí, sin borrarse ni curarse, como ríos de lava acabados de

abrir, hiriendo la tierra de una isla volcánica. Y que la sonrisa de dientes voltaicos de su amante soldaba su voluntad a sus propias apetencias carnales.

El ansia era siempre algo nuevo con Jonathan. Siempre algo inexplorado e incierto, y nunca conocido.

La lengua de Jonathan acariciando sus dientes, la carne interna de sus labios, su propia lengua...

Verónica no sabía en qué momento se había arrodillado.

Comenzar a besar y lamer el miembro de Jonathan había sido el paso lógico, inevitable, de aquellos besos que se habían introducido en su boca con apetito de su saliva, de su aliento. El glande de Jonathan, introduciéndose y emergiendo de su boca según la exclusiva cadencia de su propio deseo, acariciaba su paladar y la piel interna de sus mejillas, inundándolas de sabores y olores a piel acicalada con esmero, a excitación masculina y a gel de baño acabado de aclarar. Con la lengua arrancaba estremecimientos en el cuerpo del americano, que solo se movía cuando los temblores recorrían su espina dorsal, como nunca antes le había sentido; sus palmas extendidas y apoyadas en los muslos de Jonathan recogían cada espasmo, cada temblor de placer...

—Por favor, no sigas —atinó a pedir Jonathan.

La levantó en vilo, como si no pesara. Verónica sintió la fuerza de los brazos de de Jonathan, más anchos que sus propias piernas. Le recibió arqueando su espalda, echando la cabeza hacia atrás. El aliento de Jonathan se condensaba sobre sus pechos, mientras le poseía.

Verónica escuchó la caída de algunos frascos al suelo, los crujidos del mueble de baño al borde del colapso, y no había nada real en todo aquello. Lo único que parecía real, que lo era realmente, era el amor transmutado en pasión.

Lo único real era hacer el amor con su amante. Las únicas personas que existían en el mundo eran ella misma y Jonathan.

El tiempo pasaba, pero quién podía creer en ese concepto, en esa superstición llamada «tiempo».

Verónica no podía creer, sencillamente, que existiera algo llamado «tiempo». Nada deja de ser eterno cuando la pasión se apodera de una.

En aquel instante fugaz e infinito, creer en el tiempo era como creer en las brujas, en la danza de la lluvia o en los milagros.

Pero descubrió que sí que podía creer en los milagros. El orgasmo compartido fue una experiencia de éxtasis divino, de comunión de almas entre

Jonathan y ella, de fusión de sus cuerpos para formar una persona nueva.

Fue el presente que se alimentó del espacio y del tiempo.

Cuando Verónica pudo volver a creer que tenía el control de su cuerpo y de su vida, no tuvo tiempo de sentirse avergonzada por las lágrimas de felicidad que corrían por sus mejillas y que desnudaban su espíritu mucho mejor que ninguna ausencia de ropajes podría haber conseguido jamás.

Porque eran idénticas que las que bajaban por el rostro de su amante...

Por supuesto, los teléfonos de ambos habían sufrido sus propios procesos febriles. Los móviles acusaban más de diez llamadas perdidas cada uno. Jonathan y Verónica los comprobaron después de cogerlos cuidadosamente, como si fueran alguna clase de artefacto calentado al rojo vivo.

—Parecemos dos adolescentes —comentó Verónica, comprobando los mensajes y llamadas perdidas.

—No puedo demorarme ni un minuto más —contestó Jonathan—. Querría quedarme contigo hasta la eternidad...

—Vete, que si no, cumplirás tu promesa.

Jonathan salió del piso de Verónica a grandes zancadas. Lo más rápidamente que podía sin llegar a correr. Y sin poder dejar de comprobar su reloj pulsera cada pocos segundos, como si allí hubiera un mensaje o unos pases mágicos para arreglar lo que quedaba del día, que aparte de largo, iba a ser caótico.

Verónica bajó por el ascensor poco después de la salida de Jonathan.

«Ha bajado por las escaleras para no retrasarme...».

Al llegar a sus respectivos puntos de encuentro con sus empleados, Jonathan y Verónica comprobaron que, educada, sutil y cuidadosamente, éstos les recibieron con la frialdad que uno reserva para recibir a un adolescente irresponsable el cual ha sido destinatario de una confianza que no merecía.

Y que, quizás, estaba empezando a fastidiarlo todo...

Capítulo 4

Los médicos eran cautelosamente optimistas: aparte del feo corte que el austríaco se había hecho en la frente al chocar con la esquina de una mesa, el episodio coronario sufrido no debía dejar secuelas graves. Obviamente, el reposo debía ser absoluto hasta que el equipo médico dispusiera lo contrario. Pero, con el tratamiento adecuado, no debían quedar más secuelas, al cabo de los años, que la cicatriz en la frente producto de los puntos de sutura. Y ésta también podía desaparecer con una buena cirugía plástica.

Doriana había permanecido junto a su marido desde el instante mismo que éste había salido del quirófano, durmiendo en el sillón para el acompañante y alejándose de él solo en los breves momentos en que entraba al baño para higienizarse o cuando iba a la cafetería a comer un bocadillo de cualquier cosa.

Observaba el rostro demacrado de su marido, con las marcas evidentes del infarto y el golpe, y no era exactamente culpa lo que sentía, pero sí una sensación de alarma que le erizaba la piel de la nuca.

Quizás todo se definiría por la fidelidad que demostrara hacia las necesidades vitales de su esposo, en ese momento aciago. Y Doriana descubría que, a medida que pasaban las horas, a medida que se iba compenetrando más y más en ese papel de esposa abnegada, embargada por la preocupación, más difícil le resultaba estar segura de sus sentimientos, de dónde acababa aquello que ella suponía que estaba representando, y dónde empezaba la realidad.

O una realidad nueva, en todo caso.

Wolfgang parecía haber adelgazado diez kilos. Parecía haber envejecido diez años. Evitar que aquella imagen deplorable de su marido no desarmara sus defensas hasta no hacerla sentir llena de piedad, incluso de arrepentimiento, era una tarea ardua, quizás más de lo que sus fuerzas podían afrontar...

Cuando alguna lágrima corría por su rostro hasta morir en su cuello, Doriana no podía desentrañar por quién, verdaderamente, estaba llorando: si sus sufrimientos se debían a la lástima por ella misma, o dolor por el transe que estaba pasando su marido.

Y sentía que esa misma inseguridad le llenaba de odio hacia Wolfgang. Hacia aquel hombre que no podía nombrar como «mi Wolfgang» ante médicos y enfermeras sino con terror de que se le escapara un gesto de desprecio o de

odio, o que la lengua se le trabara de tal forma que ya no pudiera ser posible seguir contando con ella.

Había conseguido mantener a raya la reflexión profunda acerca de sus sentimientos y de su situación, entre otras cosas, gracias a la no menos trabajosa tarea de mantener a raya a la infinidad de *paparazzi*, curiosos y lunáticos, que la noticia del infarto de su marido había congregado en torno a la clínica y a sus personas.

«Todo saldrá a la luz, ya no puedo hacer nada para evitarlo...», se angustiaba Doriana observando el sueño del austríaco, sintiéndose sin escapatoria, como debajo de una espada de Damocles invisible.

Y permanecer junto a su marido horas y horas funcionaba para mantenerse a salvo, para sentir que ese papel de preocupada esposa podía de alguna manera, milagrosamente, convertirse en verdad.

Doriana deseaba con todas sus fuerzas ser aquella esposa solícita, que se desvivía por su hombre convaleciente y desamparado.

Lo deseaba como a nada en el mundo.

Como se puede desear lo imposible.

Pero Wolfgang seguía allí, en su cama, respirando suavemente, con más y con menos dificultad. A veces durmiendo plácidamente, y otras agitándose en un sueño que debía ser, como mínimo, desagradable.

Doriana lo observaba aterrada, esperando el momento en que Wolfgang abriera los ojos y la descubriera...

—¿Dónde estoy? —la voz de Wolfgang la sobresaltó, arrancándola de la semivigilia.

—Wolfgang, mi Wolfgang... —contestó Doriana, levantándose del sillón y acercándose unos pasos, pero sin atreverse a tocarlo.

—¿Dónde estoy? —volvió a preguntar Wolfgang.

—Has tenido un accidente, mi amor.

—¿Un accidente? ¿Estoy en un hospital?

—Has sufrido un infarto. Han debido operarte de urgencia.

—Por Dios, qué débil me siento. ¿Qué me ha pasado?

—Te salvaron la vida aquí mismo. Tuviste un infarto y un golpe tremendo en la frente. Estabas cubierto de sangre cuando te vi. Era horrible.

—Un infarto...

—Sí. Por suerte te trajeron en seguida. Te operó el jefe del servicio de cirugía cardiovascular, tú le conoces.

—Estoy muy cansado. Déjeme dormir un poco más, señorita.

—De acuerdo —Doriana había demorado un siglo en contestar. «¿Señorita?»—. Llamaré a la enfermera para avisarle que has despertado.

Wolfgang no contestó.

Había vuelto a quedarse dormido, respirando suavemente, sin apenas hacer ruido alguno mientras su pecho subía y bajaba rítmicamente debajo del pijama de hospital.

—Señora Radszuweit —dijo la enfermera, entrando a la habitación—. ¿Me ha llamado? ¿ha sucedido algo?

—Mi Wolfgang ha despertado, pero en seguida ha vuelto a dormirse.

—Muy bien, señora Radszuweit. Eso está muy bien —la enfermera comprobaba los aparatos electrónicos y los goteros—. En un minuto subirá el doctor.

—Me ha llamado «señorita».

—¿Cómo dice, señora Radszuweit?

—Me ha tratado de usted. Es como si no me hubiera reconocido...

—Eso tiene que comentárselo al doctor, señora Radszuweit, él sabrá qué hacer.

—No me ha reconocido. No sabe quién soy —Doriana seguía hablando, pero era ya para sí misma.

—Por favor, señora Radszuweit, mantenga la calma. Su marido necesita que usted se mantenga fuerte. En seguida sube el doctor.

La enfermera salió de la habitación tan a prisa como había llegado. No había mentido, ya que a los pocos instantes entró el especialista que había operado a Wolfgang.

—¿Qué tal, Doriana? —la saludo familiarmente con su voz profunda y algo cascada por los años.

—Oh, doctor Fernández, mi Wolfgang acaba de despertarse.

—Eso está muy bien. ¿Te ha dicho algo?

—No me ha reconocido. No me ha tuteado, ni me ha llamado por mi nombre. Me trató de usted, de «señorita»...

—Bueno, Doriana, no te alarmes —el doctor Fernández quería inspirar sosiego a la esposa de su amigo. Sus amplias cejas entrecanas permanecían separadas, y en su frente no había más arrugas que las que los años habían ido tejiendo lentamente—. Habrá que hacer algunos estudios, pero no pierdas los nervios.

—Mi Wolfgang no sabe quién soy...

—Mira, Doriana, no hay que ser alarmistas en estos casos. Wolfgang

ha sufrido un trauma bastante severo en la zona frontal del cráneo, por lo que es posible que sufra una amnesia traumática.

—Por favor, no me digas eso...

—Pero también puede ser, simplemente, que se haya despertado confuso por las horas de inconsciencia y por la operación. En cualquier caso, habrá que esperar.

—Yo no puedo esperar sin hacer nada.

—No lo veas así, Doriana. Tu tarea es mantener la calma y darle apoyo a tu marido, para que pueda recuperarse lo antes posible y de la mejor manera. Yo eso no lo veo como «no hacer nada», y tú tampoco deberías verlo así.

—Estoy muy preocupada.

—Por ahora, no tienes motivos para estarlo —el doctor dio unas breves palmaditas en los hombros de Doriana—. Ahora tengo que irme. Llama a la enfermera si se produce cualquier novedad.

—De acuerdo, lo haré.

—Y descansa un poco, mujer, que si no acabarás peor que tu marido.

El médico se retiró de la habitación después de garabatear unas pocas anotaciones en unos papeles que colgaban de la piecera de la cama.

Doriana se quedó sola y más nerviosa que nunca, junto a su marido.

Todo se había desquiciado. Wolfgang había ido a hablar con ese condenado joyero. Fuera lo que fuera lo que habían hablado, había sido suficiente como para que Wolfgang sufriera un infarto allí mismo.

La horrible herida en la frente.

Una posible amnesia...

Wolfgang olvidándose hasta del nombre de su esposa, y seguramente de infinidad de cosas más.

Quizás no sabía que estaba casado, que era un empresario poderoso.

Quizás, incluso, ni siquiera recordaba lo último que estaba haciendo, ni con quién había conversado, ni de qué.

«Es posible que Wolfgang ni siquiera se acuerda de por qué había ido a la joyería, ni de qué había hablado con su propietario» se repitió mentalmente, con lentitud, Doriana.

Sus ojos se desplazaron del vacío que estaba mirando sin ver mientras reflexionaba sobre el vendaval de acontecimientos en que se veía envuelta, hasta los párpados cerrados de su marido. Comprobó que éste estaba soñando: los globos oculares bailaban debajo de los párpados.

«Wolfgang, ¿es verdad que ni siquiera te acuerdas de la joyería, ni del joyero, ni de nada?» se preguntó con incredulidad, deseando coger de las solapas a su marido para despertarlo y lanzarle aquella pregunta a la cara y repetírsela diez, cien, mil veces, las veces que fueran necesarias, hasta que éste le contestara lo que sea que debía contestarle, a condición de que la respuesta fuera negativa.

Por un instante, Doriana sintió que, si no controlaba sus nervios, ella era la siguiente en la lista de los infartados en aquella clínica.

Las posibilidades que se abrían eran infinitas...

Capítulo 5

—De acuerdo, sí —decía Verónica, analizando detenidamente los papeles.

El sol se colaba por entre los huecos de la persiana veneciana de la amplia oficina cubriendo la pared opuesta de franjas blancas, casi amarillentas. Habían sido muchas horas de trabajo las invertidas aquel día. Estaba agotada, solo la preocupación le mantenía en su sillón, pendiente de los datos que el contable desgranaba con voz impersonal.

Los informes estadísticos eran claros. Los gráficos de barras mostraban una importante depreciación en las ganancias de las últimas semanas. El empleado del área contable de la empresa iba explicando los distintos flujos y variaciones de rendimientos con voz impersonal, pero con un dejo de tensión.

La reunión estaba siendo muy ilustrativa de la deriva en la que había caído su empresa, y Verónica no estaba sorprendida. No solo había descendido la productividad de sus empleados, sino también la suya propia.

—Aún estamos organizando los datos de los últimos días, pero no parece que se haya revertido la tendencia —dijo, para finalizar, el contable.

—Te agradezco la sinceridad —Verónica se obligó a sostener la mirada de su empleado, asumiendo su responsabilidad en el descalabro.

—Es mi trabajo.

—Me parece perfecto. Me has dicho las verdades del barquero; era lo que necesitaba en este momento.

—Vuelvo a mi oficina, entonces. Prepararé la presentación para la junta.

—Hazlo, por favor.

El empleado se retiró, y Verónica se quedó sola con sus pensamientos. Y con los papeles esparcidos sobre la mesa.

«Qué bueno que no me vea nadie en este momento» pensaba Verónica, sintiendo que se le sonrojaban las mejillas.

Aquellas cifras eran bochornosas...

Por primera vez en días, la aparición de su amante en sus pensamientos no fue grata, ni sugerente.

¿Jonathan era un problema? ¿Jonathan estaba convirtiéndose en un problema para ella?

Verónica no podía permitirse que los problemas escaparan a su

control. Eso era una verdad patente, incuestionable.

Aquella noche Jonathan iría a su piso. Como cada noche. A Jonathan le faltaba, solamente, llegar un buen día con su equipaje e instalarse definitivamente con ella.

Vivir con ella. Convivir...

Quizás después...

Más adelante...

Jonathan... Y ella... Nosotros...

Nosotros dos...

Aquella sucesión de ideas le arrancó una sonrisa soñadora...

¡Pero no! ¿Es que acaso estaba loca? ¿Es que acaso quería echarlo todo a perder?

Allí, en esa empresa que había sabido crear desde cero, sin pedirle un favor a nadie, estaba su vida, su futuro.

¡Tenía una responsabilidad!

Había empleados que dependían de ella. Y, aunque no tuviera a nadie contratado, aunque no le importaran en absoluto sus colaboradores, tenía una responsabilidad ante sí misma infinitamente importante.

Ella debía ser la jueza más dura de sí misma.

Y, sinceramente, no lo estaba siendo.

Pero aquello debía cambiar.

Cogió su móvil y tecleó rápidamente un mensaje. Si demoraba un segundo más, no iba a ser lo suficientemente rápido, y se arrepentiría.

«Hoy no vengas. Estaré ocupada».

Corto y directo. También frío. ¿Demasiado frío, tal vez? Ya estaba, otra vez sucedía, Jonathan monopolizando sus pensamientos. ¿Qué importaba si, acaso, por ventura, el mensaje era demasiado frío? ¿Es que podía romperle el corazón a aquel hombre que le doblaba en peso si no le trataba delicadamente?

Un rayo de sol rebotaba en el borde de alguna de las láminas de la persiana veneciana y se descomponía en un pequeñísimo arcoiris sobre el cristal de su mesa. Era una imagen bella y dulce. Lo último que necesitaba era que la belleza del mundo le ablandara esa parte del corazón que sirve para tomar las decisiones difíciles.

Se permitió una breve, sofocada carcajada ante la imagen que se desplegaba en su cerebro. No, no había dudas: Jonathan no era frágil como una rosa. No tendría necesidad de protegerlo, de cubrirlo por una campana de

cristal para resguardarlo de las duras inclemencias del tiempo. Ni nada parecido.

Pero había sido demasiado dura. Cinco palabras para cortar con una costumbre de cinco semanas eran muy pocas palabras...

«Estaré ocupada, mi amor. Lo siento».

Este último mensaje no era redundante. ¿O sí que lo era?

El reloj que colgaba en la pared del despacho le mostraba lo mucho que había avanzado la aguja del minuterero desde que su empleado había salido por la puerta...

Verónica se levantó de su asiento golpeando la mesa con las palmas.

Ya estaba bien de perder el tiempo...

Aquella era una más de la maratónica lista de reuniones de la semana. Nada especial. Sin embargo, Jonathan tuvo que tomarse un respiro de varios minutos, encerrado en el pequeño estudio de su habitación de hotel, antes de decidirse a acometerla.

«Hoy no vengas. Estaré ocupada».

Y, dándole tiempo para que pudiera leer aquel mensaje varias veces, el segundo:

«Estaré ocupada, mi amor. Lo siento».

¿Ocupada? ¿Pero en qué podría estar ocupada, Verónica, a las horas que solía arribar a su piso?

La idea de que Verónica pudiera estar saliendo con otro hombre hizo que temblara el móvil en su mano.

No podía ser.

La entrega con que Verónica era capaz de mirarlo cuando hacían el amor solo era comparable a su propia entrega hacia ella. Y aquello, tan repetido por infinidad de parejas a lo largo de los siglos pero que les estaba tocando a ellos mismos representarlo en ese momento, no se podía fingir ni disimular.

Claro que no era posible que Verónica estuviera con otro.

Sus sentimientos...

Cómo le costaba pensar acerca de lo que sentía...

Aún no lo habían explicitado todo. Faltaban las palabras mágicas. Eran solo dos palabras las que faltaban pronunciarse...

¿Por qué demonios le había dicho que estaría ocupada aquella noche?

Era un pretexto, una invención.

Una mentira.

Simplemente una mentira.

¿Cómo podía mentirle? ¿Es que ella no...?

—Bueno. Vamos allá —anunció a sus colaboradores—. No hagamos esperar a nuestros anfitriones...

Su interlocutor ya le esperaba en la amplia sala de reuniones del Hotel, alquilada expresamente para la ocasión.

Se saludaron apretándose fuertemente la mano. Ambos hombres midieron el carácter del otro en aquel apretón de manos. Y comprendieron que no cabía esperar ni piedad ni cuartel aquella tarde.

Al finalizar la reunión, los empleados de Jonathan estaban admirados de la dureza negociadora que había aplicado su jefe.

Capítulo 6

Wolfgang seguía recuperándose bajo los solícitos cuidados de aquella bellísima mujer con la que se había casado.

Era realmente una preciosidad, un ángel...

En cierto sentido, Wolfgang se consideraba afortunado por la oportunidad que la amnesia le había brindado de admirar con mirada nueva, sorprendida y extasiada, a aquella mujer la cual, aunque no podía hallar en ningún rincón de su memoria hecha trizas, no le extrañaba en absoluto el hecho de que lo hubiera enamorado.

—Cómo me miras, Wolfgang —le decía Doriana cuando le descubría así embelesado— Cuida tu corazón, mi amor...

—Perdona, Doriana —era un esfuerzo tutear a aquella mujer que sentía que jamás había tratado en el pasado—. No quiero incomodarte.

Doriana se reía y le acariciaba la cara como a un niño. El austríaco parecía que había olvidado la fea costumbre de cogerse el lóbulo de la oreja y martirizarse.

—Que no, tonto, que no. ¿Cómo podrías incomodarme? Estamos casados, mi cielo, no lo olvides.

—No me pides casi nada. Lo he olvidado casi todo. Ni siquiera estoy seguro de mi propio nombre.

Doriana volvía a sonreír. A seducir a su marido, enamorarlo nuevamente. No hacía falta mucho...

Todo parecía ir sobre ruedas. Lo peor había sido despedir a Jean-Loup, aquel maldito joyero, que había llegado a la clínica con un ramo de flores y su estúpido bigotito sobre la sonrisa que parecía fijada, esculpida.

Evidentemente, no le había permitido entrar a la habitación. Le había recibido fuera, y había podido ahuyentarlo con un par de excusas mal hilvanadas, pero que en labios de una esposa eran incontestables.

El joyero parecía sinceramente preocupado por su cliente. Eso nadie podía dudarlo. Le había visto desplomarse en su propia oficina y abrirse la cabeza. Pero no le había dejado ni entrar a saludarle.

Lo último que necesitaba era un joyero entrometido que pudiera disparar la memoria de Wolfgang...

En dos minutos le había recibido y despedido. Le había dejado allí, plantado, con su suspicaz expresión y su sonrisita idiota.

Ya se ocuparía de ese intrigante...

Y después, todo había ido sucediendo cada vez más plácidamente, como un plan que se desarrolla según lo proyectado. Como un plan cuidadosamente diseñado y ejecutado. Y era una completa improvisación.

«Oh, chica, tómalo como viene» se decía Doriana, viendo pasar los acontecimientos frente a sus ojos y aprovechándose de cada oportunidad para seguir ascendiendo, alejándose del pozo en el que estaba hundiéndose, ascendiendo palmo a palmo, cogiéndose de una saliente, de una roca, en la pared vertical de un acantilado.

Wolfgang se derretía por ella. No había más que verlo para percatarse del encanto que ejercía sobre él.

Y el doctor Fernández siempre dándole ánimos, siempre explicándole que Wolfgang podía recuperar la memoria en cualquier momento. Pero no se lo veía muy confiado de que aquello fuera a ocurrir pronto, y cuanto más pretendía tranquilizarla acerca de ese tema, más evidente resultaba que el pronóstico no era halagüeño.

Si solo sucediera que Wolfgang no pudiera recuperar la memoria nunca más...

Doriana ahuyentaba ese pensamiento de su mente.

No quería abrigar ilusiones desmedidas.

Verónica había intentado retrasar lo más posible el momento de ir a acostarse, porque sabía que las sábanas estarían frías, como cuando se las tiende a secar un día de invierno. La frialdad, por supuesto, no sería una sensación física. Sería un desasosiego inevitable, para el cual no habría escondite posible, porque el peor sitio del mundo para esconderse es una cama cuando está vacía a pesar de faltar una de las dos personas que tienen derecho en yacer en ella.

Verónica se sonreía a sí misma, recordándose cuando era solo una chiquilla, escondiéndose bajo los elásticos metálicos del somier de su habitación en la casa paterna, intentado ser invisible o hacerse muy pequeña y sin conseguirlo, es claro. Cualquiera que juegue al escondite sabe que, entrando a una habitación, el primer lugar que hay que comprobar es el más obvio...

«Perdía siempre», recordaba Verónica. No había forma de jugar al escondite con las amigas, cuando la visitaban, si porfiaba en convencerse de que el amplio edredón rosado que cubría su lecho, como una cortina, le ocultaba tan perfectamente que a nadie se le ocurriría jamás alzarlo para ver

qué, o quién, había debajo.

Definitivamente, arrastrarse debajo de la cama era estupendo para encontrar de casualidad objetos perdidos, pero una pésima idea para intentar que no la encontraran.

Y la situación se estaba repitiendo con un paralelismo que, al menos simbólicamente, no admitía discusión.

Aquel día había trabajado como no lo había hecho en varias semanas. Sus empleados habían visto a una Verónica renovada, idéntica en energía, en entusiasmo y en determinación a la que habían conocido antes. Rápidamente, aquella inyección de fuerza de Verónica se había contagiado al resto de trabajadores, y la jornada se transformó en una maratónica acumulación de horas de trabajo y de productividad.

Al acabar el día se despidieron agotados y felices. Las nubes parecían haberse alejado, engullidas por el horizonte.

Pero después, una vez estuvo sola, Verónica había sentido todo el impacto de la decisión tomada.

Conducir su coche había sido bastante más que ingrato. Había encendido la radio, y había cambiado de emisoras, irritada, durante calles y calles, hasta caer en la cuenta de que el motivo por el cual no encontraba ningún programa de su agrado era, sencillamente, porque no quería escuchar la radio.

Apagó el aparato y dejó que un silencio abrupto se adueñara del interior de su vehículo, solo herido por el tráfico que la rodeaba y los engrasados mecanismos que accionaba casi sin percatarse. Aquello era mucho más tolerable que oír música que no quería escuchar o atender palabras cuyo contexto no podía serle más ajeno en ese momento.

Verónica comprendió que el silencio la relajaba.

Pero la dejaba sola con sus pensamientos...

De todos modos, el trayecto hasta su casa no había sido nada comparable a la congoja de introducirse en su habitación, encender la luz de la mesilla de noche, y comprobar que la cama seguía allí, sin moverse.

Y que la estaba esperando. Que nadie la había robado en su ausencia.

Verónica abrió las sábanas, y esa acción fue lo más parecido a coger un espejo de mano para mirarse directamente a los ojos cuando una se avergüenza por alguna mala acción, por un gesto cobarde o mezquino, y sentir que cuesta mantener esa mirada, que no es otra que la propia cuando la sinceridad se vuelve dura.

«Pero yo no soy cobarde ni mezquina».

La penumbra, a su alrededor, iba perdiendo profundidad. «Los mezquinos y los cobardes huyen, no toman decisiones. Y yo he tomado una decisión...».

Los muebles se perfilaron, tornándose definibles sus contornos, en diferentes matices de azul, de negro y de granate, protegiendo su perfecta neutralidad, su indiferencia ante las preocupadas preguntas de Verónica.

«No puedo tirar por la borda todo por lo que he luchado».

En la quietud de la habitación aislada del mundo exterior por el doble cristal de las ventanas, su respiración se oía con claridad.

«Quizás tendría que haberle llamado».

Al ritmo de sus inspiraciones y espiraciones, sonidos de calidad bien diferenciada, que sonaban como cuando se percute delicadamente con la escobillas los platillos de una batería, apenas acariciándolos, el sordo murmullo de los latidos de su corazón se abría paso como un redoble lejano.

«Pero es que me estoy comportando como una tonta. ¡Es solo una noche».

El aire había abandonado su aparente inmovilidad hasta convertirse en la sutilísima, etérea masa similar al más liviano de los líquidos, en constante movimiento y alterado por la respiración de Verónica, por el paso de un camión en la calle, por la apertura de una puerta en otro piso. El rubio, casi transparente vello del dorso de las manos de Verónica recogía cada movimiento del aire en la habitación.

«Mañana será otro día. Y si no nos vemos, tampoco pasa nada. Y si está molesto, yo no puedo hacer nada para remediarlo. Es su problema, no el mío».

Los muebles más pequeños habían comenzado a desdibujarse.

«Yo no soy la esclava de nadie. Tengo...

La respiración era profunda, pero indeterminada.

...mi propia vida. Yo...

El armario había sido cubierto como por una lona negra.

...tengo responsabilidades».

La habitación estaba cubierta por un líquido denso, acuoso e inmóvil. No se transmitía la más mínima vibración sonora.

«¿Por qué has venido? Te he dicho que estaría ocupada».

La pradera estaba cubierta de una hierba verde que se elevaba un poco más allá de los tobillos.

«No ves que no puedo estar contigo, Jonathan?».

Había que recorrer lomas y lomas si se quería alcanzar alguna parte en ese paisaje desierto, pero idílico.

«No estés triste, mi amor. ¿Por qué lloras?».

Jonathan había llegado hasta ella arrastrando sobre la tierra las alas de sus espaldas, sin preocuparse de los tallos y ramas secas que se habían ido enganchando entre las plumas por el camino.

«Me harás llorar a mí también».

El viento, que había estado soplando suavemente, transportando el aroma de las flores, estaba arreciando. La hierba comenzaba a doblarse hasta parecer que crecía paralela a la tierra y exponiendo la cara brillante al sol.

«Si no tienes cuidado, el viento te arrastrará. Deberías ceñirte más las alas al cuerpo, mi amor».

Un remolino de aire amontonó hojas secas en un espiral que se elevó varios metros, como sucede en otoño en las avenidas arboladas.

«Me estoy asustando, Jonathan. ¿Es que acaso no te importa que el viento te lleve? ¿Te da igual tu destino?».

Cuando el remolino pasó sobre el americano, le levantó del suelo con facilidad. Verónica corrió a cogerlo, pero un arrebato de viento la elevó por el aire en dirección contraria, alejándola de Jonathan cientos de metros.

«¡Jonathan! ¡Oh, Jonathan!».

Un rayo de luz inundó el cielo, blanco y cegador. En la mesilla del noche, el reloj despertador hacía sonar sus campanillas con estridencia, mientras las minúsculas patas de plástico que lo sostenían vibraban contra la madera.

Verónica consiguió apagar el despertador después del tercer manotazo mal dirigido.

—Dios, qué escándalo horrible... —murmuró, saliendo de entre las sábanas.

Fuera lo que fuera aquello que había estado soñando, había sido suficiente para empaparla con un sudor caliente de pies a cabeza, como cuando se duerme con fiebre alta.

Verónica se despojó de la ropa de cama con urgencia, arrojándola lejos de sí. No quería demorar un solo instante la ducha de aquella mañana.

Dejó que el agua acariciara su cuerpo durante varios minutos, hasta asegurarse de que la angustia y el mal humor se habían escurrido por el sumidero.

Al acabar de vestirse, comprobó su móvil. No había novedades.
Ni siquiera de Jonathan...

«Pues ya ves, tonta. Jonathan se lo toma mucho mejor que tú».

Verónica sentía cómo sus sienes volvían a humedecerse. No sabía si era por el calor o la indignación.

Capítulo 7

La nube de reporteros gráficos, fotógrafos y curiosos en general había ido mermando al ir pasando los días. Solo los periodistas más tenaces aún mantenían las guardias frente a la clínica, a la espera de poder cazar algo más que las cuidadosamente tediosas comparecencias públicas del doctor Fernández o de alguno otro de los miembros de su equipo.

La intimidad de su paciente y amigo, el importante empresario austríaco Wolfgang Radszuweit, era cuidada con esmero por el personal de la clínica. Las instrucciones al respecto por parte de la dirección habían sido inequívocas, y se trataba de un amigo personal de uno de los especialistas más prestigiosos de la institución. No podía haber dudas ni vacilaciones al respecto por parte de nadie.

Y menos aún, después de la desagradable escena que había montado la joven esposa de Wolfgang el día que habían dejado pasar, casi sin ponerle más trabas que preguntarle si era amigo o familiar del paciente, a aquel reconocido joyero de celebridades y millonarios. Si el hermetismo había sido bastante riguroso hasta ese momento, después fue absoluto, como si allí se estuviera tramando una conspiración.

Era irrefutable que allí estaba cocinando a fuego lento una trama sórdida. Doriana había rehecho su imagen ante su marido, y no tenía intenciones de acelerar en absoluto la recuperación de su memoria. Se había visto, ya, con un pie sobre el abismo, y la había salvado una especie de milagro.

Pero un milagro que nada tenía que ver con el amor o con la bondad.

Solo con la fe, pero con el lado más oscuro de ella.

Doriana comprobaba que, una vez más, su seguridad y confianza en sí misma eran sus mejores armas, eran las protecciones más eficaces contra la adversidad, contra las pruebas que el destino, y la forma de vida siempre al límite que había elegido vivir, iban acumulándose en su camino.

Solo con una sangre fría absoluta se podía ir avanzando día a día, sin pensar demasiado en el futuro, sin saber en qué momento Wolfgang se recuperaría de su amnesia, desencadenándose la tormenta que había estado a punto de explotar, y que se había esfumado en el aire como una pompa de jabón.

Doriana aspiraba, de todas maneras, a que la convivencia feliz de aquellos días suavizara a su marido, le hiciera volver a las dudas que

atribulaban su existencia cuando quería enfrentarse a las decisiones que afectaban su relación con ella.

Wolfgang estaba admirado de haberse casado con ella.

Se le notaba en los ojos, en la forma que la miraba y le hablaba.

Sencillamente, parecía creerse el hombre más afortunado de la tierra: poseía empresas, salía en las revistas, todo el mundo parecía conocerle, admirarlo y estimarle. Y, lo más importante, tenía una esposa que amaba y que le amaba, que le dejaba sin aliento, que parecía que no esperaba el momento de volver a tenerle, otra vez, entre los brazos.

La recuperación física avanzaba con cierta rapidez.

Wolfgang se había ido levantando de la cama desde los primeros momentos, y los breves paseos se habían ido haciendo cada vez más largos.

El austríaco comprobaba, con satisfacción, que ese desconocido que era él mismo, aparentemente, era un hombre tenaz. Más aún: testarudo.

Su recuperación era dolorosa y desagradable, pero Wolfgang Radszuweit sabía hacer frente a esos contratiempos, como una persona acostumbrada, de toda la vida, a sobreponerse a la adversidad.

Si su vida se hubiera limitado a sus problemas médicos, el redescubrimiento de su maravillosa esposa y de sí mismo, se habría considerado un hombre perfectamente feliz.

El único detalle enojoso era la curiosidad que, era claro, despertaba su internamiento en la clínica en el mundo exterior. Y, por supuesto, la irritante presencia de los periodistas, profetas paganos de esa religión entrometida.

Las veces que se había asomado a la ventana de la habitación, había descubierto en seguida que los fotógrafos aprovecharían cualquier oportunidad para retratarlo, y aquello le había ahuyentado, definitivamente, de la exposición pública.

De todos modos, si en verdad quería recuperar su vida anterior, veía bastante claro que cuanto antes se acostumbrara a ese acecho, tanto mejor para él.

El doctor Fernández le visitaba a diario. Era otro de aquellos amigos que sentía que no había visto en la vida, pero que le trataba con ese tipo de cordialidad que se reserva para las personas estimadas.

Después de hablar con él unos minutos, se llevaba a Doriana aparte con cualquier excusa, y en seguida volvía para despedirse.

También aparecían, varias veces cada día, algunos de los empleados más cercanos de sus empresas, que le iban comunicando las novedades, le

hacían alguna consulta y se despedían deseándole una pronta mejoría. Según parecía, a pesar de que su ausencia, en la toma de decisiones, implicaba un resentimiento en algunas áreas, tampoco significaba aquello que sus empresas estuvieran yéndose irremediabilmente a pique o que sus acciones hubieran pasado a valer menos que el papel mojado.

Al cabo de unos días le dieron de alta. La marea humana de periodistas y curiosos había vuelto a subir ya desde la víspera, y hubo de salir por una de las puertas secundarias, en un automóvil con los cristales tintados.

Para la ocasión, Doriana había estrenado un vestido digno de una princesa de cuentos de hadas.

Wolfgang no veía la hora de estar, de una vez por todas, a solas con aquella mujer de infarto que era su esposa.

El doctor Fernández tampoco había visto la hora, pero de que se fuera aquella mujer de su clínica. Anteriormente casi no la había tratado, por lo que no la había llegado a conocer en profundidad, pero no parecía aquella mujer la adecuada para su amigo.

Y menos se lo parecía las veces que recordaba algunas desapariciones, muy pocas, quizás dos o tres, que había tenido los últimos días. Y lo turbado que parecía uno de los médicos jóvenes de la clínica cuando le había visto pasar conversando con ella.

Una situación sin duda equívoca.

Pero no quería pensar mal. Ni era su trabajo, ni beneficiaba a nadie.

Bastante tenía Wolfgang, su pobre amigo, con recuperar su maltrecha memoria, si es que lo conseguía alguna vez, para abrumarle con sus dudas y sospechas sin pruebas de ningún tipo, como si no fueran más que meras insidias.

De todos modos, era un alivio que aquella mujer ya no estuviera por allí...

—Bueno, ¿qué tenemos?

—Vamos con un poco de retraso, señor Bradstreet —contestó uno de los asistentes.

—Bien, pues démonos prisa.

Aquel día no había recibido ningún mensaje de Verónica.

Él tampoco le había escrito nada, ni al móvil ni por correo electrónico

Ni la había llamado.

—Mejor será que avisáramos de la demora —le sugirió el mismo

asistente que había hablado antes—. Con el tráfico en esta ciudad, nunca se tiene nada claro.

—Perfecto, haz lo más conveniente.

No había pasado una buena noche. Antes de acostarse se había tomado una ducha con agua muy caliente, por bastante rato, pensando que le relajaría y podría dormir bien, pero no había servido para nada. Había dado vueltas en la cama, quizás, más hora y media, antes de conciliar el sueño.

A la mañana los párpados se le desplegaron antes de la hora que debía sonar el despertador, y no pudo dormir más.

—El trato está prácticamente cerrado, señor Bradstreet. Solo hay que aclarar algunos detalles menores de la operación, y el papeleo.

Al principio no había sido consciente de ello, pero después había caído en la cuenta de que la impresión que le habían producido aquellos mensajes había sido tal, que no los había respondido sino al cabo de más de una hora.

—Siempre puede haber alguna sorpresa.

Leyendo su propia respuesta a posteriori, había debido reconocerse a sí mismo que no había tenido ningún éxito en intentar ocultar el despecho que había sentido ante los mensajes pidiéndole que no fuera aquella noche.

—El historial de relaciones entre ambas empresas no puede ser mejor, señor Bradstreet. De todos modos, es como usted dice, hay que prever cualquier escenario de negociación para evitar sorpresas.

Aquella excusa mal hilvanada, aquello de que iba a «estar ocupada» había sido irritante e innecesario. Verónica no tenía por qué mentirle de esa manera.

—Precisamente, se pueden aprovechar de esa situación para intentar pillarnos con la guardia baja.

¿En qué podía estar ocupada Verónica, a esas horas? Si lo que les estaba pasando era el comienzo de una relación, debía fundarse en el respeto y la confianza.

—Estaremos atentos, señor Bradstreet.

Incluso, tomando en cuenta que todavía no habían explicitado nada entre ellos. Aunque había cosas que con solo sentirlas, no necesitaban de palabras.

—Habrà que confiar en nuestro instinto. No podemos olvidarnos de que los informes son solo palabras.

Si Verónica estaba saliendo con otro hombre, no tenía ninguna

necesidad de montar una farsa. Ambos eran adultos.

—Comprobaremos detenidamente cada propuesta, señor Dorman.

Verónica podía salir con otro hombre, si quería. Pero debía ser sincera con él, y no permitirle abrigar falsas esperanzas.

—Lo que me preocupa es que quizás estén jugando a dos puntas. Si están haciendo una doble negociación, debemos averiguarlo cuanto antes. No podemos permitir que nos utilicen para fortalecer su posición frente a otros. Eso sí que sería una pérdida de tiempo lamentable, entre otras cosas.

Jonathan no quería ni imaginar la posibilidad de que hubiera estado utilizándole todo este tiempo para darle celos a otro hombre. Había estado fuera mucho tiempo, quizás demasiado, y Verónica era una mujer maravillosa. Seguramente habría atraído a infinidad de pretendientes en su ausencia.

—Nunca ha habido esa clase de inconvenientes con los representantes de esa empresa, pero no está de más cerciorarse para estar, señor Bradstreet.

Debía volver a verla, y rápidamente. Ya vería si se lo preguntaba directamente, o intentaba averiguarlo de una forma indirecta.

—En sus ojos hallaré las respuestas —dijo Jonathan a sus colaboradores.

—¿Perdón, señor Bradstreet? —preguntó, cautamente, uno de ellos.

—Oh... —Jonathan miró a los hombres que le rodeaban como si acabara de encontrarse con ellos—. Nada. Cerciorémonos de si su posición es seria, cerremos el trato de una vez y sigamos la marcha.

Los empleados le respondieron afirmativamente. Varios de ellos le miraban como si quisieran darle ánimos. A Jonathan, aquellos ánimos, no le gustaron en absoluto...

Capítulo 8

El día había seguido su curso en medio de una actividad laboral incesante. Verónica había vuelto a trabajar hasta muy tarde, incluso se había quedado sola en la oficina un par de horas después de que el último de sus empleados hubiera salido ya. Jonathan había realizado algunas actividades que no estaban agendadas para aquel día. Había exprimido al máximo a sus secretarios, hasta que finalmente había conseguido salirse con la suya y adelantar algunos encuentros que estaban previstos para más adelante.

El cielo había estado límpido todo el día, lo cual había ayudado a ambos para que sintieran que sus fuerzas no flaqueaban. Sin embargo, al llegar la noche, esa misma calidad diáfana de la atmósfera convertía en opresiva la permanencia, en solitario, en cualquier lugar con cuatro paredes. Era una noche cálida y con aromas a flores silvestres. No podía estar hecha para, simplemente, dormir.

Jonathan había intentado dejar de pensar, e irse a la cama como si su vida fuera la más monótona, previsible, que hubiera sobre la Tierra.

No había podido.

Verónica tampoco.

Pero ninguno había intentado comunicarse con el otro.

Ni ese día, ni al siguiente.

No podían decir que habían perdido el tiempo. Verónica había sabido ampliar la cartera de negocios de la empresa, incorporando pequeños inversores. Jonathan estaba cada día más cerca de tener que volver a los Estados Unidos. Afortunadamente, la voz de su madre sonaba al teléfono mucho más recompuesta. Aquella era una mujer fuerte. Él había heredado su carácter, eso estaba claro, además de la testarudez de su padre.

¿Y si era testarudo, por qué, sencillamente, había abandonado?

Celos y orgullo...

Pero aquello había que solucionarlo.

—¿Dime? ¿Eres tú, Jean-Loup?

La pantalla del móvil había parpadeaba, mostrando y ocultando la palabra «Jean-Loup» que, todo ese tiempo, había permanecido guardada en lo más recóndito de sus circuitos. El terminal, era evidente, tenía más capacidad para recordar a las personas que desaparecían de su vida que ella misma, su propietaria.

No había pensado en su anterior jefe, ¿desde hacía cuánto? Seguramente, desde que le había visto por última vez.

—¿Qué tal, Verónica? ¿Estás ocupada? —la voz del joyero era inconfundiblemente risueña, eternamente sonriente en todo su registro.

—Te he atendido porque eras tú —no quería parecer excesivamente brusca—. Estoy trabajando. Pero dime, puedo atenderte.

—¿Cómo estás, tú, bien? —Jean-Loup se mordió el labio, arrepentido. No quería agobiar a Verónica.

—Estoy muy bien, Jean-Loup —tomó aire antes de seguir hablando—. Gracias por preguntar.

—Sí, disculpa. No voy a entretenerme.

Verónica esperó a que Jean-Loup siguiera hablando.

—Verás, Verónica, es por el asunto aquel tan penoso que motivó tu despido.

—Oh, Jean-Loup, te aseguro que lo he superado.

—Estoy seguro de ello. Yo sé que escondes mucha fuerza en tu interior.

—Aguarda un instante.

Jean-Loup tuvo un pequeño espasmo de miedo al creer que Verónica acababa de buscar un pretexto para cortar la llamada. Se relajó cuando escuchó ruidos de papeles y una pequeña conversación. Después, sonó el teclado de un ordenador.

—Sí, continúa —le pidió Verónica, cuando volvió a coger el teléfono.

—No sé si te has enterado que Wolfgang Radszuweit, mi cliente, ha sido internado recientemente.

—Sí, claro. Se publicó en todos los diarios —Verónica sentía que estaba perdiendo la paciencia, que yo no podía hacer nada para remediarlo—. No me habrás llamado para cotillear, ¿verdad?...

Verónica sintió la risa incómoda de Jean-Loup.

—Te aseguro que no.

—Oh, espera un momento, Jean-Loup.

La voz de Verónica sonó algo más lejana de la bocina, pidiéndole a alguien que pasara. Hubo un nuevo murmullo de conversación entre varias personas, el ruido de algún objeto siendo apoyado sobre el cristal de una mesa, y un teclado siendo pulsado rápidamente. En seguida, más conversación, y una puerta que se abría y se cerraba.

—Te veo realmente ocupada...

—Sí, Jean-Loup. Estoy que no paro. Hagamos una cosa: nos vemos a

la hora de comer, en el restaurante al cual voy siempre, y me dices lo que me tengas que decir. ¿Sobre las dos, te parece bien?

Jean-Loup comprobó su agenda electrónica antes de comprometerse. Debía reorganizar algunas actividades, pero no habría mayor problema.

—De acuerdo, Verónica. Me parece muy bien.

—Anota la dirección.

Se despidieron rápidamente, después de que Jean-Loup confirmara a Verónica que había copiado correctamente el punto de encuentro.

Hasta la hora en que salió de la oficina a comer, Verónica no volvió a ocupar sus pensamientos en Jean-Loup.

El joyero, en cambio, una vez cortada la comunicación se había quedado largo tiempo cavilando.

Si no se hubiera dado la circunstancia de que Verónica estaba desbordada de trabajo, era evidente que no le habría citado a comer. Habría escuchado lo que hubiera tenido para decirle, y después se habría despedido con esa encantadora cortesía que tenía ella, que la hacía una persona tan especial, y que le brotaba espontáneamente.

Pero aquellas incesantes entradas y salidas de trabajadores que la consultaban y atendían sus órdenes e indicaciones habían alterado el desarrollo normal de los acontecimientos, forzando un encuentro personal que, de otra forma, no se habría producido.

A medida que se acercaba la hora señalada, Jean-Loup iba notando que su tensión, su nerviosismo, iban en aumento. Como si fuera un adolescente, torpe, inexperto e inseguro que no encuentra una excusa para escaparse a su primera cita.

No eran agradables aquellas sensaciones...

El restaurante no era ostentoso, pero estaba todo muy bien dispuesto. Jean-Loup, con su ojo clínico de décadas dedicadas al comercio y desde los estamentos más humildes, apreció en seguida que aquel era un establecimiento próspero y bien administrado.

Jean-Loup había llegado con algunos minutos de margen, como era su costumbre. El recepcionista, que ya estaba sobre aviso de que él llegaría, le había conducido a la mesa de Verónica, ubicada al fondo del salón.

El joyero se había sentado de tal manera que podía contemplar los amplios y lejanos ventanales que daban a la calle y que le permitían observar el trajín diario. Pasaron oleadas de vehículos de todo tipo, coreografiados según el ritmo de los semáforos. El viento movió las ramas de los árboles de

la acera enfrentada al restaurante. Pasó una pareja discutiendo, y después otra rodeada de sus propios niños, y que parecían gente feliz con su suerte. El motor de un escape defectuoso espantó los pájaros que descansaban escondidos en el follaje. El paso de una nube oscureció, brevemente, toda la escena. Mientras el sol volvía a iluminarlo todo, con una luz cegadora que hacía empalidecer los colores de los objetos, Verónica salía del edificio de oficinas donde había montado su empresa. Cruzaba la avenida caminando en una línea recta, perpendicular al tránsito.

Su cabellera, apenas sujeta por un par de hebillas, era agitada por la suave brisa.

«Esta mujer es como si resplandeciera» pensaba Jean-Loup, admirándose del brillo de los cabellos de Verónica, que la rodeaban, flotando vaporosos, como si fueran la manifestación de su áurea.

—Ya estabas aquí —le saludó la ex empleada en cuanto le descubrió esperándola en su mesa habitual.

—Oh, sí. Llegué no hace nada, en realidad.

Jean-Loup, que se había levantado al verla entrar, la ayudó con la silla, apartándosela para que se sentara.

—¿Has ordenado?

—No. Acabo de llegar, como te he contado. ¿Qué me recomiendas?

—Siempre está todo delicioso. Los platos de pescado son mis preferidos. Yo ordenaré salmón.

—Pues comeremos pescado, entonces.

El camarero se acercó discretamente, en cuanto le llamaron. Tomó nota y se retiró con una reverencia.

—Estás espléndida —Jean-Loup movió los ojos hacia un costado, buscando otra forma más impersonal de decirlo—. Quiero decir, que a ti se te ve muy bien, que pareces feliz. Los negocios marchan bien, ¿verdad?

—Ahora sí —la voz de Verónica sonó orgullosa y melancólica a un tiempo—. He sufrido una pequeña desaceleración, pero nos hemos recuperado.

—Los balances flojos, muchas veces, son más útiles que los ejercicios brillantes. A largo plazo, me refiero —el joyero se maravillaba de que la gracia de Verónica camuflara tan bien las preocupaciones que, ahora sí, podían detectarse en su rostro y tono de voz.

—Creo saber por qué lo dices, Jean-Loup.

—Resolver problemas, enfrentar situaciones adversas, es la mejor

escuela de negocios, créeme.

—El hambre aguza el ingenio, ¿verdad, Jean-Loup? —bromeó, sonriente, Verónica.

El joyero se obligo a no bajar la vista hasta la blanquísima, casi transparente dentadura de Verónica.

—Claro que sí, chica —el camarero estaba sirviendo el pescado—. Pero en este momento prefiero convertirme en un bobalicón, pero vaciar mi plato. Tengo un hambre canina.

Rieron juntos, sintiéndose más relajados. El vino blanco, turbio y afrutado, acompañaba aquellos alimentos a las mil maravillas.

—Cuando llamaste no podía atender a lo que me decías en forma apropiada.

—Lo he notado. Os sobra el trabajo.

—El trabajo nunca sobra, aunque sea demasiado.

—Es muy bueno que digas eso, Verónica, realmente muy bueno. Demuestras una excelente disposición.

—Te lo agradezco. Viniendo de ti, es un cumplido que valoro mucho.

—Te lo mereces. Y me alegra, sinceramente, que hayas sabido ponerte en pie tan rápidamente. Tú sabes que fue muy dolorosa para mí la decisión que tuve que tomar en su momento.

—Eso es agua pasada —Verónica movió una mano—. Yo, en tu situación, habría tomado tus mismas determinaciones.

Hubo un silencio en el que Jean-Loup y Verónica se concentraron en sus propios pensamientos. Después, Verónica siguió hablando.

—Pero dime, Jean-Loup, ¿de qué querías hablar?

—Pues verás, Verónica. El día que mi cliente, Wolfgang Radszuweit, fue internado, antes había pasado por la joyería.

—¿Sí?

—Para hablar conmigo. Quería realizar algunas averiguaciones acerca de aquella compra con doble facturación.

—El anillo.

—Efectivamente, el anillo. Mi cliente no había pagado de más ese anillo, y lo pudo comprobar comparando su documentación y la mía.

—Eso ya lo sabíamos.

—Sí, pero él no. Lo único que sabía era que había recibido una transferencia desde una de las cuentas de la joyería, y quería averiguar por qué.

—Y después descubrió que todo era una trama de la intrigante damita con la que se había casado.

—Pero lo que le sacó completamente de sus casillas fue averiguar que su empleado, aquel guardaespaldas americano que había contratado, tenía que ver con todo ello.

—El guardaespaldas...

—Perdió completamente los nervios. Sufrió un ataque cardíaco en mi propia oficina, y se desplomó, golpeándose la cabeza.

Jean-Loup tomó aire y continuó hablando.

Verónica permanecía muda.

—Me imagino que habrá pensado que su mujer y su empleado tenían algún asunto entre manos. Quizás que la engañaba con él, incluso que pretendían estafarle.

Jean-Loup esperó a que Verónica añadiera cualquier cosa, pero ésta seguía guardando silencio.

—Yo... —Jean-Loup dudaba—. No debería haberte contado todo esto. Lo que pasa es que quiero que sepas que lamento profundamente la injusta evolución de acontecimientos en la que te has visto envuelta. Confió en que no contarás a nadie estas confidencias, porque la discreción es fundamental para mis clientes.

Verónica seguía silenciosa. Sus ojos brillaban por la mezcla de sentimientos que la embargaban. Iba a pestañear, pero se dio cuenta de que quizás aquel era el movimiento que desencadenaría la caída de las gruesas lágrimas que sentía acumularse pesadamente en la base de sus ojos.

No iba a llorar en cada ocasión que hablara con Jean-Loup. Eso, desde luego, no debía suceder...

—Pero, por Dios, Verónica, ¿estás bien? ¿Qué te pasa? —Jean-Loup cogió una mano de su antigua empleada. Después, la cogió por los hombros.

Jonathan, a la entrada del restaurante, vio que un hombre algo maduro, atildado y excelentemente vestido, acariciaba a Verónica mientras hablaba con el rostro a escasos centímetros de sus labios.

A pesar de las alarmadas protestas del recepcionista, el americano comenzó a caminar hacia ellos...

Capítulo 9

Aquella fama había crecido como un líquen monstruoso, alimentado por la deshonestidad maligna de un puñado de medios gráficos y televisivos que se habían lanzado a alimentar la voracidad informativa del público brindándole, siempre en bandeja de plata, todo aquello que podían arrancar de su intimidad. O inventándolo.

Doriana se había tenido que rendir a la evidencia de que solamente el día que había sabido escabullirse de la turbamulta de periodistas que hacían guardia frente a la clínica para aprehender cualquier material con el que llenar páginas de revistas y horas de emisión, había demostrado más rapidez de reflejos que aquellos profesionales.

Después, había debido ser la testigo muda de la exposición pública de su vida. Y de las mentiras y medias verdades que la acompañaban.

Y de los análisis y opiniones desalentadores, rapaces, que eran abonados por esos materiales en tertulias televisivas en las que periodistas y personajes anónimos hablaban de ella como si la conocieran de siempre. Muchos de aquellos individuos ni tan siquiera la habían visto nunca, personalmente, en la vida.

Doriana había llamado por teléfono a algunos programas, indignada ante lo que se estaba emitiendo, y solo había servido para enfrascarse en broncas discusiones que habían alimentado hogueras posteriores. Incluso, la idea de otorgar algunas entrevistas donde poder explayarse e intentar imponer su propia versión de los acontecimientos, había sido no solo inútil, sino que también contraproducente.

No parecía haber más remedio que permitir que la tormenta siguiera cayendo sobre ella, empapándola, atronando hasta dejarla sorda, hasta que llegara el momento que amainara y que todo el mundo volviera a olvidarse de ella.

Wolfgang seguía recuperándose. Pero el pronóstico era reservado. Sus empleados, poco a poco, habían ido mermando sus consultas, reservándolas solo para asuntos que no parecían de gran calado a oídos de Doriana. Además, en esos casos, la lucidez de Wolfgang parecía resentirse. Cada consulta parecía ponerle frente a un pequeño enigma el cual solamente podía resolverlo después de un esfuerzo que le agotaba.

Aun así, sus empleados no parecían muy persuadidos por sus respuestas. Wolfgang no daba señales de percatarse de ello, y se alegraba de

poder haber dado con una solución al planteamiento. Después, buscaba la aprobación de Doriana.

—He estado bien, ¿verdad? —le preguntaba, sonriéndole.

Al principio, no le había demandado mayor esfuerzo responder a su marido lo que éste quería escuchar. Pero su paciencia se iba resintiendo, y cada explosión de felicidad de Wolfgang la obligaba a darle la espalda por más tiempo, para poder cerrar los ojos y respirar profundamente hasta volver a tomar las riendas de su presión sanguínea.

Y no le sobraba el tiempo para ello...

Si se demoraba en esa posición, llegaba la pregunta, indefectiblemente:

—¿Te pasa algo, Doriana? —después añadía, cautelosamente—. ¿Estás triste?

Pero lo peor era cuando llegaba la noche y compartían un mismo lecho...

Capítulo 10

Aquel señor con aspecto de playboy maduro no era otro que el joyero, el antiguo empleador de Verónica. El comerciante que le había despedido aunque ella había sido siempre leal hacia su negocio.

La ofuscación de ver a Jean-Loup sosteniendo los hombros de Verónica, quizás inmediatamente después de haberla besado, quizás a punto de hacerlo, había sido suficiente para no reconocerle sino hasta que estuvo frente a él y que éste le devolviera su mirada, sosteniéndola por sobre una sonrisa crispada.

—Veo que tienes alguna ocupación —dijo Jonathan a Verónica, sin quitar la vista de encima del joyero.

—Por Dios, Jonathan, ¿qué te pasa? ¿Quieres comportarte, por favor?

—Supongo que no me presentarás a tu amigo.

—¡Tú le conoces demasiado bien, Jonathan!

—Le conozco, sí, es el hombre para el que trabajabas.

—Sí, Y tiene nombre: se llama Jean-Loup.

—Eso también lo sé.

—Si crees que puedes aparecerte por aquí y montarme una escena, estás muy equivocado. Y demuestras que no me conoces.

—Bueno, Verónica —intervino Jean-Loup, levantándose—. Yo no tengo nada más que hacer aquí.

—Tú, tranquilo. No tengas prisa.

Jonathan comprobó que era un arduo esfuerzo de voluntad contener sus manos, no empujar al joyero de vuelta a su asiento.

—¿Cómo dice?

—Que si tres son multitud, no hay pruebas para poder suponer que tú seas el tercero en discordia.

—Jonathan, te estás pasando. No te lo voy a tolerar.

—Quizás el que sobra y deba irme sea yo mismo, y no tú —también era agotador enfrentarse a los ojos brillantes de indignación de Verónica, más preciosa que nunca, con una ira que le arrebatava el rostro y que la hacía parecerse una tigresa enfurecida, y no besarla allí mismo, pidiéndole mil disculpas, haciéndole millones de promesas...

—¡Aquí no hay ningún tercero en discordia! —exclamó Verónica—. ¡Y ya veo que tampoco hay un segundo!

Una palma de mujer se estrelló sobre la mejilla del americano.

Los taconazos resonaron hasta la puerta de salida, mientras ambos hombres se quedaban mirándose.

—Yo... —atinó a decir Jonathan, olvidándose de que estaba junto a Jean-Loup a medida que iba hablando—. Podría haber esquivado aquel golpe...

Jean-Loup observó el musculoso cuello del americano, sus cicatrices antiguas y blanquecinas, casi desaparecidas ya, sobre la piel.

—Me han entrenado para hacerlo, para evitar y repeler los ataques. Los reflejos... Pero, ¿de qué habría servido?

La mirada de Jonathan mostró que había vuelto del lugar oscuro de su alma en el que se había refugiado. Posó nuevamente sus ojos, ya sin rastro de animosidad, sobre la sorprendida figura de Jean-Loup.

—Ahora, debo irme —atinó a musitar, antes de dar media vuelta y partir como había llegado.

El resto de la clientela del restaurante, que había repartido su atención entre los tres actores del conflicto, acabó confluyendo sus miradas sobre Jean-Loup. Le miraban como si esperaran algo de él, tal vez un soliloquio final que sirviera para cerrar aquel drama que se había desarrollado a la vista de todos.

El maître aceptó las disculpas de Jean-Loup, le aseguró que él no había sido responsable de nada, y le pidió que se marchara.

Ya en la calle, cayó en la cuenta de que nadie había pagado la adición.

«Les enviaré un cheque» fue lo último que pensó antes de descartar la posibilidad de volver a entrar allí donde no le recibirían con los brazos abiertos.

Verónica había cruzado la avenida sin casi comprobar el tráfico, demasiado reconcentrada en sus pensamientos.

«¿Quién se cree Jonathan que es para presentarse de esa manera, sin siquiera avisarle, y recriminarle nada?».

Había debido sofrenar el impulso de abrir la puerta de sus oficinas dando un golpe con la mano en el picaporte. ¿Es que acaso sus empleados debían soportar sus malos humores? Era claro que no. Relajó los músculos del cuello y de los hombros, y abrió como siempre lo hacía. Los empleados con los que fue cruzándose la saludaron con normalidad, sin aparentemente detectar nada.

—Estaré en mi oficina —avisó, sin dirigirse a nadie en particular.

Se encerró recorriendo aprisa y a grandes zancadas los pocos metros

que la separaban de su despacho.

«¿Y cómo ha averiguado dónde trabajo? Yo no se lo he dicho nunca».

Intentó comprobar algunos de los informes que había sobre su mesa, pero no pudo concentrarse.

En seguida golpearon la puerta. Recibió algunos informes. Era evidente que en aquel sitio no iba a tener muchas posibilidades de centrarse en sus problemas particulares, que no interesaban, ni debían interesar, a nadie más que a ella.

«Pues si Jonathan cree que es un hombre de recursos, le demostraré que yo también puedo estar a su altura».

Pulsó un botón de su teléfono. Una secretaria acudió a su llamado.

—Por favor, necesito que averigües todo lo que sepas acerca de un ciudadano estadounidense, James J. Bradstreet —le extendió un papel, con el número de móvil de Jonathan—. Éste es su número de teléfono, pero por favor no contactes con él.

—Muy bien. En una hora tendré los datos dispuestos.

Aquella podía ser una buena forma de devolver el golpe. ¿Así que Jonathan se creía que podía aparecerse así, de la nada, y arruinarle la comida con sus celos? ¿Es que acaso se creía que era su dueño? Pues recibiría una cucharada de su propia medicina.

Ya veríamos la cara que ponía Jonathan, cuando la viera aparecer...

Capítulo 11

Jean-Loup condujo su coche hasta la joyería sin dejar que aquel encuentro accidentado influyera en su estado de ánimo. A pesar de la tensión demostrada entre Verónica y Jonathan, era claro que no había lugar para otra persona entre ellos. Si el fuego les consumiría hasta ahuyentarse el uno al otro, o por el contrario les uniría como una soldadura, no era algo que pudiera saberse en ese momento.

Pero no había lugar para él. Era una tontería abrigar esperanzas. ¿Cómo podría haber abrigado esperanzas de que Verónica hubiera aceptado su amor? La respuesta no podía ser más sencilla, como si responder la más obtusa de las preguntas retóricas se tratara: era imposible para él y para cualquiera tratar a Verónica y no acabar embrujado por su belleza y extraordinarias cualidades.

Aquel hombretón era muy afortunado, o muy estúpido. Dependía de que supiera, o no, rendirse al amor para el que parecían predestinados el uno y la otra.

Arribó a destino con el alma estrujada de congoja, pero con la extrañamente confortable seguridad que da la persuasión de que se está frente a lo inevitable.

Sus empleadas vieron entrar por la puerta la eterna sonrisa debajo del bigotito de Jean-Loup y le saludaron como siempre, como todos los días.

Jean-Loup motivó a su grupo de trabajo con un par de bromas bien hilvanadas, como era su costumbre.

Había empezado ya con la laboriosa tarea de quitarse del corazón cualquier recuerdo de su antigua empleada...

—Adelante.

—Aquí tiene el informe —la secretaria le extendió una carpeta cuyo interior contenía unas diez páginas impresas a una cara y grapadas.

—Muchas gracias.

—Si pudiéramos asociarnos de cualquier forma con este empresario sería un salto espectacular para nuestra empresa —le comentó, con entusiasmo, la secretaria.

Verónica miró, extrañada, a su empleada.

—Ya veremos —comentó, impersonal.

«¿De qué estaba hablando esta mujer?» pensó Verónica, en cuanto la

empleada la dejó sola.

Diez páginas grapadas eran excesivas, incluso, para un hombre extraordinario como Jonathan, pero que no pasaba de ser un simple guardaespaldas. Y que, quizás, aún estaba en el paro...

Verónica fue pasando las páginas, sintiendo cómo los ojos se le iban abriendo, como si quisieran saltárselo de las órbitas.

«Herederero de un imperio económico», «largos años de enemistad con su padre», «exitosa administración de la fortuna familiar».

¿Y por qué no le había contado todo aquello? ¿Qué creía, que ella podía estar con él por su dinero?

Verónica sintió el violento deseo de arrugar aquellos papeles y arrojarlos a la papelera, al imaginarse que Jonathan la creyera capaz de semejante bajeza.

En la primera página del informe, figuraba el hotel en el que estaba hospedado. Aquel era el dato que hasta hacía un instante había considerado como el más importante de los que su secretaria iba a conseguirle. Si Jonathan creía que podía aparecerse y arruinarle una comida, iba a comprobar que ella podía devolver el golpe, darle una cucharada de su propia medicina.

El hotel, por supuesto, era el más lujoso de la ciudad. También figuraba en el informe el tiempo que iba a quedarse. Y no quedaban demasiados días.

Verónica sabía que tenía que ordenar sus ideas, acomodarlas a las nuevas e insospechadas circunstancias. Pero no se permitió que sus asuntos personales interfirieran con su trabajo. Ya tendría tiempo de meditar más en profundidad sobre todo aquello cuando condujera hasta el hotel. Y si no tenía tiempo para ello, pues que no tenía tiempo.

Verónica acometió el resto de la jornada con energía. Había infinidad de operaciones que realizar. Y allí debía estar ella.

Si bien la marca enrojecida del golpe había desaparecido a los pocos minutos del rostro de Jonathan, una de las uñas había dejado un pequeño surco sobre su piel, no mucho más visible que si se hubiera lastimado afeitándose esa mañana.

«Definitivamente, ha salido todo mal», se repetía el americano, mientras salía del restaurante.

Lo más doloroso, sobre todo para su autoestima, era comprobar que todo lo que había estado repitiéndose, como un autómatas, como si hablara a un

estúpido al que se había empeñado en convencer de cualquier cosa, no había sido más que una cortina de humo que había montado para ocultarse a sí mismo sus verdaderos sentimientos.

¿Y, también, sus verdaderas intenciones?...

Aquella aparición en el restaurante frente a la oficina de Verónica había sido cualquier cosa menos una «agradable sorpresa». No habían «conversado sobre temas normales». Nada de lo que se había estado asegurando a sí mismo que iba a suceder, había acabado sucediendo. Y lo peor era que no estaba sorprendido por ello. Ni lo había tomado de improviso encontrar a Verónica acompañado por otro hombre, ni sus propias palabras le habían sonado a una improvisación producto de la ira.

No, ni hablar.

Había sucedido exactamente lo que, en un plano inconsciente, sabía que sucedería.

O, tal vez, no tan inconsciente...

Jonathan se inspeccionaba el minúsculo arañazo en la mejilla, y sentía que aquella marca, más efímera que unas pisadas de pies desnudos sobre la playa, podía ser lo único que conservaría de su relación con Verónica si no hacía algo. Y pronto...

Pero no antes de seguir con sus obligaciones.

El coche que le había llevado y traído del aciago encuentro en aquel condenado restaurante había llegado a su destino.

«Ánimo», llegó a arengarse, antes de bajar del vehículo.

Las puertas abiertas de una exposición tecnológica le esperaban, como si quisieran engullirle. Solo faltaba que un cartel, sobre el vano de la entrada, le advirtiera que debía dejar toda esperanza al franquearla.

—¿Eres un maldito marine, o qué demonios eres? —se preguntó a sí mismo, asqueado de su propio desaliento.

Quienes le escucharon, pudieron comprobar que su espalda y sus hombros se erguían, reacomodando sus vértebras, la posición de su mentó y el punto hacia el cual apuntaba la mirada, hasta asemejar que una recta, resistente y flexible lanza sostenía su columna.

Capítulo 12

Las sombras de la noche que iba cayendo avanzaban con morosidad, quizás retenidas por el aromático perfume de las flores que cubrían el follaje de las avenidas arboladas.

Aquel parecía un día primaveral cuyo destino era durar para siempre, regalando placidez, luminosidad y temperatura templada para todo aquel que supiera apreciarlo. El cielo estaba pintado de un celeste al borde de la transparencia, las nubes se movían apenas unos centímetros; soplabla una brisa cuya fuerza apenas movía las cabelleras sueltas de las mujeres que paseaban en los parques, y poco más.

El día, yéndose de a poco, como si a cada paso olvidara que la noche avanzaba desde el horizonte lejano, invitaba a ser amables, a relajarse frente a una bebida fresca, dulce y con alguna gota de alcohol, y a compartir el deseo, rindiendo a los dioses y a las diosas paganos de la Primavera su tributo.

Wolfgang Radszuweit descubría el impacto que aquel clima benigno producía en su organismo, en su libido convulsionada, rejuvenecida por la ausencia de responsabilidades y preocupaciones. Doriana estaba casada con un niño que acababa de descubrir el amor y que, torpemente, acometía sus primeros tanteos mientras tropezaba contra su propia inexperiencia a cada paso.

Aquel matrimonio era una cárcel que, si bien desde lejos podía parecer de oro, inspeccionada en detalle no era más que de cartón piedra cubierto de pintura dorada. Porque aquello no era vivir, ni era convivir. Aquello no era nada, ni más ni menos...

Y el asedio al que estaban constantemente sometidos había cortado las alas de Doriana, que se sentía deprimida y atrapada.

Por suerte, la mansión tenía infinidad de rincones en los que podía ocultarse y dar rienda suelta al odio que sentía ramificándose dentro de su pecho.

Verónica no podía hacer otra cosa que no fuera llorar, mordiéndose los labios y ahogando los sonidos hasta sentir que los sollozos, las lágrimas que debían servir, aunque más no fuera, para desahogarla, acababan volviendo a introducirse dentro de su cuerpo a fuerza de acotarlos dentro de una campana de silencio y de orgullo. Y, una vez dentro de su cuerpo, las lágrimas y los sollozos encontraban si esfuerzo el camino que los conducía directo a su alma. Y allí se quedaban anidados, medrando como los líquenes en una piedra

húmeda...

Wolfgang, su Wolfgang, la había seducido como el hombre poderoso, frío y enérgico que una vez había sido. La personalidad implacable del austriaco la había cautivado alguna vez. Pero eso había sido mucho antes, cuando aún no había claudicado ante sus infidelidades apenas disimuladas.

Y, por supuesto, antes de caer en el estado actual.

¿Pero qué podía hacer? ¿Abandonar a aquel hombre en medio de su desgracia y asistir impotente al despellejamiento público al que sería sometida por aquellos medios de comunicación que nunca habían demostrado el menor escrúpulo en alzarles y derribarles día sí y día no desde el momento en que había cometido el terrible error de exponerse públicamente?

Si dejaba a aquel guiñapo humano, lo sabía bien, la perseguirían hasta el final de los tiempos para echárselo en cara...

—Muy bien, por hoy ya es bastante —avisó Verónica a sus empleados—. Vámonos, que mañana será otro día.

Aquella había sido una de las jornadas más largas y extenuantes. La empresa se encontraba en un franco boom de confianza entre pequeños inversores, y el capital estaba circulando a una velocidad de vértigo. Había que estar a la altura de las circunstancias.

—Sí, sí, lo digo en serio: por hoy, ya hemos hecho bastante —Verónica sonreía a su equipo, compartiendo una broma privada con ellos.

Si había un lema en la empresa de Verónica, no era otro que aquel que rezaba que no había que dejar para mañana lo que se podía hacer el mismo día.

Fueron recogiendo sus cosas, agotados y felices. Al final, solo quedaron un par de empleadas de limpieza trajinando con sus carritos y que se encargarían de dejar las oficinas impecables para el día siguiente.

El proceso de cierre y la despedida hasta el día siguiente con sus empleados fue el mismo que de costumbre. Cuando quedó sola, Verónica pudo comprobar que, de alguna manera, había sabido relegar a Jonathan en algún rincón lejano de su cabeza durante casi todo el día. Incluso lo había conseguido mientras bajaba, como una autómatas, en busca de su coche estacionado en el garaje subterráneo.

Al sentarse al volante, se le presentó, de improviso, la imagen de Jonathan, como si hubiera estado esperándola en el coche todo ese tiempo.

«Lo único que te falta es tener visiones, como en las películas de

terror» se dijo a sí misma, comprobando el retrovisor interno del vehículo. La esperanza de encontrarse con los ojos del americano mirándola directamente a la cara en aquel pequeño espejo la hizo sentirse algo ridícula. Pero, al mismo tiempo, consiguió que se tensaran prietamente algunas cuerdas del interior de su vientre.

Obviamente, allí no había nadie. Solamente estaban ella y la criatura interna, inmune a su voluntad, que la obligaba a pensar en Jonathan y, después, jugaba a placer con sus músculos abdominales...

«Claro que voy a pensar en Jonathan, en este momento» volvió a decirse a sí misma. «Ahora es cuando debo hacerlo».

Aquello sonaba demasiado a una excusa. Lo mejor era girar la llave del contacto y salir de aquel lugar.

Conducir es maravilloso para dejar de pensar en los problemas. Y, también, para encontrar puntos de vista nuevos a problemas poco novedosos. También, por si fuera poco, para pensar en los problemas propios como si fueran de otras personas. Un abanico de posibilidades, a cual más estimulante. ¿O no? Lo que estaba claro, era que la faena de no rozar ninguna columna de aquel estacionamiento diseñado, seguramente, por un arquitecto que cree que la gente solo se desplaza en moto, de no atropellar a quienes consideran que el semáforo peatonal en rojo es el pistoletazo de salida de una carrera de cien metros llanos y de no chocar contra ninguno de todos aquellos imprevisibles conductores que sienten que el solo hecho de haber nacido con atributos masculinos les convierte en la reencarnación de Ayrton Senna, era suficiente para volver a conectar el piloto automático de sus pensamientos. Dejarse llevar...

Aunque, en realidad, tampoco estaba pensando hacer ninguna locura. Porque, vamos, los periódicos no hablarían de ella al día siguiente, ni el Alcalde la llamaría para entregarle las llaves de la ciudad, ni la policía para meterle entre rejas. Lo único que iba a hacer era mostrarle a Jonathan qué era recibir una cucharada de su propia medicina.

Le gustaba aquella expresión: «una cucharada de tu propia medicina». Mejor dicho, no, no le gustaba, exactamente. Le causaba gracia, o la estimulaba, o algo por el estilo. No había forma de pensar en otra cosa que en brebajes horribles, en pociones cuyo componente principal debía de ser el aceite de hígado de bacalao u otra cosa aún más desagradable. Y en madrastras persiguiéndola a una por toda la casa con una cuchara sopera rebosante de un líquido de color púrpura. Y que consigan atraparla a una al

final de un pasillo, sin escapatoria, y escuchar que le dicen la orden antigua y eterna de tres palabras: «abre la boca», que nunca son nada más que tres, porque el diálogo incluye infinidad de «no quiero», de «no me gusta» y de «abre la boca». Y, al final, una acaba accediendo, poniendo cara de asco. Pero hay que abrir la boca y tragar la acerba medicina, sabiendo que a la madrastra de una, como si acabaran de extraerla del peor de los cuentos de hadas, no se le ha derramado ni una gota durante toda la persecución.

Verónica se imaginó a sí misma persiguiendo a Jonathan con una cuchara en ristre. No pudo contener una carcajada ante aquella imagen. Un conductor se le quedó mirando unos instantes, como si estuviera en presencia de una loca.

«Qué mala eres» pensó Verónica, riendo aún ante la pequeña escena que se había montado. «Condenado Jonathan...».

Estaba claro que no perseguiría a Jonathan con ninguna cuchara. Ni en su piso ni mucho menos en el hotel donde se hospedaba, aunque aquello sí que hubiera sido interesante de ser visto. Pero, quizás, Jonathan acabaría prefiriendo ser perseguido de aquella manera antes que tener que soportar el numerito que pensaba montarle. Porque si Jonathan pensaba que la única que debía soportar numeritos era ella, se equivocaba. Mucho...

La noche era preciosa. Apenas algo cálida, pero con una brisa que acariciaba. Verónica se desabrochó un botón de la blusa. Así se estaba mucho mejor. La fragancia que llevaba puesta, cuyos efectos se habían intensificado por la nueva porción de piel expuesta al aire, volvió a ser detectable para sus fosas nasales. Sentir la suave dulzura de su perfume favorito era reconfortante.

Pero tampoco quería relajarse demasiado...

Comprobó de una ojeada la hora en el reloj del salpicadero. Jonathan ya debía estar en su habitación. No debía llegar a destiempo. Ni tan temprano para que aún no hubiera llegado, ni tan tarde como para sacarlo de la cama. Y debía ser una sorpresa, por lo que anunciarse en recepción estaba descartado de plano. Debía subir a la habitación de Jonathan, aprovechando que su secretaria se había lucido con su trabajo detectivesco e incluso había sabido recabar ese dato, llamar a la puerta, y decirle lo que tuviera que decirle. Sí: montarle el numerito. Y después dejarle con un palmo de narices. Él se lo había buscado.

¿Y qué le iba a decir a Jonathan, cuando lo tuviera delante, abriendo la boca como alorado? Ya habría tiempo de elegir las palabras. Para cuando estuviera cantándole las cuarenta, tampoco tenía por qué tenerlo todo

controlado y con una planificación milimétrica, ensayada hasta la obsesión. Aquello, comportarse así, era mejor dejárselo a las películas de robos de bancos, esas donde cada personaje es un especialista de lo que sea, desde descifrar claves hasta freír palomitas. Y tampoco era su trabajo. En la jungla financiera sí que tenía que preverlo todo, y de qué manera. Allí no había segundas oportunidades, ni se hacía prisioneros. La expresión «riesgos calculados» había tomado otro cariz, un significado nuevo, desde que se había decidido a lanzarse a la aventura bursátil.

Arreglar cuentas con Jonathan no tenía nada que ver ni con robar un banco ni con arriesgar su capital, o incluso su empresa misma.

Volver a pensar en Jonathan hacía que unas extrañas cuerdas en el interior de su vientre se tensaran aún más, anudándose casi dolorosamente, a medida que giraban.

Aquel era un dolor que la llenaba de ansiedad.

También, hacía que los dulces efluvios del perfume que llevaba puesto se reactivaran.

«Estoy empezando a sudar», se dijo a sí misma, sintiendo las sienes algo más calientes y húmedas. «Contrólate, Verónica. Tampoco vas a la guerra...».

En un semáforo en rojo volvió a comprobar la hora. Era tarde, aunque no demasiado. Las nuevas obligaciones de Jonathan, seguramente, le tenían entretenido la mayor parte del día, al igual que a ella. Lo más probable era que recién estuviera llegando a su habitación, si es que aquella noche la pasaría allí.

«Porque puede ser que haya tenido que viajar. O acudir a cualquier evento. O quizás aún esté cenando, quién sabe con quién. O esté ligando con alguna. Quién sabe...». Si dejaba volar a su imaginación, ésta se independizaba de su voluntad, hasta transformarse en otra persona, con ideas y sentimientos propios. Y aquella personalidad nueva que anidaba dentro de sus pensamientos y prosperando gracias a ellos no se comportaba como si fuera su aliada...

El roce de la falda contra sus piernas hacía que su piel se cubriera con una delgada capa de sudor, apenas perceptible. No llegaba a hacerla sentirse incómoda, y desde luego tampoco se sentía desaseada, pero las ínfimas gotitas de transpiración hacían notar su presencia.

«Perfecto. Lo que necesitaba: un atasco».

Al doblar la esquina, Verónica vio la inmóvil hilera de vehículos. No

había tenido tiempo de intentar seguir de largo, porque el giro no tenía nada de visibilidad. En seguida, otro vehículo había doblado tras el suyo, aprisionándola.

El mal humor en los rostros de los conductores parecía transmitirse incluso por el aire.

«Esta gente hace bastante que está aquí demorada», supuso Verónica, comprobando los gestos adustos de sus involuntarios compañeros de ruta.

Más adelante, la movediza iluminación de algunos coches patrulla hacía adivinar la presencia de algunos policías dirigiendo el tránsito y, quizás, auxiliando a los damnificados del incidente que había ocasionado el atasco.

Los semáforos iban cambiando sus colores sin que nadie pudiera seguir sus indicaciones.

«Esto avanza. Lento, pero avanza», se dijo a sí misma, más aliviada, cuando vio que la hilera frente a ella se ponía en marcha. El escaso metro y medio de avance se desplazó entre los vehículos como una pequeña ola en un mar calmo. Verónica apenas tuvo necesidad de poner la primera y desembragar. Su coche avanzó con lentitud; después, dejó que se detuviera cuando se acabó la inercia, con el motor en ralentí.

A pesar de que Verónica sentía que el tiempo avanzaba con mucha más velocidad, apenas iban cayendo los minutos. Cada vez que fijaba la vista en el reloj del salpicadero era con un sobresalto, imaginando que vería treinta o cuarenta minutos más que los que marcaban a cada momento las agujas.

«Te carcomen los nervios, chica» le decía, irritante, su voz interior.

Pero la fila seguía avanzando. Cuando había recorrido unos doscientos metros, llegaron hasta su vehículo las airadas voces de una discusión. Pensó que quizás serían algunos conductores que habían colmado la paciencia de aquel día, pero cuando se fijó con más detenimiento comprobó que, con bastante certeza, aquella disputa no se estaba produciendo entre quienes sufrían el atasco, sino entre los que lo habían producido.

Verónica estiró su cuello para poder observar un poco más, pero descartó esa posibilidad en seguida. Aún estaba demasiado lejos, y los vehículos delanteros le ocultaban todo.

De todos modos, la prieta fila en la que estaba prisionera seguía avanzando. Tarde o temprano, podría ver un poco mejor qué había pasado allí adelante.

Comprobando de nuevo su reloj, Verónica constató que aquella discusión poco y nada despertaba su curiosidad. El resto de los conductores,

podía verlo, alzaban anhelantes sus cabezas, intentando embeberse de todo lo que estaba pasando en la cabecera del embotellamiento, llegando algunos, incluso, a asomar hasta medio cuerpo a través de las ventanillas bajadas, para poder ver qué estaba pasando. Verónica, sin embargo, en cuanto se había persuadido de que aquel sonoro rifirrafe poco podía afectarla a ella, fundamentalmente a su seguridad, había sentido de inmediato que su interés decaía, hasta permanecer algunos instantes sin que nada en concreto ocupara su mente. Y se mantuvo en ese estado, como aletargado, hasta que se preguntó qué podía estar haciendo Jonathan en ese momento, y si le encontraría.

El recuerdo de Jonathan hizo que la sangre fluyera con más presión en el rostro de Verónica, congestionándose en sus labios hasta hincharlos.

«Pues sí que estás enfadada, tú» pensó Verónica al ver los colores nuevos de su rostro en el retrovisor interno. «Piensas en Jonathan y te pones toda roja».

El sudor en sus piernas se acentuó, concentrándose en su entrepierna. O, quizás, cerca. No había ningún motivo para que pasara aquello. Era posible que la gravedad y el estar sentada casi sin moverse dirigiera su sudor hacia aquella zona.

Sí, tenía que ser esa la explicación.

Verónica se removió en su asiento con las rodillas juntas, frotándolas una contra la otra. El habitáculo de aquel coche era demasiado pequeño. No podía estar cómodamente sentada, ni mucho menos cambiar de posición con entera libertad. Debía cambiar aquel trasto.

Nuevamente, las cuerdas dentro de su vientre se revolvieron, girando sobre sí mismas...

los vehículos se movieron en una nueva marea. Esta vez, fue algo más acentuada, por lo que el ruido de la discusión se acrecentó considerablemente. Apenas tuvo necesidad de pisar el acelerador, de todos modos, y lo hizo más en consideración de la impaciencia de los conductores que la precedían que no porque valiera la pena. El motor, poco revolucionado, no llegó a tapar el estrépito externo. Algunas palabras eran inteligibles, ya: llegó a comprender un «me seguían», algún «no respetaban la distancia» y después, todavía más nítido, «malditos *paparazzis*». Era una voz femenina. Una conocida voz femenina...

Casi con temor, Verónica volvió a estirar su cuerpo para intentar descubrir quiénes estaban más adelante.

Verónica sintió la violenta necesidad de encogerse en su asiento hasta

desaparecer. Buscó a su alrededor unas gafas oscuras que sabía que no llevaba. Tampoco había ninguna vía de escape: estaba rodeada por vehículos tan inmovilizados como el de ella.

A escasos cincuenta metros, Doriana Griss era como una versión desquiciada y alucinante de ella misma. La rodeaban algunos policías que intentaban calmarla sin conseguirlo. Su extraordinaria belleza y el lujoso automóvil que conducía, el cual evidenciaba que era una mujer poderosa, retenía a los agentes de la ley para colocarle las esposas y llevársela detenida.

El pavimento estaba cubierto de aceite y de cristales rotos que los operarios de una grúa limpiaban con parsimonia. Sobre el bordillo, descansaban los restos retorcidos de una motocicleta de gran cilindrada. El maletero del coche de Doriana estaba hundido y aplastado. La luna trasera hecha añicos y el estropicio en el asiento trasero eran la prueba de que el motorista había salido disparado hasta entrar de cabeza, con cámara fotográfica incluida, en el interior del coche de Doriana al momento del impacto. La colisión había sido bastante fuerte, de eso no podía haber dudas.

El atasco volvía a desplazarse hacia adelante, a medida que uno de los policías hacía dirigía, a cuentagotas, los vehículos inmovilizados.

Pasar a escasos centímetros de aquella Doriana desatada y colérica era solo cuestión de tiempo. Era lo último que necesitaba en ese momento...

Capítulo 13

Aquello era un contratiempo y un incordio.

La fila de coches seguía avanzando y, con ella, la vociferante figura de Doriana iba haciéndose cada vez más cercana.

«La observan con el mismo morbo con que podrían disfrutar de un espectáculo de lucha en el barro», se dijo Verónica.

Efectivamente, los conductores varones no parecían poder quitarle los ojos de encima. Y no era para menos: Doriana, bastante despeinada y anhelante, era lo más parecido a una amazona acorralada y furiosa que muchos de los que estaban allí reunidos hubieran visto jamás en aquella jungla de asfalto.

A pesar de que Verónica había descubierto a Doriana desde hacía ya varios minutos, cuando ésta, a su vez, se encontró con la sorpresa de que Verónica estaba también atrapada en el atasco, fue en un momento en el cual Verónica no la estaba observando. El tránsito se había puesto en movimiento, y había debido concentrar su atención en el vehículo de adelante.

Cuando Verónica volvió a girar la vista hacia Doriana, se encontró con su vigilancia atónita por el encuentro inesperado. El torrente de palabras y de improperios que salía de labios de Doriana hacía unos instantes que se había cortado abruptamente, pero Verónica solo había sido consciente de ello cuando sus ojos se cruzaron con los de Doriana.

Los policías que intentaban calmar los ánimos, infructuosamente, también habían descubierto la presencia de la recién llegada y su increíble similitud con la desafortunada usina de despropósitos que les traía de cabeza desde hacía casi una hora.

Verónica volvió a sentir la necesidad de esconderse de cualquier forma, asqueada ante la situación.

La sorpresa de Doriana había durado lo que un suspiro. Verónica pudo ver que, en seguida, ésta cogía las riendas, nuevamente, de su voluntad, y que tomaba aire para decirle lo que fuera que iba a decirle. Pero, en el último instante, había sabido sofrenarse, recordando que estaba rodeada de policías.

Después de pegar un último y disimulado vistazo a los agentes que habían frustrado con su presencia su deseo de imprecisar a Verónica, Doriana se había decidido por mover los labios sin emitir sonido, pronunciando una sola palabra que fuera imposible que Verónica no pudiera leer incluso sin escuchar sonido alguno de su garganta, y que la palabra fuera la más grosera, la más

insultante.

Aquella jugarreta pueril de Doriana sorprendió a Verónica. Y, después, la sorpresa se transformó en una carcajada que se hizo dueña de su diafragma hasta dejarla sin aliento, a fuerza de reír. Era increíble que Doriana se comportara de una forma tan ridícula, tan infantil, que pudiera caer tan bajo hasta comportarse como una fulana, pero aquel insulto, aquella estratagema de niña mala era la prueba de ello.

Lo que más gracia le causaba a Verónica era la absoluta convicción con que Doriana había realizado aquella pantomima, lo segura que había estado de que la ofendería horriblemente.

Y no había pasado nada de eso, por supuesto.

Verónica, mientras reía sin poder quitar los ojos de encima de su rival, se convencía de que no había forma de que aquella mujer pudiera ofenderla.

Los policías intuyeron la reacción de Doriana mucho antes de que la misma tomara forma definitiva en su mente. Doriana se había sentido tan vejada por Verónica y su carcajada irrefrenable, que se había lanzado hacia su vehículo para intentar agredirla de la forma que fuera, con un apetito bestial de sentir su carne desgarrándose bajo sus uñas, de sentir que su pelo cedía de su cabeza mientras se lo arrancaba a mechones, de sentir la forma en que el taco de su zapato se introducía en su cara con la fuerza de un estilete. Pero los policías, al primer amago de Doriana de dirigirse hacia el coche de Verónica, se lanzaron sobre ella, arrojándola al suelo. Aquello había llegado demasiado lejos, Doriana había dado el paso en falso definitivo.

—¡Te mato! ¡Te mato! —gritaba Doriana, aún en el suelo, mientras le colocaban las esposas—. ¡Te odio! ¡Te mato!

Después, los gritos se convirtieron en un rugido y, todavía después, en sollozos ininteligibles.

—¿Está bien? —le preguntó a Verónica uno de los policías, acercándose a su coche. Doriana ya estaba dentro de uno de los patrulleros.

—Oh, sí. No se preocupe por mí.

—Sabe que puede usted presentar cargos en su contra, ¿verdad? Podría presentarlos por tentativa de agresión.

—Pero si no ha pasado nada. Me parece que lo dejaré estar.

—¿Tiene alguna relación con la detenida? ¿Es su hermana? —el policía la vigilaba, suspicaz.

—No, ninguna relación de parentesco. Ha sido una casualidad que ella y yo... —Verónica movió las manos, como si no encontrara las palabras—.

Por ese motivo hemos tratado ser amigas durante un tiempo. Aunque ya puede comprobar usted que no hemos quedado en buenos términos, precisamente.

—De acuerdo —el policía volvía ya a su puesto, despidiéndose—. No obstante, si cambia de opinión, sepa que puede presentar la denuncia. Cualquiera de los conductores podría testificar en el juicio.

—Creo que mi entrañable amiga ya ha tenido suficiente castigo por hoy —dijo Verónica, riendo de nuevo—. No, lo dejo estar. Gracias por la información, de todas maneras.

—Que tenga un buen día, entonces —concluyó el agente, tocándose la visera de la gorra y alejándose definitivamente.

Una vez fuera de circulación Dorianana, Verónica descubrió que ella había pasado a ser el centro de atención de los espectadores de aquella tragicomedia. No era algo que necesitara, pero comprobó que, después de las intensas emociones a las que había sido sometida los últimos meses, aquellas miradas eran algo que podía soportar sin problemas, sin siquiera sentir que su pulso se aceleraba un ápice de su ritmo habitual.

Con la partida de Dorianana, el atasco por fin había empezado a descomprimirse, ya que los policías podían ahora centrar sus esfuerzos sin interferencia alguna en la redirección de los vehículos atrapados.

A los pocos minutos, Verónica se había visto liberada de la molesta vigilancia del resto de conductores. La creciente fluidez del tránsito había hecho que el pequeño grupo de vehículos al que se había incorporado se fuera disgregando, a medida que se alejaban unos y aparecían otros, hasta verse rodeada por conductores nuevos y desconocidos.

Cuando volvió a poder conducir con libertad tuvo tiempo de recapitular, brevemente, la experiencia que acababa de experimentar. Concluyó que no había nada comparable a sentirse en paz con ella misma, y la prueba de fuego para comprobar si se sentía, realmente, de esa manera, por lo menos en relación con aquella mujer, había sido el nulo efecto que sobre su ánimo habían producido sus insultos e intento infructuoso de golpearla. Dorianana, si conseguía influir en su estado de ánimo, era solo a través del asco y de la risa.

Ni siquiera le guardaba rencor...

«Es como si no existiera», fue lo último que pensó Verónica sobre Dorianana antes de que esta última desapareciera, de una vez y para siempre, de sus pensamientos.

Las siguientes calles de tránsito fluido hicieron que Verónica volviera

a centrarse en el objetivo que la había impulsado a coger el coche y, en vez de dirigirse directamente a la cama y recuperar fuerzas para el día siguiente, ir en busca del hotel donde se hospedaba Jonathan, encontrarle, y dejar que sus palabras fluyeran.

Debía cerrar ese capítulo de su vida.

Debía cerrarlo cuanto antes...

Capítulo 14

La edificación en forma de arco se erigía con su fachada blanca perfectamente iluminada, contrastando contra la oscuridad del cielo nocturno. Las ventanas de las habitaciones rivalizaban en número con las pocas estrellas que conseguían imponer su brillo a la contaminación lumínica. El hotel, en ese aspecto, parecía una fotografía en negativo del firmamento que puede contemplarse, a media noche, en cualquier desierto. Era, en definitiva, el más evidente símbolo exterior del poderío de sus inquilinos.

Pero Verónica no había llegado hasta allí para dejarse intimidar por una muestra más o menos de magnificencia arquitectónica. Aparcó su vehículo en el estacionamiento del hotel y se dirigió con resolución al vestíbulo del hotel. Aquel sitio estaba tan concurrido que nadie pareció notar su presencia, entre otros motivos, porque había varias personas que parecía que también entraban para esperar en los sillones desperdigados aquí y allá a quienes les habían citado en ese lugar.

Verónica sabía de memoria el número de habitación que ocupaba Jonathan. Lo buscó en un croquis del hotel que colgaba de una columna. Debía tomar uno de los ascensores del ala derecha y bajar en el segundo piso. Después, buscar la habitación que se encontraba entre las del fondo del pasillo, frente al enorme espacio central del que pendía una araña tan grande como una caravana. Era sencillo.

Al subir al ascensor descubrió no sin fastidio que un ascensorista la llevaría a su destino. Verónica había supuesto que contaría con algunos segundos de soledad antes de enfrentarse al timbre de la habitación de Jonathan, y encontrarse con que eso no sucedería era una sorpresa desagradable.

—¿A qué piso la llevo, señora? —le preguntó el empleado del hotel, que no tendría más de 18 o 19 años, y lucía un atuendo similar al de los personajes de las películas ambientadas en la década de 1920.

—Al segundo —contestó Verónica, fascinada con el pequeño sombrero en forma de cilindro invertido y el chaleco de aquel muchacho.

—De inmediato, Señora —contestó el ascensorista, pulsando el botón.

Verónica buscó la típica palanca de los ascensores antiguos, pero comprobó, decepcionada, que no había ninguna.

«Menudo vestuario que han preparado para este chico, para después dejar la puesta en escena a medio camino», pensó Verónica.

—Segundo piso, señora —avisó el ascensorista, arrancándola de sus pensamientos.

—Gracias.

Un «no hay de qué, señora», sonó a las espaldas de Verónica, apagado por el zumbido de las puertas del ascensor que se cerraban.

«Muy bien, ya estás aquí, donde querías estar», se dijo Verónica, tomando aire con fuerza.

No pudo determinar cuál era el sentido de aquello que había pensado, si era una frase de ánimo o, por el contrario, era su voz interior que se estaba burlando de ella.

Verónica recorrió los metros que la separaban de la habitación de Jonathan, aprovechando ese tiempo para recordar el último encuentro que había tenido con el americano, en especial en sus detalles más desagradables.

Cuando estuvo frente a su puerta, Verónica sentía que sus recuerdos recientes se habían vuelto a cocinar a fuego lento en su memoria, hasta convertirse en un caldo espeso que invadía sus venas, acelerando los latidos de su corazón.

Pulsó el timbre durante dos segundos enteros: suficiente tiempo para sonar imperiosa, pero no tanto para parecer agresiva. El lapso justo para que la persona a quien se está llamando se apresure a abrir la puerta.

Verónica escuchó unos pasos blandos al otro lado de la puerta. Fue el mismo Jonathan quien abrió. Iba descalzo sobre la alfombra de pelo cortado del recibidor de su habitación. Como acababa de ducharse, llevaba únicamente una toalla anudada a la cintura. Parecía sorprendido y resignado a su suerte, a un tiempo.

—Tú... —dijo Verónica, tocando con su dedo índice el pecho de Jonathan, percutiendo repetidamente mientras hablaba—. Tú... ¿Te crees que puedes aparecerte por mi trabajo, arruinarme la comida, así sin más, y que yo tengo que soportarlo todo?

Verónica avanzaba resueltamente mientras hablaba, hasta que la puerta abierta de la habitación de Jonathan quedó a varios metros tras de sus espaldas.

—Pues te equivocas completamente, Jonathan. ¿Te gusta que te vengam a buscar para montarte una escenita? A que no, ¿verdad? ¿Y qué te hizo pensar que yo tenía que aguantarte tus impertinencias? ¿Te crees que eres mi dueño, tú? Y ni siquiera me has pedido perdón, eres un maleducado, un niño grande que no ha madurado y que se cree que el mundo debe girar a su alrededor.

—Discúlpame, Verónica. Sé que no lo merezco, pero discúlpame...

Se produjo un silencio...

No podía ser posible que el americano tuviera esa expresión de franco arrepentimiento si sus palabras no fueran sinceras. No podía ser así, tan sencillo. Después de tanta ira, de tanto malestar emocional, al final iba a resultar que aquel maldito americano iba a conseguir que le disculpara, simplemente, pidiéndoselo.

—Yo... yo... voy a acabar odiándote, Jonathan —atinó a musitar Verónica, rindiéndose a la evidencia de que no tenía defensa posible contra la sinceridad.

Verónica podía hacer frente a la mezquindad, a la violencia, a aquellos que querían destruirla, a sus rivales económicos.

Podía enfrentarse a todos ellos.

Pero no había defensa posible contra la honestidad de Jonathan, contra su pura y simple consciencia de que todo se había fastidiado por culpa suya, y del arrepentimiento que aquello le generaba.

—Yo no podría odiarte nunca, Verónica, ni siquiera aunque me mataras... —le contestó Jonathan, acercándose unos pasos.

—Acabaré volviéndome loca por tu culpa.

—Yo enloquecería junto a ti sin dudarlo ni un instante —después agregó, rodeándola entre sus brazos— haría eso y mucho más, porque yo te amo, Verónica...

Aquello era demasiado para sus defensas. Cuando Verónica observó que a quien primero rodaban dos lágrimas de sus ojos no era a ella, sino a Jonathan, comprendió que estaba viviendo, en ese preciso instante, lo más auténtico que jamás le había pasado en la vida, una experiencia del mismo nivel que el nacimiento o que la muerte.

Hicieron el amor de una forma desconocida para ambos hasta entonces, con esa amalgama de ternura e intensidad única, intransferible, incomunicable, con que algunos pocos afortunados descubren por qué existe la expresión «hacer el amor», cuál es su significado profundo.

Hacer el amor es un acto de creación, como traer una vida nueva al mundo o gestar el Universo. No es solamente satisfacer los deseos o convertirse en animales belicosos y sedientos de placer. Hacer el amor es hacer que el amor deje de ser una palabra simbólica y de valor abstracto hasta convertirse, tal vez, en un ente que puede tocarse, saborearse, y que se introduce en el alma de sus creadores, convirtiéndolas en personas diferentes

y, al mismo tiempo, descubriéndoles su verdadera personalidad, oculta hasta entonces.

Las actitudes de los otros servían a Verónica para descubrirse ante sí misma más que cualquier acción propia podía hacerlo. El impotente insulto en boca de Dorian, las disculpas en boca de Jonathan, eran catalizadores del conocimiento que podía llegar a acumular acerca de sus más hondos sentimientos. A veces, comprender los pequeños secretos de la vida no puede ser más sencillo.

Cuando por fin pudieron destrabar el candado invisible que les había aprisionado juntos durante la mayor parte de aquella noche, se durmieron sintiendo que vivirían el uno para el otro por siempre jamás...

Epilogo

Querida amiga, permíteme que subvierta un poco la estructura de esa arbitraria y maravillosa invención humana llamada «novela», para aprovechar esta sección y transformarla en una carta que yo te dirija a ti. Hemos recorrido juntas un camino que nos llevó a compartir páginas, sentimientos y días a partir de las aventuras y desventuras de Verónica, de Jonathan, y de la pequeña constelación de personajes que les acompañó hasta encontrarse con su destino final, cualquiera que fuera, pero el único posible. Y esa ruta que hemos seguido juntas es el tipo de experiencia vital que crea afinidad, correspondencia entre las personas. Amistad, en definitiva. Por eso es que quiero contarte de esta manera este epílogo, segura de que tú, que eres mi amiga, serás más indulgente con esta pequeña insumisión mía a los cánones tradicionales de la novela que cualquier escolástico y pesimista entomólogo de la literatura, de esos que necesitan pinchar cada palabra con un alfiler y que lo saben todo, en la convicción de que nada cambia nunca...

Permíteme pues, amiga mía, que te cuente lo que queda por narrarte así, de esta manera, como si estuviéramos las dos juntas en cualquier terraza o frente a cualquier mar, y habláramos de personas a las que hemos conocido y que hace mucho que no vemos. Con esa naturalidad, con esa confianza.

Si estuviéramos una frente a la otra el devenir involuntario de nuestra conversación nos mostraría acerca de quién deberíamos empezar a hablar con la sencillez con que puede caer la primera gota de lluvia sobre la tierra: alguna de nosotras mencionaría a cualquiera de estas personas, sin saber por qué y sin preocuparse en absoluto por ello, y la conversación se desarrollaría hasta que muriera de muerte natural, es decir, hasta que habláramos sobre otro tema u otra persona. Pero aquí no es tan sencillo. No lo olvidemos ni un instante: este volumen que tienes entre manos es una novela, y las novelas tienen estructura, tienen ritmo, tienen infinidad de requisitos que cumplir si una quiere que alguien que jamás la vio a una dictamine que es «buena» o, desdeñosamente, como quien se ha dado cuenta de que el escarabajo que acababa de atrapar le faltaba una patita, por lo que ya no podrá ser añadido a la colección de bichitos muertos, que es «mala». Y no lo olvidemos ni un instante: esto es una «novela romántica». Con la «novela romántica» no hay piedad, no hay presunción de inocencia. Para ellos, una «novela romántica» será mala mientras no se demuestre lo

contrario. Cervantes puede olvidar el nombre de sus personajes; puede incluso olvidar si han muerto o no, y a nadie parece importarle mucho ese detalle. Los apóstoles pueden diferir en datos tan sencillos como cuál era la inscripción sobre la cabeza de Jesús el día que le crucificaron, y nadie les condena al infierno de la literatura. Shakespeare puede permitirse que sus personajes conversen pocos minutos y que esos pocos minutos duren una noche entera. Pero tú sabes, querida amiga, que el libro que tienes entre manos es especial. La única crítica posible, aceptable, honrosa, para los entomólogos, es la crítica destructiva, aquella que solo sabe ser maligna...

Entre tú y yo, querida amiga, te confieso que todo esto me importa un bledo. Allá ellos con sus inseguridades y su testaruda, pedante afectación. Nosotras, amiga mía, amamos la literatura y los sentimientos. Y, como los amamos, los vivimos. ¿A que es más bonito?

Permíteme, entonces, que comience este recuento de futuros por el único personaje de esta novela que tuvo la desdicha de morir mientras ésta se desarrollaba. Te estoy hablando del coronel Cornelius Mawell Bradstreet, padre de Jonathan y al que casi no has conocido más que por algunas referencias. Seguramente le habrás juzgado, aunque estoy segura de que no te gusta ni estás acostumbrada a hacerlo. Pero es muy posible que lo hayas hecho, aunque ni siquiera hayas sido consciente de que lo estabas haciendo. No te preocupes por el coronel Bradstreet. En el ataúd en el que descansa en paz ha sido testigo de la íntima reconciliación que Jonathan ha experimentado hacia su persona y su figura. Ha comprobado que Jonathan le visitaba, y que no hundía su recuerdo en el último de los gabinetes de su memoria. Y eso es bueno.

De Antonietta y Maggie casi no te acordabas, ¿verdad? Las dejamos inmersas en sus tribulaciones, intentando salir adelante en un negocio que parecía tambalearse, predestinado a la bancarrota. Pues no te voy a sorprender: aunque no te lo conté en su momento, la tienda de abalorios y joyas menores de Antonietta y Maggie se fue a la quiebra pocas semanas después de que dejáramos de ocuparnos de ellas. Fueron momentos duros para ambas, pero acabaron recomponiéndose. Nunca más volverán a trabajar en la élite de su profesión, porque en un ambiente tan exigente como el que se movían los errores se pagan. Pero, como sospecharás, no son chicas que acaben viviendo de la caridad ajena. Saben idiomas, están bien formadas, son listas e inteligentes. Han perdido sus ahorros en un negocio ruinoso que las obligó a empezar de cero, pero irán saliendo adelante en

trabajos no del todo gratificantes, pero que les permitirán pagar sus cuentas.

Sobre el bueno de Jean-Loup puedo comentarte que jamás olvidará del todo a Verónica. Tuvo su oportunidad, no supo aprovecharla. Nunca intentó hacer algo por demostrar sus sentimientos sino hasta que fue demasiado tarde, por lo que, quizás, es cierto que confundió la cobardía con el respeto. Jean-Loup no es un hombre al que le cueste hacerse cargo de sus errores. Tampoco des Cree de la responsabilidad de sus actos. Nunca le echará la culpa a nadie de sus fracasos. Al cabo de unos años, sin embargo, volverá a enamorarse. Y no repetirá los mismos errores que con Verónica.

Sobre el doctor Fernández, nada de lo que te cuente podría interesarte. Al cabo de unos años, después de una carrera plagada de éxitos profesionales, se retirará. Fin de la historia. Ni nos ha interesado antes su vida, ni nos interesa mucho ahora, ¿verdad? Lo bueno que tienen las cartas, es que no nos obligan a simular una atención que no existe.

Ahora viene el plato fuerte, lo que tú esperabas que yo te contara y yo deseaba contarte. Wolfgang demora un tiempo más, todavía, en recuperar su memoria. Son meses de angustia y frustración para Doriana los de la lenta convalecencia de su marido, en los que su autoestima y fe en el futuro se ven arrastrados por los suelos. Como imaginarás, querida amiga, Doriana nunca detuvo su desenfrenado modo de vida, acumulando relaciones que fueron vaciándola espiritualmente. Una vez recuperado, Wolfgang tomó la dura decisión de divorciarse de Doriana. Ésta se quedó con una buena tajada de la fortuna del austríaco, eso era inevitable, pero a costa de su felicidad. Nunca más volverá a casarse, aunque sí que compartirá su vida con algunos cazafortunas que le harán sentir una cucharada de su propia medicina.

Sobre Jonathan y Verónica, ¿qué puedo contarte que no lo sepas, que no lo intuyas profundamente? ¿Me permitirás que te diga, simplemente, que «fueron felices y comieron perdices»? No te mentiría, porque los tópicos, aunque siempre son afirmaciones al borde de la memez, nunca son mentiras, ni pueden serlo. Jonathan y Verónica fueron felices y, cuando les apetecía al menos, comieron perdices. Además de ello, te cuento que avanzarán juntos en los negocios, formando una pareja extraordinaria. Que tendrán hijos, los cuales serán la alegría de la anciana señora Bradstreet. Que siempre encontrarán un tiempo para ellos.

Y... que vivirán felices para siempre.

Espero, querida amiga, que hayas disfrutado leyendo esta historia tanto como yo lo he hecho escribiéndola. El que me hayas acompañado hasta esta página me llena de esperanzas al respecto. Me despido de ti hasta la próxima vez que la necesidad de contarte una historia de amor me impulse a sentarme frente a la máquina de escribir. El amor es posible en este mundo que quiere convertirnos en cosas y en consumidores, y ahí estaré yo para demostrarlo desde mi pobre atalaya de letras de molde, la única que tengo.

Siempre tuya...:

Anabella Bartok